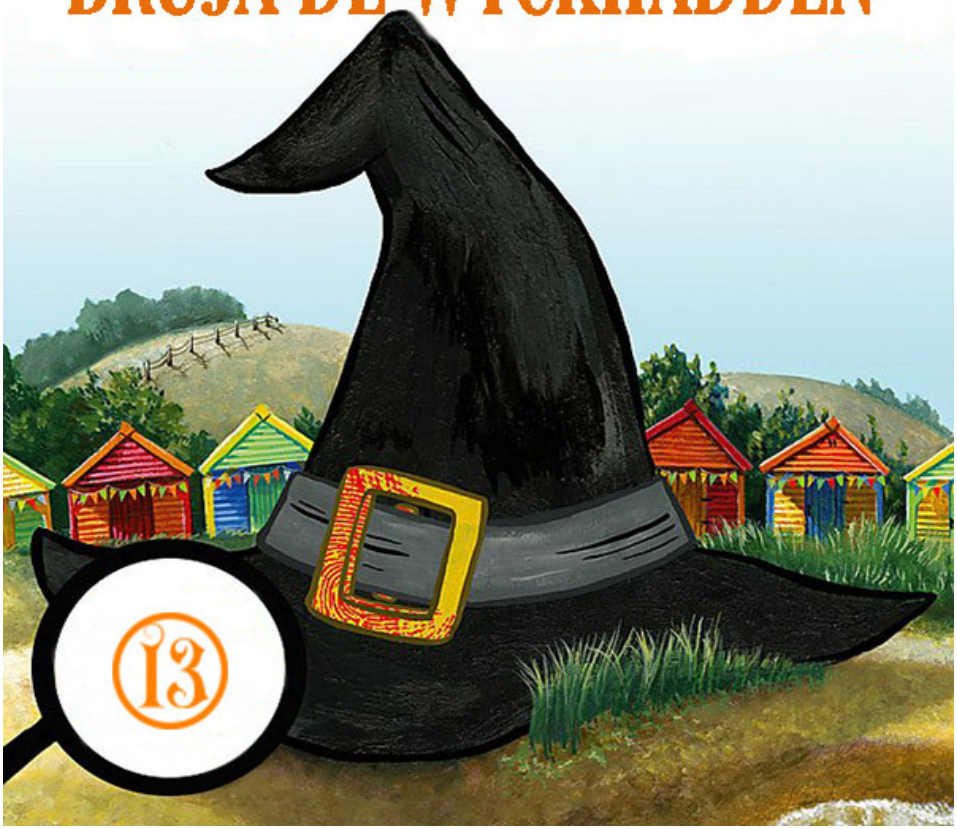
M.C. Beaton

Agatha Raisin y la BRUJA DE WYCKHADDEN



Ojo de tritón, dedo de rana… ¡y un asesinato!

Después de que la dejaran calva durante un caso anterior, Agatha Raisin va a un balneario y solicita la ayuda de una bruja local para que le vuelva a crecer el pelo, lo que la pone justo en medio de los acontecimientos cuando la bruja es encontrada muerta.

Los ancianos residentes en el hotel donde se hospeda Agatha parecen inofensivos, pero a medida que profundiza, descubre secretos que es mejor dejar ocultos y poderosos motivos para la venganza. Mientras recibe las atenciones amorosas del inspector de policía Jimmy Jessop, la historia se alterna con una búsqueda cada vez más traicionera del asesino. Agatha no sabe qué hacer y está lista para lanzar su propio hechizo…

M. C. Beaton

Agatha Raisin y La bruja de Wyckhadden

Título original: *Agatha Raisin and the Witch of Wyckhadden*
M. C. Beaton, 2015
Traducción: @sanise2, 2022

-

Revisión: 1.0
07/03/2022

CAPÍTULO UNO

No hay nada más deprimente para una mujer de mediana edad con calvas en la cabeza que verse en un balneario inglés fuera de temporada. El viento soplaba a lo largo del paseo marítimo, haciendo ondear los carteles que anunciaban las fiestas de verano, y unas enormes olas lanzaban espuma de agua al aire.

Agatha había perdido el pelo cuando un peluquero vengativo le había aplicado crema depilatoria en vez de champú. Le había vuelto a crecer a mechones, pero dejaba unas penosas zonas desnudas en algunas partes del cuero cabelludo. Como no deseaba que el amor de su vida, James Lacey, regresara de su viaje y la encontrara en semejante estado, Agatha había huido de Carsely a la localidad costera de Wyckhadden con la esperanza de que le creciera el pelo durante su estancia allí.

Había reservado una habitación en el Hotel Garden, anunciado como pequeño pero exclusivo. Ahora lamentaba no haber elegido un lugar moderno y luminoso. El Hotel Garden no había cambiado mucho desde la época victoriana. Los techos eran altos, las alfombras gruesas y las paredes muy sólidas, por lo que era tan silencioso y tranquilo como una tumba. Los demás huéspedes eran mayores, y nadie se siente más incómodo entre los ancianos que una mujer de mediana edad que se acerca rápidamente a esa etapa de la vida. En ese momento, Agatha entendió por qué los hombres de mediana edad solían ir en vaqueros, botas altas y chaquetas de cuero y buscaban a una joven para llevarla del brazo. Caminaba mucho, decidida a perder peso y mantenerse flexible.

Una mirada en el comedor del hotel a sus compañeros de mesa le hizo reflexionar sobre el sentido de hacerse un *lifting*.

La ciudad de Wyckhadden había prosperado durante un auge a finales del siglo XIX, y su popularidad había continuado hasta bien entrado el siglo XX, pero con la aparición de los viajes baratos al extranjero, los veraneantes habían disminuido. ¿Por qué pasar las vacaciones en Gran Bretaña bajo la lluvia cuando la soleada España estaba a solo una hora de vuelo?

Por eso, en este ventoso día, dos días después de su llegada, iba por un largo paseo marítimo desierto, con la cabeza agachada contra el viento, preguntándose cuándo podría encontrar un lugar resguardado para disfrutar de un cigarrillo y sacar parte del exceso de oxígeno de sus pulmones.

Se alejó del inquieto sonido del mar y se dirigió a una estrecha calle empedrada donde las casas de campo originales de los pescadores habían sido pintadas con colores pastel como en un pueblo italiano y tenían bonitos nombres como Home At Last, Dunroamin, The Refuge, etc, que demostraban que habían sido compradas por gente rica jubilada. Puede que el turismo esté en declive, pero los precios de las propiedades en los centros turísticos del sur de Inglaterra eran altos.

Llegó a un salón de té y estaba a punto de entrar cuando vio el cartel de prohibido fumar en la puerta. Agatha había leído en los periódicos que el gobierno tenía previsto prohibir fumar en los *pubs*. Ni una palabra sobre los peligros del alcohol, pensó, mientras una ráfaga de viento especialmente fuerte la hacía tambalearse. La gente que fumaba no se salía de la carretera ni volvía a casa a pegar a sus mujeres. Los borrachos sí. Y con los humos de cada vez más coches contaminando el aire, pensó que fumar se había convertido en una cuestión política. Los de izquierdas eran antitabaco, los de derechas protabaco y los del medio, que habían dejado de fumar, querían que todos sufrieran.

Vio un bar en la esquina llamado *Dog and Duck*. Parecía antiguo y bonito, encalado con vigas negras y cestas colgantes que se balanceaban con el viento. Empujó la puerta y entró.

El interior contradecía el exterior. Era oscuro y lúgubre: mesas manchadas, linóleo en el suelo, y si había calefacción no se notaba.

Le apetecía un café, y en los bares actuales lo vendían, pero se sentía tan deprimida que pidió un *gin-tonic* doble en su lugar.

—No tenemos hielo, —comentó el camarero.

—No lo necesita —contestó Agatha— Este lugar está helado.

—Es la única que se ha quejado, —dijo, recogiendo su dinero.

Tal vez debería admitir su derrota e irse a casa. Encendió un cigarrillo. El bar estaba casi vacío. Solo estaban ella y una pareja que conversaba en voz baja en un rincón, cogidos de la mano y mirándose con una intensidad triste propia de los adúlteros. Probablemente se citaron aquí —pensó Agatha—, porque sabían que nadie conocido los vería.

En este pueblo debe de haber algo de vida.

La puerta del bar se abrió y entró un hombre alto. Agatha lo estudió mientras se acercaba a la barra. Llevaba un abrigo oscuro y largo. Tenía un rostro hosco y unos grandes ojos claros bajo unos pesados párpados. Tenía el pelo liso y negro, como el charol. Pidió una copa y se giró mirando a Agatha con curiosidad. No era ni mucho menos un Adonis, pero aún así, Agatha, de repente, fue consciente del aspecto de su cara, enrojecida por el viento, y de que llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo porque no tuvo ganas de ponerse la peluca.

Se acercó a su mesa y la miró.

—¿Está de visita? —preguntó.

—Sí —respondió Agatha secamente.

—Ha elegido una mala época del año para hacerlo.

—He elegido un mal lugar —replicó Agatha— Creo que la gente solo viene aquí a morir.

Sus ojos claros brillaron divertidos. —Oh, nosotros también nos divertimos. Esta noche hay baile en el salón del muelle—. Se sentó enfrente de ella.

—¿Cómo diablos llega la gente hasta allí? —preguntó Agatha— Seguro que cualquiera que intente llegar al muelle con este tiempo saldrá volando.

—Le diré lo que haremos. Yo la llevaré.

—¡No le conozco!

Extendió la mano.

—Jimmy Jessop.

—Bien, señor Jessop…

—Jimmy.

—Jimmy, entonces. Soy mayorcita para que alguien que no conozco me recoja en un bar de mala muerte.

Parecía divertido por sus ojos brillantes y su actitud arrogante.

—Si sigue con esa actitud no va a divertirse en absoluto. Si va al baile conmigo, ¿qué podría pasarle? Probablemente tengo la misma edad que usted, así que es difícil que intente desnudarme para violarla.

—No hace falta desnudarse para violar a alguien.

—No lo sé, nunca lo he probado.

Agatha imaginó otra noche de soledad en el Garden.

—Oh, por qué no. Soy Agatha Raisin. La Sra. Agatha Raisin. Me hospedo en el Hotel Garden.

—¿Y hay un señor Raisin?

—Muerto.

—Lo siento.

—Yo no lo siento.

Parecía sorprendido, pero luego dijo:

—La recogeré a las ocho. El muelle está cerca de su hotel, así que podemos ir andando. ¿Quiere otra? —Señaló su vaso vacío.

—No, será mejor que vuelva. —Agatha solo quería escapar de él, volver al hotel y pensar si realmente debía ir. Si cambiaba de opinión, siempre podía pedir a la recepción que le dijeran que estaba indispuesta.

Recogió su bolso y sus guantes. Se levantó y le abrió la puerta.

—Hasta esta noche —dijo. Agatha murmuró algo y salió corriendo delante de él.

De vuelta en su habitación, se paró ante el largo espejo de la puerta del armario y estudió su reflejo para ver si había algo en su persona que hiciera que un extraño la invitara a salir. Llevaba la

cabeza bien envuelta en un pañuelo, su rostro sin maquillaje brillaba y su nariz aún estaba roja por el frío. Sus ojos parecían aún más pequeños que de costumbre. Se quitó el abrigo, se desenrolló el pañuelo y miró con desazón los mechones de su cabeza. No, es raro. No iría. Miró su reloj. Era casi la hora de comer. Se lavó la cara y se sentó en el tocador, en forma de riñón, con un triple espejo y faldón de seda verde a juego con la resbaladiza funda de seda verde de la gran cama. Un tocador de bailarina, pensó Agatha. Se preguntó si había algún mueble nuevo en el hotel. Se maquilló cuidadosamente y se puso una brillante peluca marrón. No está mal, pensó. Si Jimmy Jessop la hubiera visto con este aspecto…

Volvió a recoger su bolso y un libro de bolsillo como elemento disuasorio en caso de que alguno de los ancianos del comedor intentara entablar una conversación con ella, y se dirigió hacia las escaleras de moqueta gruesa y sus escalones de latón. Un rayo de sol fugaz se colaba por una gran vidriera situada en el rellano, pintando de variados colores la alfombra roja de la escalera.

El comedor era de techos altos y largas ventanas con vistas al mar.

Ocupó la mesa del fondo y observó disimuladamente a los demás clientes. Había un hombre mayor al que las camareras se dirigían a él como coronel. Tenía una abundante cabellera blanca como la nieve y un rostro perfilado y bronceado. Era alto y espigado y llevaba una chaqueta de *tweed* vieja pero bien confeccionada. Una mujer con una increíble melena rubia le miraba de reojo y, evidentemente, trataba de captar su atención. Estaba muy maquillada y su lápiz de labios era de un rojo chillón. Llevaba una blusa escotada que permitía ver demasiado de su cuello arrugado y pecoso. Había otro hombre, pequeño, encorvado y con cara de malhumor. Después habían dos mujeres mayores, una alta y masculina vestida de *tweed*, y otra pequeña, que parecía tener malas pulgas y aspecto de conejo.

Qué propaganda para la eutanasia, pensó Agatha con amargura.

Cuando llegó la comida, estaba buena, auténtica cocina inglesa. Ese día el plato principal era lomo de cerdo glaseado con miel,

servido con salsa de manzana, cebollas, patatas asadas y coliflor con queso y guisantes.

Le siguió, un pudin de caramelo con abundante crema *Devon*. Agatha se lo comió todo y gimió al notar que la cintura de la falda le apretaba. Tendría que dar otro largo paseo o se sentiría somnolienta y pesada durante el resto del día.

Esta vez, como la marea ya había bajado, se dirigió a la playa de piedras, donde grandes olas de color verde grisáceo rompían y se agitaban.

Tuvo un súbito recuerdo de una poesía que aprendió en la escuela.

Pero ahora solo escucho.
Su melancólico y largo rugido en retirada,
retirándose, al aliento
del viento nocturno, por los vastos límites sombríos
y las tejas desnudas del mundo.

Agatha se animó. Era estupendo ser capaz de recordar ciertas cosas, aunque solo fuera un fragmento de poesía. Era uno de sus miedos, que sus recuerdos desaparecieran algún día.

Había algo hipnótico en el vaivén de las olas. El viento soplaba ligeramente y la pálida luz del sol bañaba el agitado mar. Caminó kilómetros antes de volver al hotel, sintiéndose renovada y con energía. Podría ir al baile en el muelle con el misterioso Jimmy Jessop. Era algo imprevisto, una pequeña aventura.

Ya estaba decidida a ir cuando la mujer rubia se encontró con ella en la recepción y le dijo:

—No nos han presentado. Soy la señora Daisy Jones.

Agatha le tendió la mano.

—Agatha Raisin.

—Encantada, señorita Raisin…

—Señora.

—Sra. Raisin. El coronel, es decir, el querido Coronel Lyche, ha

sugerido que nos reunamos después de la cena para jugar al Scrabble. Somos muy pocos. La señorita Jennifer Stobbs y la señorita Mary Dulsey son muy buenas jugadoras. Y el señor Harry Berry suele ganarnos a todos.

—Es muy amable —afirmó Agatha, retirándose—, pero tengo una cita.

—Pensé que era una mujer de negocios cuando la vi. Le comenté al coronel…

—Me refiero a una cita. Un amigo.

—Oh, en serio. En otra ocasión, entonces.

Agatha huyó a su habitación. Sin duda, un baile en el muelle era mucho mejor que a una noche jugando al Scrabble con ese grupo.

A las siete, cogió el teléfono y pidió que le subieran a su habitación unos sándwiches y una botella de agua mineral.

Cuando un anciano camarero llegó diez minutos más tarde, Agatha le dio una generosa propina porque parecía demasiado viejo y frágil para llevar una de las pesadas bandejas de plata maciza que el hotel utilizaba para el servicio de habitaciones.

Comió rápidamente y a continuación se puso una blusa de noche y una falda de terciopelo negro. Se colocó cuidadosamente la peluca, se maquilló la cara y abrió la puerta del armario. El armario podría haber sido una habitación de hotel de otro estilo, pensó. Era uno de esos enormes armarios victorianos de caoba. De él colgaba su abrigo de visón. Lo sacó y acarició la piel. ¿Debía ponérselo? ¿O algún defensor de los animales la escupiría y trataría de arrancárselo? ¿Estaría seguro si lo entregaba en el guardarropa del salón del muelle? Si se ponía un abrigo de tela, tendría que llevar una rebeca sobre su blusa de noche. Sería un pecado, recordando cuando lo compró, aquellos entrañables y lejanos días cuando la piel estaba de moda. Luego se ató un pañuelo de seda sobre la peluca para sujetarla. El viento podría levantarse de nuevo.

Cuando bajó las escaleras, Jimmy la esperaba en la recepción, con una camisa blanca de noche y una corbata negra bajo otro largo abrigo negro.

—¿Es un baile de gala? —preguntó Agatha.

—Siempre nos arreglamos en Wyckhadden —respondió él—. Somos bastante anticuados.

—¿Qué tipo de baile es? —preguntó Agatha—. ¿Disco?

—No, baile de salón.

Mientras caminaban por el muelle, Agatha vio un cartel. «Bailes de salón para mayores», decía. Y en letras más pequeñas, «Jubilados, mitad de precio».

Este lugar me hará vieja antes de tiempo, pensó Agatha, y en ese momento deseó no haber venido.

Dejaron sus abrigos en el mostrador y entraron en el salón de baile. Los asistentes eran todos de mediana edad o mayores, y ejecutaban un animado *Two-Step* militar.

—¿Podemos? —preguntó Jimmy.

Agatha miró con deseo la barra.

—Me vendría bien un trago antes.

—Tienes razón —La acompañó a la barra—. ¿*Gin-tonic*?

Agatha asintió. Él cogió las bebidas y se sentaron en una pequeña mesa junto a la pista de baile.

Una pareja se acercó a ellos, una pelirroja alta, con mucho pelo, grandes pechos y unos ojos marcados con tanto rímel que parecían dos arañas descansando en su cara. Su compañero era bajito y llevaba una chaqueta roja brillante y unos pantalones blancos.

—¿Cómo está nuestro Jimmy? —preguntó la pelirroja.

—Agatha —contestó Jimmy— estos son Maisie y Chris Leeman… Agatha Raisin.

—¿Le importa si nos unimos a usted? —preguntó Maisie, y ella y Chris acercaron unas sillas y se sentaron sin que nadie se lo pidiera —. Tráeme un *brandy* y un *Babycham*, Chris, eres un amor —dijo Maisie. Se volvió hacia Agatha—. No te he visto antes.

—Estoy de vacaciones —explicó Agatha.

—¿Dónde te alojas?

—En el Garden.

—Oh, es un lugar elegante —Le dio un codazo a Jimmy en las costillas—. Conseguiste una viuda rica, ¿eh?

Qué gente tan horrible, pensó Agatha. Si pudiera me largaría.

Chris volvió con las bebidas. Le preguntó a Agatha qué hacía en Wyckhadden y esta le volvió a explicar que estaba de vacaciones.

—Un lugar extraño para unas vacaciones. La mayoría de la gente viene aquí a morir. Chris le dio un codazo a Maisie en las costillas y ella soltó una carcajada.

—¿Bailas, Agatha? —preguntó Jimmy.

—Sí, por favor. —Agatha se levantó de la mesa y, agradecida, se unió a Jimmy en el vals del San Bernardo.

¿Por qué soy tan *snob*?, se preocupó. Pero es que no soporto a Chris y a Maisie, si esa es la clase de amigos que tiene, prefiero no verle más tras esta noche.

Jimmy bailaba con maestría e intercambiaba saludos con otras parejas en la pista. Parecía conocer a todo el mundo, pero Wyckhadden era un pueblo pequeño.

—¿Hace mucho tiempo que vives aquí? —preguntó Agatha, realizando una impecable pirueta. Es increíble que todavía recordara los pasos del baile.

—Toda mi vida —contestó.

—No te he preguntado si estas casado.

—Lo estuve —respondió Jimmy—. Murió.

—¿Hace mucho tiempo?

—Diez años.

—¿Tienes hijos?

—Dos. Tengo un hijo de veintiocho años y una hija de treinta y dos.

—¿Y a qué se dedican? —preguntó Agatha, preguntándose si podría apartarlo de Chris y Maisie una vez terminado el baile.

—John, mi hijo, es ingeniero. No está casado. Joan está casada con un profesor de la Universidad de Essex. Tiene dos hijos. Es muy feliz.

El baile terminó. Se anunció un tango. Para su alivio, Agatha vio como Chris y Maisie iban hacia la pista.

Se sentaron de nuevo. Una pareja pasó bailando.

—¿Te tomas una noche libre de los malos, Jimmy? —le dijo la mujer.

Él se rio y asintió.

—¿Qué quiso decir? —preguntó Agatha.

—Soy inspector de policía.

Los ojos de Agatha brillaron.

—Yo soy una detective aficionada —dijo. Y procedió a contarle varios relatos muy adornados de sus diversos «casos». Se dejó llevar tanto por sus historias que no se dio cuenta de que él parecía cada vez más incómodo.

Estaba en medio de lo que consideraba un relato apasionante de un caso de asesinato en el que había estado involucrada cuando Chris y Maisie volvieron a la mesa.

—¿Quieres bailar, Maisie? —preguntó Jimmy, aparentemente sin darse cuenta de que Agatha estaba en medio de la frase.

Agatha se puso colorada mientras Jimmy conducía a Maisie a la pista.

—¿Bailamos? —sugirió Chris.

—¿Por qué no? —respondió Agatha con tristeza.

Chris resultó ser uno de esos bailarines de salón tan ostentosos, que se deslizan en círculos por la pista y no parecen estar conectados al ritmo de la música. Olía tanto a *Old Spice* que Agatha pensó que debía haberse bañado en él.

Durante el resto de la velada, Jimmy siguió presentando a Agatha a más parejas y, de algún modo, Agatha acabó bailando con el hombre mientras Jimmy bailaba con la mujer. Agatha estaba dolida. Un inspector de policía debería estar encantado de descubrir que era una colega de la lucha contra el crimen.

Por fin la velada había terminado. Jimmy ayudó a Agatha a ponerse el abrigo de visón y la guio a la salida. El viento se había levantado de nuevo. Feroces ráfagas azotaban el muelle y las luces que lo decoraban se balanceaban y agitaban con el viento. Agatha buscó en el bolsillo de su abrigo su pañuelo de seda. Pero cuando lo sacó y trató de ponérselo en la cabeza, el viento se lo arrebató de las manos y lo arrojó al mar.

—Oh, querida —se lamentó Agatha—. Ese era mi mejor pañuelo.

—¿Qué? —gritó Jimmy, tratando de hacerse oír por encima del aullido del viento y el estruendo del mar.

—He dicho… Y entonces Agatha soltó otro grito. Una ráfaga de viento traicionera le arrancó la peluca. Se enganchó en la barandilla del muelle y corrió a recuperarla. Pero justo cuando iba a cogerla, otra ráfaga de viento la desprendió de la barandilla y la arrastró a la negra oscuridad de la noche.

Regresó con Jimmy, subiéndose el cuello de la camisa hasta las orejas. Las luces oscilantes del muelle iluminaban los restos de su cabello.

—He perdido mi peluca —dijo Agatha con tristeza.

—Mi mujer murió de cáncer —gritó Jimmy.

—No es cáncer —se lamentó Agatha.

Se dirigieron en silencio, uno al lado del otro, hasta el hotel de Agatha. Agatha dijo en la puerta de la entrada:

—Gracias por la agradable velada. Perdona que no te invite a una copa, pero estoy muy cansada.

—Espero que disfrutes del resto de tus vacaciones —contestó con rigidez, y dicho esto se dio la vuelta y se fue. La señorita Daisy Jones estaba en la recepción cuando Agatha, con la cabeza gacha, se dirigió a las escaleras.

—Buenas noches, Sra. Raisin.

Agatha gruñó a modo de respuesta y subió corriendo las escaleras. Se metió en su habitación como un animal en su madriguera. Su refugio. Qué noche tan horrible. Y esa peluca le había costado una fortuna.

Experimentó una sensación de pánico. ¿Qué diablos hacía atrapada en este hotel? Mañana se marcharía y continuaría con su vida.

Por la mañana, cuando estaba terminando de desayunar vio a Daisy Jones dirigirse a su mesa. Agatha levantó un ejemplar del *Daily Mail* como barrera, pero sin inmutarse, Daisy le dijo alegremente:

—No pude evitar fijarme en su pelo anoche. ¿Qué pasó?

—Es consecuencia de una enfermedad nerviosa —respondió

Agatha, que ya no le apetecía presumir de sus hazañas.

Daisy se sentó y se inclinó sobre la mesa. Un espeso polvo blanco llenaba las arrugas y las líneas de su cara y su pequeña y delgada boca se veía excesivamente maquillada.

—Conozco a alguien que puede ayudarle —susurró.

—El médico me ha dicho que pronto volverá a crecer —explicó Agatha desafiante. Su cabeza estaba envuelta en un pañuelo azul.

—¿Ha oído hablar de Francie Juddle?

—¿Quién es? —preguntó Agatha.

—Bueno… —Daisy soltó una risita y miró furtivamente a su alrededor—. Es la bruja local, pero hace maravillas. Le quitó las verrugas a Mary Dulsey.

—¿Y dónde vive esa bruja?

—En la cabaña rosa de Partons Lane, justo al final del pueblo. Si camina hasta el final del paseo marítimo y gira a la izquierda, la encontrará. Es la tercera casa de campo desde el mar.

—Gracias —respondió Agatha educadamente pero con desprecio.

—Pruebe con ella. Tiene poderes ocultos. Vamos a jugar otra partida de Scrabble esta noche en el salón después de la cena. Por favor, acompáñenos.

—Si estoy libre —dijo Agatha, cogiendo de nuevo el periódico.

Cuando Daisy se marchó, Agatha descubrió que había despertado su curiosidad por la bruja. Una visita con ella le animaría el día. Además, la sola idea de hacer las maletas y trasladarse a otro lugar le daba pereza.

Media hora después, envuelta en su abrigo de visón, se dirigió al paseo marítimo. Era un día gris, sin un soplo de viento. Grandes olas cristalinas se enroscaban en la orilla y volvían a retirarse con un largo sonido de arrastre.

La noche anterior acudió a su mente. Al menos no creyó que Jimmy se hubiera alejado de ella al perder la peluca. Se había alejado mucho antes. Su antigua determinación y energía estaban volviendo. Cuando regresara a Carsely, James Lacey vería a una Agatha feliz, sana y con la cabeza llena de pelo. En varios refugios victorianos de

metal y cristal a lo largo del paseo marítimo, los ancianos se acurrucaban, mirando al mar. Están esperando la llegada de la Muerte, pensó Agatha con un escalofrío. Entra, Número Nueve, se te acabó el tiempo.

Se apresuró a pasar junto a ellos, con la cabeza baja. Al final del paseo estaba Partons Lane. Se acercó a una casa rosa y llamó a la puerta con la aldaba de latón con forma de cabeza de diablo.

Al cabo de unos instantes, abrió la puerta una mujer regordeta de rasgos suaves y ojos grises. Llevaba el cabello negro y grueso recogido en un moño francés.

—¿Sí?

Durante un breve segundo, Agatha olvidó el nombre de Daisy. Pero enseguida su rostro se aclaró.

—Daisy Jones, del Hotel Garden, sugirió que usted podría ayudarme.

—Se supone que tiene que llamar para pedir una cita —dijo Francie Juddle— Pero está de suerte. La señorita Braithwaite tenía que llamar, pero murió.

Agatha parpadeó sorprendida, pero la siguió.

Esperaba que la condujeran a una especie de santuario oscuro dominado por una mesa cubierta de terciopelo negro con una bola de cristal encima, pero se encontró en un pequeño y acogedor salón con algunos buenos muebles, un fuego brillante y un gran gato, blanco, no negro, durmiendo en una alfombra tejida frente a él.

—Siéntese —dijo Francie, señalando con la cabeza un sillón alado junto al fuego. Agatha se sentó, quitándose primero el abrigo de visón.

—No debería llevar algo así —comentó Francie.

—¿Por qué?

—Piense en todos los animales que murieron para que estuviera calentita.

—No he venido a escuchar una conferencia sobre la liberación de los animales.

Francie se sentó en una silla frente a Agatha. Tenía unas piernas muy cortas con unas medias de color claro.

—¿Cómo puedo ayudarla?

Agatha desenrolló el pañuelo de su cabeza.

—Mire esto.

—¿Qué ha pasado?

—Un desgraciado me lavó con crema depilatoria en vez de champú. Debería estar creciendo de nuevo.

—Tengo algo que lo solucionará —contestó Francie, sonriendo.

—¿Podría venderme un poco? —preguntó Agatha con impaciencia.

—Por supuesto. Ochenta libras.

—¿Qué?

—Costará ochenta libras.

—Es mucho —comentó Agatha— por algo que podría no ser efectivo.

—Si lo será.

—Supongo que la gente acude a usted por todo tipo de cosas —dijo Agatha.

—Desde verrugas hasta pociones de amor.

—¡Pociones de amor! Seguro que no funcionan.

—Funcionan.

—Francie, es Francie, ¿no es así?… Las dos somos mujeres de negocios. He gastado una fortuna en cosméticos que dicen reducir las arrugas y no lo hacen, barras de labios que se supone que son a prueba de besos y no lo son, así que ¿por qué debería creer en su loción para el pelo?

Los ojos de Francie brillaron.

—Nunca lo sabrá hasta que lo pruebe.

—¿Cuánto cuesta la poción de amor?

—Veinte libras.

—Así que el amor es más barato que la loción.

—Se podría decir que sí.

—Pero —comentó Agatha— si esta loción funciona, podría hacer una fortuna con ella.

—Podría hacer una fortuna con muchas de mis pociones si decidiera entrar en el negocio de la fabricación, pero tendría

quebraderos de cabeza con las fábricas y el personal.

—No necesariamente —contestó la siempre ingeniosa Agatha— Lo único que tiene que hacer es vender la receta por millones.

—Estoy esperando a un cliente que llegará pronto. ¿Quiere el material o no?

Agatha dudó. Pero la idea de que su pelo no volviera a crecer nunca más la hacía sentir pánico. Está bien —respondió con brusquedad—, y también me llevaré la poción de amor.

Francie se levantó y salió de la habitación. Agatha se levantó también, se acercó a la pequeña ventana y miró hacia afuera. La luz del sol empezaba a bañar los adoquines del exterior. El viento se había levantado de nuevo. Comenzaba a sentirse tonta. ¿Y si le daba a James Lacey la poción de amor y enfermaba?

Francie volvió con dos botellas, una pequeña y otra grande.

—La pequeña es la poción de amor y la grande es para su cabello —le explicó— Aplíquese el crecepelo todas las noches antes de acostarse. Ponga cinco gotas de la poción de amor en su bebida. ¿Es viuda?

—Sí.

—Doy sesiones de espiritismo. Puedo ponerla en contacto con sus queridos difuntos.

—Está muerto, pero no es querido.

—Son cien libras.

—No he traído esa cantidad de dinero.

—Un cheque me vale.

Agatha sacó su talonario de cheques y lo apoyó en una mesita.

—¿Lo hago a nombre de Frances Juddle?

—Por favor.

Agatha firmó el cheque y se lo entregó. Luego se puso el abrigo, recogió las dos botellas, las metió en el bolso y se dirigió a la puerta.

—Deshágase de ese abrigo —dijo Francie— Es una vergüenza.

Agatha la fulminó con la mirada y se marchó sin responder. ¿Cómo iban a saber lo que ese abrigo significaba para ella? Había sido su primera compra cara, después de haber salido a duras penas de la barriada de Birmingham en la que había nacido y haber

escalado hacía el éxito. Para ella, el abrigo había sido como una reluciente armadura que indicaba la llegada de una nueva y rica Agatha Raisin. Y eso fue antes de que llevar pieles se considerara un pecado.

Fuera, el sol brillaba y la gente paseaba, muchos de ellos jóvenes. Era como si Wyckhadden hubiera cobrado vida de repente. Agatha decidió volver a la taberna donde había conocido a Jimmy. No podía soportar el hecho de que él se hubiera alejado de ella repentina e inexplicablemente.

Abrió la puerta del bar de un empujón. Era la hora del almuerzo y estaba lleno de oficinistas. Pero encontró una mesa vacía y se sentó después de tomar un *gin-tonic* de la barra.

Si no se daba prisa, se perdería el almuerzo en el hotel y no tenía ganas de probar la comida del bar, que olía fatal. Terminó su *gin-tonic* justo cuando se abrió la puerta del bar y entró Jimmy. La miró brevemente, se dio la vuelta y salió.

Agatha empezó a llorar. Pero enseguida se consoló. Le había parecido raro el modo de conocerla. Así que, ¿por qué iba a sorprenderse de su extraño comportamiento?

Salió fuera al calor del sol, pero se alegró de llevar su abrigo, porque el viento era frío.

Se dirigía hacia el hotel cuando se cruzó con un grupo de jóvenes que estaban sentados en una pared bebiendo cerveza y comiendo hamburguesas. Uno de ellos, una chica joven con grandes labios y un pendiente en la nariz, se abalanzó de repente sobre Agatha, arañando su abrigo y gritando: «Asesina».

Asustada, Agatha le dio un tremendo empujón que la hizo volar y salió corriendo.

Una vez en el hotel, se apresuró a subir a su habitación y colgó con cariño el precioso abrigo en el armario.

Ya era suficiente. Un día más y se iría.

Después de la cena, se reunió de mala gana con los demás huéspedes en el salón, donde el coronel estaba abriendo el tablero de Scrabble.

La mujer alta y masculina resultó ser la señorita Jennifer Stobbs

y la pequeña y extraña, la señorita Mary Dulsey. El viejo malhumorado, Harry Berry, olía a naftalina y a menta. Daisy Jones coqueteaba tímidamente con el Coronel Lyche.

—Que pocos huéspedes —dijo Agatha.

—Todos somos residentes, excepto usted —contestó Jennifer. Tenía una cara gruesa y cetrina, con vello sobre el labio superior. Su pelo, salpicado de canas, era muy corto— Tengo muchos huéspedes en la temporada y los fines de semana.

—¿Es usted buena en el Scrabble, Agatha? —preguntó el coronel. Agatha se sorprendió momentáneamente por el uso de su nombre de pila. Los miembros de la anticuada sociedad de señoras de Carsely, su pueblo natal, se dirigían entre sí como señora esto y señorita lo otro.

—Normal —contestó Agatha, y al momento recordó con desazón las acogedoras tardes que había pasado con James jugando al Scrabble cuando estaban comprometidos.

Ella jugaba tan bien como podía, pero los otros no solo eran entusiastas jugadores de Scrabble sino también adictos a los crucigramas, por lo que Agatha lo hacía mal en comparación con ellos.

—¿Fue a ver a Francie? —preguntó Daisy.

Pero Agatha ya se sentía avergonzada por haberse gastado cien libras en lo que ella creía que eran probablemente dos botellas de agua coloreada, así que mintió y dijo:

—No.

—Oh, debería, es muy buena.

Comenzó otra partida. Agatha se esforzó más esta vez, pero siguió teniendo la puntuación más baja.

—Esto es todo por esta noche —dijo el Coronel Lyche. Agatha se sorprendió al ver que era poco más de medianoche.

Rechazó el ofrecimiento de una copa del coronel y subió a su habitación, pensando que todos habían sido una buena compañía y que, una vez que se conocía a los ancianos, era sorprendente lo jóvenes que se volvían.

Se quitó la blusa y la metió en la bolsa de la ropa sucia. Luego se

quitó la falda y se dirigió al enorme armario para colgarla.

Abrió la puerta de golpe.

Y entonces gritó.

CAPÍTULO DOS

Su querido abrigo de visón colgaba hecho jirones y estaba manchado de pintura roja.

Retrocedió para alejarse de los restos del mismo. Agatha se dio cuenta de que estaba temblando. Apretó sus manos temblorosas y se vio invadida por un arrebato de ira. Solo estaría el recepcionista de turno. Llamaría a la policía. Buscó en la guía telefónica local, pulsó el «9» para una línea exterior y marcó la comisaría de Wyckhadden.

—Buenas noches, policía de Wyckhadden —contestó una voz aburrida.

Agatha se apresuró a dar los detalles de la profanación de su abrigo de piel.

—¿Algún otro daño? —preguntó la voz, igual de aburrida.

Agatha miró con desprecio por la habitación.

—No que pueda ver.

—No toque nada. Enseguida mandamos a alguien.

Agatha empezó a mirar por la habitación. No parecía que hubieran tocado nada más. Incluso su joyero, abierto sobre el tocador, seguía con todas sus joyas.

Llamó al recepcionista y le explicó escuetamente lo que había sucedido y que había llamado a la policía.

—Enseguida subo —dijo.

Al cabo de unos instantes, llamaron a su puerta. El recepcionista era joven para un establecimiento como el Hotel Garden, tendría unos cuarenta años. Tenía una cara demacrada de poros abiertos poco saludable, un bigote caído y el pelo teñido de negro. Se quedó

mirando con asombro los restos del abrigo de Agatha.

—¿Se olvidó cerrar la habitación? —preguntó.

—No me olvidé. Estaba jugando al Scrabble con los demás. Cerré la puerta y guardé la llave en el bolso.

—Algunos de nuestros huéspedes son muy despistados —comentó.

—No estoy senil —gritó Agatha— Si digo que cerré la puerta con llave, es que lo hice.

Los mayores no duermen muy bien y, de alguna manera, los residentes debieron de intuir que algo pasaba. La puerta de la habitación de Agatha estaba abierta. Apareció la señora Daisy Jones, envuelta en una bata acolchada de seda rosa, asomándose, seguida poco después por el coronel, todavía vestido. Ambos expresaron su horror por el vandalismo.

—Culpo al sistema de asistencia social —dijo el coronel— Tienen aquí a jóvenes que no han trabajado un solo día en su vida. El resto de los residentes no tardaron en acercarse, hablando y protestando.

—Creo que deberían irse todos —afirmó Agatha desesperadamente— La policía querrá buscar huellas dactilares en la habitación.

—¿Quién de ustedes es la Sra. Raisin? —preguntó una voz desde la puerta. Los residentes se separaron para dejar ver a un hombre corpulento con un traje ajustado y un anorak y a una mujer policía que parecía estar medio dormida.

Los residentes salieron al pasillo arrastrando los pies.

—Agente de policía Ian Tarret —se presentó el hombre, cerrando la puerta—. ¿Es este el abrigo?

—Ese era el abrigo —contestó Agatha con amargura.

—Empecemos por el principio, Sra. Raisin. ¿Está usted de visita?

—Sí. Solo llevo aquí unos días.

—¿Por qué Wyckhadden? ¿Conoce a alguien aquí?

—No, solo quería ir a algún lugar a pasar las vacaciones, eso es todo.

—¿Ha utilizado el abrigo desde su llegada?

—Sí, lo llevaba anoche para un baile en el muelle. Fui con el inspector Jimmy Jessop.

—Pensé que no conocía a nadie en Wyckhadden.

—Lo conocí en un *pub* —explicó Agatha, y a pesar de su angustia esperaba maliciosamente que este cotilleo llegara a la comisaría.

—Hay personas que atacan a las mujeres que llevan pieles. ¿Alguien ha intentado atacarla?

—Sí, esta mañana, en el baile, justo antes de llegar al hotel. Había algunos jóvenes sentados en una pared. Una chica con el pelo de punta y un pendiente en la nariz me atacó.

—¿No lo denunció?

—¿Habría hecho algo al respecto?

—Por supuesto. Debería haber denunciado. ¿Alguien más hizo comentarios desagradables?

Agatha recordó con vergüenza a la bruja de Wyckhadden, Francie Juddle. No le gustaba confesar que había consultado a una bruja. ¿Y si se descubría que había pedido una poción de amor?

—No —mintió.

—Vendrán mañana mis hombres a recoger huellas dactilares.

—¿Por qué por la mañana? ¿Por qué no ahora?

—Estamos bastante ocupados. Tenemos mucho trabajo.

—¿Una ola de crímenes en Wyckhadden?

—No es eso. Es por la falta de fondos. Solo somos una pequeña comisaría. Los forenses tienen que venir de Hadderton, la ciudad principal. Tal vez le gustaría pasar por la comisaría mañana y hacer una declaración completa.

—Sí —contestó Agatha con cansancio.

—¿Está asegurado el abrigo?

—No. Quiero decir que si hubiera estado en casa tal vez lo cubriría el seguro de hogar, pero no pensé en contratar un seguro de viaje para venir a un lugar como este.

—La próxima vez se informará mejor —dijo de una manera seria y sarcástica que hizo que a Agatha le dieran ganas de pegarle.

Agatha miró a la mujer policía. Estaba sentada en la cama, con la barbilla caída sobre el pecho y los ojos cerrados. —La mujer policía está dormida— dijo.

—¡Alguacil Trul! —gritó Tarret.

—No estaba dormida —dijo la mujer— Estaba pensando.

Tarret se dirigió al conserje.

—Vamos a bajar. Será mejor que nos diga quién ha podido acceder a la llave de esta habitación.

Agatha los acompañó a la salida. Le apetecía una copa, pero el hotel era demasiado anticuado para tener algo moderno como un minibar. Se dejó caer en una silla. No debería haber mentido sobre su visita a Francie. Sus ojos se entrecerraron. Era Francie quien había criticado su abrigo. Como aquella horrible chica del baile que la había atacado, pero difícilmente se pasearía por un hotel caro. Con la mente agitada por el destrozo de su abrigo, Agatha decidió finalmente que no podía haber sido nadie más que Francie. Todos los residentes del hotel habían estado jugando al Scrabble con ella. Daisy Jones se había marchado en un momento dado para «empolvarse la nariz», como dijo con delicadeza, y se había ido en dirección al aseo de señoras de la planta baja. Más tarde, el coronel y el señor Berry habían abandonado la partida en dos ocasiones para comprar bebidas. Pero ni por asomo podía imaginarse a ninguno de los dos ancianos subiendo las escaleras para rajarle el abrigo.

Seguro que fue esa espantosa Francie, esa Francie que probablemente estaría durmiendo a pierna suelta en ese mismo momento.

Agatha optó por ir a despertarla. Si era ella la culpable, tal vez todavía encontrara alguna prueba, como pintura roja en sus manos o bajo sus uñas.

Se puso el anorak y bajó las escaleras. Tarret y Trul seguían interrogando al recepcionista.

—Tengo que salir a respirar un poco de aire —dijo Agatha.

Mientras caminaba por el solitario paseo marítimo, bajo una luna pequeña y fría, pensó que si lograba resolver el caso del abrigo de visón destrozado, le demostraría a Jimmy Jessop que tenía una

mente digna a tener en cuenta.

La noche era muy tranquila y el silencio de la ciudad, espeluznante. Sus propios pasos sonaban anormalmente fuertes.

Su valor empezaba a flaquear. ¿Y si Francie no abría la puerta? ¿Y si los vecinos la denunciaban a la policía? Pero la idea de impresionar al hasta ahora poco impresionado Jimmy la estimuló.

Al girar en Partons Lane, se dio cuenta de que la luz de la esquina estaba apagada, lo que hacía que la entrada a la calle estuviera muy oscura. Tropezó ligeramente con los adoquines. Al llegar a la casa rosa, levantó la mano y llamó con fuerza a la puerta. La puerta cedió y se abrió lentamente.

Agatha sintió que un miedo supersticioso la inundaba. Era como si la bruja supiera que iba a venir y hubiera hecho que la puerta se abriera por arte de magia. Entró.

—¡Francie! —llamó.

La bruja, sin duda, dormía en el piso de arriba. Agatha tanteó el pasillo en busca de un interruptor de luz y por fin encontró uno al pie de la escalera. Sintiéndose más segura y pensando que podría ser buena idea sorprender a Francie dormida y estudiar sus uñas y manos antes de despertarla, Agatha comenzó a subir sigilosamente las escaleras, que tenían una alfombra tan gruesa como las del hotel.

Empujó con cautela una puerta. El baño. Probó con otra. Una habitación con cajas. Otra puerta. Con la luz de las escaleras, Agatha pudo ver que era un dormitorio. Tanteó el interior de la puerta en busca de un interruptor de luz, lo encontró y encendió.

Tumbada medio dentro, medio fuera de la cama, estaba Francie Juddle. La sangre de una gran herida en la cabeza había estado goteando sobre la alfombra blanca, dejando una mancha oscura. El gato blanco estaba agazapado en el borde de la cama. Cuando vio a Agatha, dio un salto directamente hacia su cara. Agatha gritó y se lo quitó de encima.

Su primer instinto fue huir. Pero Francie podría seguir viva. Agatha no se atrevió a tocar el cuerpo. Había un teléfono junto a la cama. Huellas dactilares, pensó. Mis huellas estarán por todas partes. ¿Por qué no me puse guantes? ¿Cómo explico mi llamada?

Había olvidado el número de la comisaría. Marcó el 999 y, con voz temblorosa, pidió que llamaran a la policía y a una ambulancia y bajó al pequeño vestíbulo a esperar.

Agatha deseó de todo corazón no haber salido nunca de Carsely. Se acurrucó sobre una pequeña silla del vestíbulo. Ahora sabrían que había visitado a Francie. ¿Y cómo iba a explicar lo que hacía en la casa de Francie a esas horas de la noche?

Oyó las puertas de un coche cerrarse de golpe fuera de la casa. El detective Tarret entró seguido de su somnolienta mujer policía.

—¿De qué se trata? —preguntó— ¿Qué está haciendo aquí?

—Es la señora Juddle —contestó Agatha—. Está arriba, en el dormitorio. Creo que está muerta.

Los sanitarios de la ambulancia entraron en ese momento.

—Enséñenos —dijo Tarret.

Agatha subió las escaleras y llegó al dormitorio, señaló la puerta y se quedó atrás mientras la policía y los sanitarios entraban. Jimmy Jessop subió las escaleras.

La miró.

—Ahí dentro —señaló Agatha débilmente.

Se dirigió al vestíbulo. Pronto llegaron los especialistas a la escena del crimen con su equipo, y seguidamente el forense con su bolsa negra.

Francie debe estar muerta —pensó Agatha—. No había prisa por llevarla a la ambulancia. Llegaron más policías para acordonar el exterior de la casa.

Agatha empezó a preguntarse si debía volver al hotel. Después de todo, sabrían dónde encontrarla. Pero se quedó donde estaba. Los temblores habían cesado y ahora se sentía agotada.

El inspector Jimmy Jessop bajó las escaleras.

—Será mejor que nos acompañe a la comisaría —dijo— La agente Trul la llevará hasta allí. Sus ojos eran planos e inexpresivos.

La mujer policía bajó las escaleras. Las luces estaban encendidas en todas las casas vecinas. Mientras la llevaban fuera, una luz alumbró la cara de Agatha. La prensa local había llegado. Agatha se encogió y trató de ocultar su rostro. Entró en el coche. Otra luz se

encendió.

Adormecida por la conmoción y el cansancio, Agatha fue trasladada a la comisaría y llevada a una sala de interrogatorios. La agente Trul le trajo una taza de té con leche y una galleta digestiva y luego se sentó en un rincón, con las manos cruzadas en el regazo.

Agatha dio un sorbo al té y arrugó la nariz con asco. Era el tipo de líquido que se presenta en un vaso de papel fino que sale de una máquina. Lo apartó, apoyó la cabeza en el escritorio y se quedó dormida de inmediato. Se despertó tres cuartos de hora más tarde cuando alguien le sacudió el hombro. Era Jimmy Jessop. Lo miró sin comprender.

—Ahora, Sra. Raisin —dijo— terminemos con esto. Todos necesitamos dormir.

Agatha se incorporó, parpadeó y miró a su alrededor. Jimmy se sentó frente a ella junto con el detective Tarret.

—¿Está la cinta? —preguntó Jimmy por encima de su hombro y Trul respondió con un somnoliento «Sí».

Para su sorpresa, Agatha oyó que la reprendían y después la voz plana y sin emoción de Jimmy le preguntó si quería un abogado.

—No —respondió Agatha— No he hecho nada.

—Tengo un informe que dice que su abrigo de piel ha sido objeto de vandalismo. En su declaración preliminar, no dijo nada sobre la señora Juddle. Así que, ¿por qué fue a verla en medio de la noche?

A Agatha le daba vueltas la cabeza. Decidió que la verdad era lo único que la ayudaría.

—No le dije a la policía que había estado con Francie porque me daba vergüenza decir que había ido a la consulta de una bruja. —Agatha desenrolló el pañuelo de su cabeza y lo inclinó hacia delante —. Un peluquero me lavó el pelo con crema depilatoria en lugar de champú y no me crecía con normalidad. La señora Daisy Jones del hotel me recomendó a Francie. Fui a verla y compré un frasco de tónico capilar. Mientras estaba allí, hizo varios comentarios sobre mi abrigo.

—¿Qué dijo exactamente?

—No puedo recordarlo con exactitud. Dijo algo sobre todos los animales que se habían matado para fabricarlo y que yo no debería llevarlo. Estaba molesta al ver mi abrigo destrozado. Pensé en ir a despertarla y ver si tenía alguna marca de pintura roja en las manos o bajo las uñas. Llamé a la puerta de la casa, con fuerza. Se abrió de golpe. Subí a buscar su dormitorio. Quería sorprenderla dormida para mirar sus manos. Pero cuando empujé la puerta del dormitorio y encendí la luz, la vi como la encontró. Debería haber comprobado si seguía viva, pero no me atreví a hacerlo. Llamé a la policía y a la ambulancia y bajé a esperar. Mire —explicó Agatha con algo de su energía habitual—, si me la hubiera cargado, simplemente habría salido corriendo. Mis huellas dactilares están en todas partes.

—Así que la señora Juddle le dio el crece pelo. ¿Algo más?

—No —mintió Agatha, pensando en el frasco de poción de amor que aún llevaba en el bolso, y se alegró de no haberlo dejado en la habitación del hotel para que la policía lo encontrara.

—Volvamos al principio…

Jimmy la guio cuidadosamente por su historia a medida que avanzaba, esperando obviamente que ella se equivocara o que le diera otra información.

Por fin, le tomaron las huellas dactilares y le dijeron que podía irse, pero le advirtieron que no saliera de Wyckhadden.

Un coche de policía la llevó al hotel. Subió a su habitación y abrió la puerta agotada. La habitación era un caos. Al principio pensó que había sido un robo hasta que se dio cuenta de que había polvo de huellas dactilares por todas partes. A causa del asesinato, el equipo forense había sido enviado inmediatamente. Llamaron a la puerta. La abrió y encontró al recepcionista del turno de noche.

—Me olvidé de decirle —dijo, recorriendo la habitación con la mirada— que la policía se llevó su abrigo de piel como prueba. Aquí tiene el recibo.

—Gracias —contestó Agatha.

—¿Qué es todo eso de un asesinato?

—¿Le importa? Quiero dormir. Agatha le cerró la puerta en las narices.

Estaba demasiado cansada para darse un baño o una ducha. Se desmaquilló, se desnudó y se fue a la cama, pero decidió dormir con las luces encendidas por si la oscuridad le recordaba demasiado los horrores de la noche.

A primera hora de la mañana, Agatha se despertó con el fuerte sonido del teléfono. Era un periodista de la Gaceta de Hadderton.

—No puedo hablar ahora —dijo y colgó. Luego telefoneó a la centralita y les dijo que no le pasaran llamadas a su habitación y volvió a quedarse dormida. Se quedó dormida, sintiendo vagamente como si de vez en cuando alguien llamara a la puerta.

Por fin se levantó al mediodía. Acababa de bañarse y vestirse cuando sonó el teléfono.

—Le he dicho que no me pase ninguna llamada —le dijo con fastidio.

—¿Sra. Raisin? Soy el inspector Jessop. Estoy abajo y me gustaría hablar con usted.

Agatha colgó, se maquilló cuidadosamente, se ajustó el pañuelo azul que llevaba en la cabeza, y bajó las escaleras.

—Vamos al salón —dijo Jimmy— Está vacío en este momento.

—¿No ha traído a algún compañero de policía? —preguntó Agatha—. ¿Es una visita amistosa?

—No, no lo es.

Entraron en el salón y se sentaron en unos enormes sillones junto a las largas ventanas. En una mesa de café, frente a ellos, estaban extendidos los periódicos del día.

—Todavía no hay nada en la prensa —comentó Jimmy— Es demasiado pronto para eso.

—¿Cuándo murió? —preguntó Agatha—. Es decir, que los otros residentes le dirán que estuve en el hotel toda la noche.

—Estamos esperando el informe. Es muy difícil precisar la hora exacta de cualquier muerte.

—¿Han averiguado cómo alguien pudo entrar en mi habitación y destrozar mi abrigo?

—No, podría haber sido un huésped que se haya marchado ya. Estamos investigando a las camareras. Por supuesto, hay una llave

maestra. Sobre lo de anoche, empecemos de nuevo ahora que ha descansado. ¿Por qué cree que una mujer a la que había consultado sobre un tónico para el pelo le rajaría el abrigo, solo por unos pocos comentarios fuera de lugar?

—Estaba nerviosa por el destrozo. Estaba furiosa. Oh, le voy a ser sincera. No me gustó como se comportó en el baile después de decirle que era una detective aficionada. Quería demostrarle lo que podía hacer.

—Eso es una locura —dijo Jimmy con frialdad—. No me extrañaría que matara a alguien o que usted misma cortara el abrigo. Las mujeres de su edad que se creen detectives aficionadas a veces hacen cualquier cosa para conseguir publicidad.

—Necesito un abogado. Si hubiera un testigo de esta conversación, le demandaría —gritó Agatha.

—Debe admitir que todo es muy extraño. Tuvimos un asesinato en Wyckhadden hace doce años y nada más. Llega usted y, de repente, se producen dos incidentes relacionados con usted.

—No soy un bicho raro y no estoy loca —contestó Agatha con voz débil— ¿Ha venido aquí con el único propósito de insultarme?

Se pasó una mano por la cara.

—Estoy tan cansado que no sé qué hacer. Pero tiene razón. Mis comentarios fueron poco profesionales y estuvieron fuera de lugar. —Se inclinó hacia atrás y pulsó un timbre que había en la pared—. Voy a pedir algo de beber.

—Todavía no he desayunado.

El director, el señor Martin, se acercó corriendo.

—Inspector, la prensa está fuera y está molestando a nuestros huéspedes. ¿Podría pedirles que se vayan?

Jimmy se puso en pie.

—Haré lo que pueda. Tráigale a la Sra. Raisin un *gin-tonic* y a mí media pinta de cerveza.

—Esto nunca me había pasado antes —comentó el señor Martin con una sonrisa. Era un hombre regordete con un traje ajustado y de un fuerte color.

—Nunca me habían acuchillado el abrigo —dijo Agatha con

tono de enfado—. ¿Vamos a tomarnos las bebidas o no?

El director se alejó, con sus gruesos hombros tensos por la desaprobación.

A través de la ventana, Agatha pudo ver a Jimmy hablando con la prensa. Un camarero entró con las bebidas. Agatha se dio cuenta de repente de que la policía había cometido un error. No habían registrado su bolso. Si lo hubiesen hecho, habrían encontrado esa desgraciada poción de amor. Abrió el bolso y sacó el frasco, pensando en meterlo por el lado del sillón y recuperarlo más tarde. Pero un rayo de sol que entraba por las ventanas iluminó el vaso de cerveza que Jimmy había pedido. ¿Por qué no? —pensó Agatha—. Y espero que lo envenene. Probablemente solo sea azúcar y agua. Miró alrededor del salón vacío y volcó la mitad de la botella en la cerveza. Entonces recordó que Francie había dicho cinco gotas. Agatha miró con ansiedad la cerveza. Había adquirido un color más oscuro. Empujó la botella por un lado del sillón.

Jimmy volvió a entrar, se sentó y dio un gran trago a su vaso.

—La prensa no se marcha. Pero por lo menos lo he intentado.

Agatha lo miró con ansiedad.

—¿Está bien la cerveza?

—Supongo que sí —contestó Jimmy— Tiene un sabor extraño, pero hoy en día hay muchas cervezas extranjeras extrañas. ¿Dónde estaba yo?

—Me estaba insultando —respondió Agatha— Decía que probablemente había roto mi propio abrigo y que luego había salido a matar a Francie Juddle.

—Lo siento. Ya se lo he dicho. Mira, le diré lo que me ha hecho pensar en usted. No, no creo que lo hiciera porque, como dice, difícilmente pondría sus huellas en todo y luego llamaría a la policía. El hecho es que… lo que le conté sobre el otro asesinato que tuvimos en Wyckhadden.

—Sí.

—Fue un desastre. Una mujer en una de las viejas cabañas de pescadores fue encontrada muerta, golpeada hasta la muerte, salvajemente, una anciana. Sus joyas habían desaparecido y el

contenido de su bolso. Sospechamos del nieto que la había cuidado, y fuimos a hablar con él. Compartía un piso con otros dos desgraciados en una urbanización en las afueras de la ciudad. Pero llegó la señorita Biddle, una residente local, solterona de unos cincuenta años. Había leído todas las historias de detectives jamás publicadas y se creía la *Miss* Marple local. Los cotilleos sobre el nieto eran muy frecuentes en el pueblo, y todo el mundo decía que estaban bastante seguros de que lo había hecho él. Así que decidió enfrentarse al nieto ella misma, mintiéndole, diciéndole que tenía pruebas de que él lo había hecho. Así que él la golpeó hasta la muerte. Lo pillamos en Brighton y lo acusamos de ambos cargos. La señorita Biddle solía acosarme en la calle, presumiendo de cómo había resuelto el caso del gato desaparecido o había encontrado el bolso perdido de otra persona, así que cuando empezaste a contarme en el baile todas tus aventuras, pensé, oh Dios, tenemos otra señorita Biddle aquí.

—Si lo consulta con la policía de Mircester, pueden confirmar mis historias —dijo Agatha con frialdad.

—Llamé a la policía de Mircester esta mañana y hablé con el detective inspector Wilkes. No confirmó exactamente sus historias sobre que es una gran detective. Por la forma en que lo dijo, era más bien que tiene el hábito de meter las narices en ciertos asuntos.

—¡Con toda la ayuda que les he prestado! —Agatha estaba indignada.

—De todos modos, Agatha —dijo Jimmy, sonriéndole de repente—, no te metas en esto.

—En cuanto me de permiso para salir de este infierno, me voy —afirmó Agatha. Cogió su *gin-tonic*, bebió un trago y se estremeció —. Es demasiado temprano para mí.

—Son las dos de la tarde.

—Me he perdido el almuerzo.

—Vamos, te llevaré a comer algo.

Agatha lo miró fijamente. Volvía a sonreír. ¿Había algo en esa poción de amor después de todo?

—Subiré a buscar mi abrigo.

Una vez en su habitación, Agatha se quitó el pañuelo de la cabeza, cogió el frasco de crece pelo y se frotó la loción en las calvas. Si esa poción de amor podía hacer que Jimmy volviera a sonreírle, entonces podría haber algo en los productos de la bruja. Después volvió a enrollarse el pañuelo en la cabeza, se puso el abrigo y bajó las escaleras.

—¿No se supone que debes evitar relacionarte con los sospechosos?

—Tengo unas horas libres, y si alguien nos ve, solo pensará que te estoy interrogando para obtener más información.

—¿Han interrogado a los demás huéspedes del hotel?

—La policía les ha tomado declaración toda la mañana.

Salieron al exterior. La prensa clamaba por saber si Agatha estaba siendo arrestada.

—No —respondió Jimmy secamente— Y no nos sigan o no me sacarán más información. Y aléjense de la entrada del hotel. Ya les he advertido. Pero las cámaras hicieron clic en la cara de Agatha y una cámara de televisión apareció en su cara. Agachando la cabeza y cogiendo el brazo de Jimmy, caminó con él por el paseo marítimo.

Torció por una de las calles laterales y la condujo a un pequeño café. En la puerta había un cartel de NO FUMAR. Agatha pensó que tal vez debería haber pedido a la bruja una cura para el tabaquismo.

Se sentaron en una mesa. Agatha cogió un pequeño menú. La cafetería se especializaba en «aperitivos ligeros». Pidió una quiché y una ensalada y Jimmy un té.

—Así que estabas jugando al Scrabble con los otros residentes —empezó Jimmy.

—Sí, ya te lo he dicho.

—¿Cómo son?

—No los conozco muy bien. Fue Daisy Jones quien me recomendó a Francie. Parece que le gusta el Coronel Lyche, pero él no se fija en ella. Parece bastante anclado a sus costumbres. También están Jennifer Stobbs, Mary Dulsey y Harry Berry. ¿De qué hablamos? Pues, Scrabble, cartas, palabras. Nada personal aparte de «¿Quiere otra copa, Sra. Raisin?».

—¿Alguno de ellos se ausentó durante el juego?

—Daisy Jones fue a empolvarse la nariz pero usó el baño de abajo. El Coronel Lyche fue a buscar bebidas al bar. También lo hizo el señor Berry. No creo que ninguno de ellos tenga un horrible pasado.

—Estamos investigando. Francie Juddle llevaba un libro de visitas. Todos la consultaron.

—¡Ah! —Los ojos de Agatha brillaron.

—Daisy Jones la consultó porque organizaba sesiones de espiritismo y quería ponerse en contacto con su difunto marido. El coronel por una dolencia en el hígado. Jennifer Stobbs pidió una poción de amor.

—¿Para quién? Quiero decir, ¿con quién iba a usarla?

—Ella insiste en que era para un amigo. Mary Dulsey para las verrugas, Harry Berry para el reumatismo.

—¡Qué montón de crédulos!

—Tú misma fuiste a verla —contestó Jimmy.

—¿Me incluyó en su libro? —preguntó Agatha.

—Sí, un tónico para el cabello. Agatha soltó un suspiro de alivio. No se mencionaba la poción de amor.

—Pero aparte de los residentes del hotel, —explicó Jimmy— muchos de los habitantes del pueblo acudían a Francie.

—¿Se ganaba bien la vida con ello?

—Sí, creo que era una mujer rica, pero estamos comprobándolo con su abogado para saber exactamente cuánto dejó.

—¿Qué hay de la familia?

—Tiene una hija, Janine, que probablemente heredará y que podría hacerse cargo del negocio.

—Probablemente sea ella.

—Lo dudo. Visitaba a su madre a menudo y parecía estar muy apegada a ella.

—¿Está casada?

—Sí, con un vago llamado Cliff Juddle.

—¡Juddle! ¿Se casó con su primo, o qué?

—Algo así. Los Juddle son gitanos.

—Entonces, ¿este Cliff no podría haberla matado?

—Todo es posible, —contestó Jimmy— Pero la gente dice que Janine es una mujer muy mandona, muy dura. Si Cliff mató a la madre con la esperanza de hacerse con el dinero de la hija, no tendría muchas posibilidades. Janine es la que maneja la economía.

—¿Qué hace ella?

—Lo mismo que su madre, pero en Hadderton. Puede que se mude aquí porque el negocio de la madre era más rentable. Hay muchos residentes mayores en Wyckhadden y los viejos tienen dolencias y algunos de la generación anterior son muy supersticiosos. Hicimos una inspección en un par de sus sesiones de espiritismo pero no pudimos encontrar nada falso, como muselina, cintas, o cómplices debajo de la mesa para hacer que se moviera. Eso sí, estas cosas se filtran y siempre he pensado que la avisaban.

—¡Pero tiene que haber algún truco!

—Oh, seguro de que lo hay, pero nunca hemos sido capaces de encontrar ninguno.

Llegó la quiché de Agatha. Después de comérsela, todavía tenía hambre y miró con ansia el expositor de pasteles.

—¿Quieres un trozo de tarta? —preguntó Jimmy, siguiendo su mirada.

—Bueno…

—Yo también quiero uno.

—Oh, en ese caso…

Mejor que lo haga bien, —pensó Agatha, pidiendo un trozo de tarta de chocolate con dulce de leche.

El menú decía: «Vendemos las mejores tartas de chocolate». Me pregunto qué opinan los turistas franceses de eso, —pensó Agatha.

La tarta estaba deliciosa.

—Entonces, ¿tengo que quedarme en Wyckhadden?, —preguntó Agatha.

—Sí, me temo que sí. Y se me olvidó decirte que mi jefe, el sargento detective Peter Carroll, estará pronto de servicio y quiere hacerte unas cuantas preguntas más. Te acompañaré a la comisaría cuando estés lista.

—¿No vas a venir?

—Me voy a casa a dormir un par de horas. ¿Lista para ir?

El sargento Peter Carroll era un hombre de rostro delgado y buenos modales que contradecían su capacidad interminable de hacer preguntas sobre la investigación. Agatha volvió a describir los acontecimientos de la noche anterior, aunque ahora todo empezaba a parecer más irreal. La sala de interrogatorios tenía una ventana alta por la que entraba la luz del sol. Las motas de polvo flotaban entre los rayos de sol. La mesa en la que se sentaba Agatha estaba marcada y manchada por los anillos de muchas tazas de café y quemaduras de cigarrillos. Las paredes estaban pintadas de ese tono ácido de verde lima tan querido por la burocracia en Gran Bretaña.

Agatha volvía a tener sueño.

—Así que volvamos a la razón por la que se fue en mitad de la noche para despertar a una mujer que pensaba que podría haber destrozado su abrigo. ¿Por qué? —preguntó Carroll.

—Soy detective aficionada —contestó Agatha.

Carroll consultó un fax en los papeles que tenía delante y esbozó una breve sonrisa cínica. Probablemente un fax de Wilkes diciéndole que soy una entrometida, pensó Agatha.

—Como la señorita Juddle me había criticado por llevar el abrigo, pensé que podía tener algo que ver y que si le hacía una visita sorpresa, descubriría si todavía le quedaban restos de pintura en las mano.

Llamaron a la puerta, se abrió y apareció la cabeza de Tarret.

—Unas palabras, señor.

—Discúlpeme. —Carroll salió. Una mujer policía, sentada en un rincón con una grabadora, miraba fijamente hacia delante. Agatha ahogó un bostezo. «Oh, estar en casa, en Carsely, en su casa de campo, con sus gatos. Había sido una tonta al huir. Se preguntó si James pensaba en ella».

De nuevo en Carsely, James Lacey apagó el ordenador. Se sentía inquieto y aburrido. Tenía una sensación que se negaba a reconocer

de que Carsely sin Agatha era un lugar sin vida. Nadie parecía saber a dónde había ido. La esposa del vicario, la señora Bloxby, probablemente lo sabía pero no se lo decía a nadie.

Decidió encender la televisión y ver las noticias de la hora del té. Otro escándalo del gobierno, otro asesinato por atropello, y entonces el presentador dijo: «La policía de Wyckhadden está investigando la muerte de una bruja local. La señorita Frances Juddle fue encontrada muerta a golpes en su casa de campo. La encontró una visitante, una tal Sra. Agatha Raisin». Había una instantánea de Agatha en un coche de policía. «La Sra. Raisin, del pueblo de Carsely en Gloucestershire, es amiga del inspector Jimmy Jessop, que está a cargo del caso». Grabación de Agatha saliendo del hotel con Jimmy, luego una larga toma de Agatha y Jimmy caminando por el paseo marítimo, del brazo. El presentador pasa a describir Wyckhadden como un tranquilo centro turístico costero en el que se aloja un gran número de jubilados. Entrevistas con varios vecinos de Francie Juddle, todos expresando su conmoción. James observaba, desconcertado. Agatha nunca había mencionado Wyckhadden. Y seguramente, si hubiera sido amiga de un inspector de policía, habría alardeado de ello.

Apagó el televisor y salió para dirigirse a la vicaria. La señora Bloxby le abrió la puerta.

—¡Vaya, Sr. Lacey! Qué alegría. Pase. Hace días que no lo veíamos.

—He estado ocupado. ¿Qué pasa con Agatha?

—Necesitaba unas vacaciones.

—Acabo de verla en la televisión.

James le contó lo que había visto y el asesinato de la bruja de Wyckhadden.

—Pobre Sra. Raisin. Parece que los asesinatos la persiguen.

—En las noticias de la televisión dijeron que Agatha era amiga de un inspector de policía.

—Vi las noticias de la televisión. ¡Qué horror! Pobre Sra. Raisin. Nunca la oí mencionar nada sobre un inspector de policía.

—¿Pero por qué Wyckhadden?

—Puedo decírselo —contestó la señora Bloxby—, ahora que sabe dónde está. Ella no sabía nada de Wyckhadden. Solo cerró los ojos y clavó un alfiler en el mapa.

—Podría haberme dicho a dónde iba.

—¿Por qué? —preguntó la señora Bloxby con delicadeza—, no han tenido relación desde hace bastante tiempo.

—¡Pero somos vecinos!

—Sin duda nos lo contará todo cuando vuelva. ¿Té?

—No, no quiero más su asqueroso té —decía Agatha a la mujer policía. El sol se había puesto. La sala de interrogatorios estaba fría.

La puerta se abrió y Carroll entró de nuevo.

—Hemos atrapado a la persona que rasgó su abrigo.

—¿Quién es? —preguntó Agatha.

—Fue la chica de la que le habló a Tarret, la que le atacó en el baile. Se llama Carly Broomhead. La hemos detenido. Todavía tenía restos de pintura roja en las manos. Su hermana trabaja, o más bien trabajaba, ahora ya no, como camarera en el Hotel Garden. Ha sido despedida.

—Tenía que ser una persona así —dijo Agatha con amargura—. Puedo demandarla hasta que se me ponga la cara negra, pero nunca podrá pagar otro abrigo.

—Al menos nos hemos quitado un problema de encima y sabemos que no tiene nada que ver con el asesinato.

—Oh, no lo creo. En mi opinión, cualquiera que corte un abrigo así es muy capaz de golpear la cabeza de alguien.

—Deje la investigación en manos de la policía, Sra. Raisin. Es libre de irse, pero esté disponible para un nuevo interrogatorio. Se dirigió a la mujer policía y le dijo: —La entrevista con la Sra. Agatha Raisin acabó a las mil ochocientas horas. Apaga la cinta, Josie, y déjanos un momento.

Cuando la policía se fue, Carroll se inclinó hacia delante y le dijo:

—Jimmy Jessop es un hombre decente.

—Estoy segura de que lo es —contestó Agatha secamente.

—Está destrozado por la muerte de su esposa. No quiero que le hagan daño ni que le fastidien personas como usted, ¿entiende?

—¿Por qué no se concentra en el trabajo policial y se ocupa de sus malditos asuntos?

—Me estoy concentrando en el trabajo policial y no me gusta la forma en que salió a la una de la mañana y encontró ese cuerpo.

—¿Me está acusando?

—Todavía no.

—Entonces váyase a la mierda.

Agatha salió furiosa. Mientras regresaba a toda prisa al hotel, se dio cuenta sorprendentemente de que no había fumado un cigarrillo en todo día. Abrió su bolso y sacó un paquete de Benson & Hedges. Aspiró una profunda bocanada de aire fresco y lo volvió a guardar. Por fin se había librado del tabaco.

Cuando llegó al hotel, se sintió aliviada al ver que no había ningún periodista esperando fuera. El director, el señor Martin, la estaba esperando.

—Pase a mi oficina, Sra. Raisin.

Le siguió hasta un despacho situado junto al vestíbulo.

—Me apena mucho que un miembro, o mejor dicho, un antiguo miembro de mi personal haya participado en la destrucción de su abrigo, Sra. Raisin. No le cobraremos por su estancia aquí.

—Gracias —contestó Agatha—. Pienso hacerla lo más corta posible.

—Nuestra oferta no cubre las bebidas —dijo incómodo.

—Lo recordaré —respondió Agatha con sorna. Entonces se acordó de la botella de poción de amor que había metido entre los cojines del sillón del salón. Se sintió ansiosa por recuperarlo—. Gracias. —Se puso en pie y salió.

El coronel estaba leyendo un periódico en el salón, en el mismo sillón en el que Agatha se había sentado antes. Daisy Jones estaba sentada frente a él, tejiendo.

—¿Qué está haciendo? —gritó Daisy cuando Agatha hundió la mano en un lado del sillón en el que estaba sentado el coronel.

—Me he dejado la medicina —dijo Agatha, recuperando el frasco, aunque estuvo tentada de escandalizar a Daisy diciéndole: «Solo estoy curioseando».

—Son tiempos difíciles —dijo el coronel—. Vamos a jugar al Scrabble esta noche, como siempre. Acompáñenos.

—Gracias.

Por qué no —pensó Agatha—. Puede que el asesinato y el caos hayan llegado a Wyckhadden, pero el juego de Scrabble continúa.

CAPÍTULO TRES

Agatha se aplicó un poco más de loción en las zonas sin pelo antes de enrollarse un pañuelo de gasa en la cabeza y bajó a cenar. Después de gritar «Buenas noches» a los demás, cogió un libro de bolsillo y se puso a leer para evitarlos. Ya se verían lo suficiente en la partida de Scrabble.

La comida consistía en cerdo asado, patatas asadas, salsa de manzana y verduras variadas. Habían servido previamente caldo escocés y panecillos con mantequilla y a continuación, merengues y helado. No debería comer ni siquiera la mitad del menú —pensó Agatha— pero qué demonios, lo he pasado mal y necesito consolarme.

Pero tanta comida solo consiguió que tuviera sueño de nuevo. Solo la curiosidad por saber algo de los demás huéspedes la obligó a unirse a su juego de Scrabble.

Rechazó la invitación del coronel de tomar una copa. Mary Dulsey sacó las fichas del Scrabble y el viejo Harry se puso un par de gafas de montura dorada y le tendió una pluma y un cuaderno para anotar las puntuaciones.

—Es bueno que el cielo se haya despejado —dijo Daisy alegremente—. Oh, gracias, coronel —agradeció al hombre, que amablemente había traído una bandeja con bebidas.

—¿No vamos a hablar del asesinato? —preguntó Agatha.

—Pero estamos jugando al Scrabble —contestó Jennifer.

Todos estaban ordenando cuidadosamente sus fichas en filas.

—No sé lo que voy a hacer con estas fichas, —refunfuñó Mary.

—Han descubierto quién destrozó mi abrigo —dijo Agatha.

—Lo sabemos —contestó el coronel—. El señor Martin nos lo dijo. Agatha, usted tiene la ficha más alta. Le toca empezar la partida.

Agatha miró sus fichas. Se inclinó sobre el tablero y puso HOG. Tiene una T, una U y otra H —le reprochó Daisy—. Podría haber puesto THOUGH.

—No ayudes —gritó el coronel, haciendo sonrojar a Daisy que susurró: «Lo siento».

Agatha miró con asombro las cabezas inclinadas de los ancianos. ¿Por qué no hablaban del asesinato? Pero todos habían sido interrogados esa mañana y probablemente lo habían hablado entre ellos, así que lo único que ahora querían era jugar su habitual partida de Scrabble. Tal vez lo mejor sería intentar sonsacarles uno a uno al día siguiente.

Cuando terminó la primera partida, se excusó diciendo que estaba cansada y subió a su habitación.

De nuevo durmió con la luz encendida.

Por la mañana, bajó a desayunar y se acercó a Daisy Jones.

—¿Le importa si me uno a usted?

Daisy lanzó una mirada anhelante al coronel, pero este estaba absorto detrás del Daily Telegraph.

—No, puede hacerlo —dijo con evidente reticencia.

—¿Sabe que fui yo quien encontró a la pobre Francie Juddle? —explicó Agatha.

—Sí, salió en los periódicos esta mañana.

—¿Por qué fue a verla?

Daisy parecía incómoda. Dijo:

—Francie daba sesiones de espiritismo. Me dijo que podía ponerme en contacto con mi difunto marido.

—¿Y lo hizo?

—Sí. Aunque me dio miedo escuchar la voz de Hugh.

—¿No hubo truco?

—Supongo que debe haberlo. No quiero hablar de ello.

—Pero…

—No, de verdad no quiero hablar de ello. Hay cosas que es mejor dejarlas estar.

—Me pregunto —dijo Agatha despacio—, si ella conoció a su difunto marido. Quiero decir, ¿venía a Wyckhadden con usted cuando estaba vivo?

—Sí, veníamos todos los veranos —Daisy suspiró—. Supongo que por eso decidí jubilarme aquí. Muchos momentos felices. Pero Francie nunca conoció a mi Hugh. Hablemos de otra cosa. ¿Qué hay de usted y del inspector?

—Lo he conocido esta semana —explicó Agatha—. Me llevó a un baile en el muelle.

—¿Y que tal fue? —preguntó Daisy con nostalgia— ¿Sigue siendo igual?

—Supongo que sí.

—Hugh y yo solíamos ir a esos bailes. Intenté que el coronel me llevara, pero dijo que no tenía tiempo para esas tonterías.

Parecía tan triste que Agatha dijo impulsivamente:

—Siempre podemos ir juntas una noche. Me refiero a ti y a mí.

—¡Oh, que buena eres!

—Parece que de momento no me puedo ir. Lo pasaré mejor así.

Daisy soltó una risita sorprendentemente juvenil.

—Me pregunto qué harán sin mí en las partidas del Scrabble.

Desayunaron juntas.

—Creo que voy a dar un paseo —comentó Agatha.

—¿Cuándo iremos al baile? —preguntó Daisy con entusiasmo —. Hay uno esta noche.

—Entonces, podemos ir —respondió Agatha, que ya se estaba arrepintiendo de su impulso.

Agatha subió a buscar su abrigo. Decidió lavarse y secarse el pelo antes de salir y aplicarse más loción. Se lavó el pelo con champú y se examinó el cuero cabelludo. En las calvas crecía ahora una tenue pelusa de pelo nuevo. Es un milagro —pensó Agatha— Cuando regrese a Carsely, haré analizar esta loción capilar y quizá pueda ganar una fortuna si realmente funciona.

Sintiéndose bastante eufórica, se enrolló una bonita bufanda de

gasa alrededor de la cabeza en una especie de turbante turco, se puso el abrigo y salió del hotel. Hacía mucho frío y viento, pero Agatha estaba decidida a hacer ejercicio y volver a Carsely con una nueva y delgada figura. Salió en dirección contraria a la que tomó anteriormente, hacia el este en lugar de hacia el oeste. Se mantuvo alejada del muro del mar, ya que la marea estaba alta y de vez en cuando una gran ola rompía en el muro. El aire estaba lleno de sonidos de gaviotas chillando y de olas golpeando. Al llegar al final del paseo marítimo siguiendo esa dirección, dio la vuelta y se dirigió hacia el oeste, pasando por el hotel. Se encaminó al centro de la ciudad, donde encontró una pequeña y elegante *boutique*. En el escaparate había un vestido corto de gasa de seda negra, de corte bajo y con tirantes finos. Demasiado fresquito para el invierno de Wyckhadden, —pensó Agatha—. Pero sabía que aún tenía los hombros tersos y un buen escote. No le vendría mal probárselo.

Salió veinte minutos más tarde con el vestido en una bolsa. Era demasiado bueno para el baile del muelle, pero para una cena a la luz de las velas con James Lacey…

Agatha descubrió que sus pasos la llevaban a aquel *pub* donde había conocido a Jimmy por primera vez. Era casi la hora del almuerzo y él podría estar allí.

Abrió de un empujón la puerta del bar y entró. Olía como todos los bares sucios, a cerveza rancia y a salsa de *Bisto*. Jimmy no estaba. Un par de hombres de negocios en una mesa, la pareja adúltera en otra y tres jóvenes en la barra.

Se acercó a la barra y pidió un *gin-tonic*. Sacó la cartera para pagarlo cuando una voz detrás de ella le dijo al camarero:

—Yo lo pago, Charlie. Y media pinta de cerveza para mí. —Se giró rápidamente y vio a Jimmy sonriéndole.

—Gracias —dijo Agatha—. ¿Cómo van las cosas?

Pagó las bebidas y se sentaron en una la mesa.

—El motivo parece ser el robo —contestó Jimmy.

—¡Oh! —Agatha se sintió decepcionada. Había tenido un sueño en el que resultaba que uno de los residentes del Garden había cometido el asesinato y ella lo resolvería.

—Su hija, Janine, nos ha dicho que guardaba una gran cantidad de dinero en efectivo en una caja metálica cerrada con un candado. La caja fue encontrada esta mañana en la playa donde fue arrojada. Estaba vacía.

—¿Forzada?

—No. También faltaban sus llaves. Janine dijo que guardaba una llave de la caja con las llaves de su coche.

—Así que no fue un robo ordinario. Quiero decir, no fue un ladronzuelo de la calle. Alguien sabía dónde guardaba el dinero.

—Eso parece.

—¿Alguna pista de con qué la golpearon?

—Algún tipo de atizador o con una botella. Los forenses todavía están estudiándolo. ¿Has ido de compras?

—He comprado un precioso vestido en una *boutique* de la ciudad. Pero creo que es demasiado bonito para llevarlo esta noche.

—¿Qué pasa esta noche?

—Voy a ir con Daisy Jones al baile del muelle.

—Bien por ti.

—Desearía no haber aceptado —dijo Agatha con tristeza.

—No hemos descartado que sea uno de ellos, aunque parece descabellado.

—El coronel está muy en forma —comentó Agatha— Ahora que lo pienso, aparte del viejo señor Berry, todos están bastante en forma.

—¿Averiguaste algo de ellos y de Francie Juddle?

—Solo de Daisy Jones por ahora. Dice que fue a ver a Francie para ponerse en contacto con su difunto marido. —Agatha se inclinó hacia delante, con los ojos iluminados por la emoción—. Hay algo extraño. Dijo que la voz que escuchó en la sesión de espiritismo sonaba como la de su marido fallecido, Hugh, pero parece ser que Francie nunca conoció a Hugh.

—Sí lo hizo, sabes. Está todo registrado en sus libros de visitas y los guardó todos. Tenemos a la policía revisándolos. Hugh Jones también la visitó.

—¿Para qué?

—Una cura para la impotencia.

—¡Así que ella sabía cómo sonaba su voz! —exclamó Agatha.

—Según cuentan, nuestra Francie era una gran imitadora.

—¡Pero la voz de un hombre!

—Podría haber tenido un cómplice. Esta noche vamos a hacer un llamamiento a las personas que la consultaron para que declaren.

—¿Para qué fue el anciano señor Berry a verla? Oh, dijo que era reumatismo.

—También quería ponerse en contacto con su difunta esposa.

—Es un negocio muy cruel —comentó Agatha—, estafar a la gente de esa manera.

—Oh, hay muchos creyentes. No pueden olvidar a sus muertos.

—¿Alguna vez te sentiste así… con tu esposa?

—No, por mucho que la echara de menos, no lo hice y no creo en las sesiones de espiritismo. Por mi experiencia, hay que pasar el duelo y acabar con él o puede volverte loco. Hay mucho que contar de un buen velatorio irlandés.

—¿No hay esperanza de que estés en el baile esta noche, Jimmy?

Se pasó una mano cansada por la cara.

—Tengo mucho trabajo. Solo he venido aquí —se sonrojó un poco—, bueno, para descansar un rato. Tengo que irme.

Esa poción de amor debe funcionar de verdad, —pensó Agatha —. Ella sabía que él lo que quería decir es que había venido al bar con la esperanza de verla.

—Voy contigo —dijo Agatha.

—No creo que eso sea sensato —afirmó Jimmy torpemente—. Sigues siendo sospechosa y el oficial de criminalística de Hadderton me echó la bronca cuando nos vio a los dos en la televisión.

—Están sacando un montón de asuntos pintorescos de tu pasado, Agatha. Me refiero a que tu marido fue asesinado, y cosas así.

—Oh, Dios.

—¿Quién es ese tipo, Lacey, con el que pensabas casarte?

—Nadie especial. Quiero decir, que no funcionó.

—¿Sigues sintiendo algo por él?

Agatha se quedó mirando la mesa.

—No.

—Me alegro —Le dio una palmadita en la mano.

Agatha se sentó sonriendo para sí misma cuando él se fue. Le gustaba su piel blanca y dura, sus párpados caídos y su alta figura. ¿Cómo sería estar casada con un inspector de policía? Empezó a imaginarse su boda, pero cuando llegó a la parte en la que James Lacey pedía un baile con la novia y le decía que siempre la había amado, el sueño se desvaneció. Sería típico de alguien como James Lacey decirle que la amaba cuando no había nada que hacer al respecto.

Salió del *pub*, compró unos periódicos y se dirigió a la cafetería a la que había ido con Jimmy para almorzar, pues no quería volver al hotel para una de sus copiosas comidas.

Se sentó a leer los periódicos. En la portada de dos de ellos había una fotografía de Janine Juddle. En una entrevista, explicó que se trasladaría a Wyckhadden para continuar con el negocio de su madre y así ayudar a la gente. Dijo que pediría a los espíritus de los muertos que se manifestaran y encontraran al asesino de su pobre madre. Janine era una chica rubia de aspecto severo. A su lado, en la fotografía, había un hombre de apariencia hosca con el pelo muy corto. El marido. Podría haberlo hecho él —pensó Agatha—. Puede que Janine tuviese la cartera, pero le habían robado el dinero y quién mejor para saber que estaba allí que el yerno.

Agatha se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que Janine comenzara su negocio en Wyckhadden.

Dio otro largo paseo y volvió al hotel. Consideró que debía ir al salón y ver si podía interrogar a alguno de los residentes, pero se sentía muy cansada. Ya los vería más tarde.

Agatha bajó a cenar vestida con una blusa roja de raso y una falda larga de noche. Se había probado el vestido negro, pero decidió que ese *glamour* estaba definitivamente desperdiciado en Wyckhadden.

Daisy Jones estaba resplandeciente con un vestido de noche de red rosa cubierto de lentejuelas. ¿Cuándo había visto por última vez

un vestido así? se preguntó Agatha. En los años cincuenta. Pero fue la visión de los demás lo que hizo parpadear a Agatha. El viejo señor Berry llevaba un traje de noche negro verdoso y el coronel también llevaba un traje de noche y corbata negra. Jennifer Stobbs llevaba un traje pantalón de terciopelo negro y Mary Dulsey enseñaba mucha piel arrugada con un vestido de seda verde sin tirantes.

—Vamos todos —gritó Daisy—. ¿No es divertido?

Justo lo que necesito, —pensó Agatha con amargura—. Una noche de fiesta con un montón de gente arrugada. Eso era lo peor de socializar con los viejos. Ya no podías seguir fingiendo que eras joven y elegante. A ver —pensó Agatha con tristeza—. Yo tengo cincuenta años; Daisy, unos sesenta; Mary y Jennifer lo mismo; el coronel, oh, unos sesenta y tantos; y el señor Berry, definitivamente ronda los setenta. Y por la forma en que pasa el tiempo en estos días, no pasará mucho para que yo sea uno de ellos y la pena es que todavía me sentiré como si tuviera veinticinco años.

Pero después de la cena, cuando salían todos juntos a una tranquila y fría noche, se sintió más animada. Todos parecían unos adolescentes excitados. Pero sus ánimos se apagaron cuando caminaron por el muelle, pasando por las tiendas cerradas y los salones de juegos, para encontrarse con un cartel que anunciaba que era noche de discoteca. Los jóvenes avanzaban por el muelle en dirección a la sala de baile.

—Querida —dijo Daisy con voz delicada—. Supongo que podemos tomarnos una copa y limitarnos a mirar. Pero me apetecía tanto bailar.

Dejaron sus abrigos y, amontonándose, entraron en el salón de baile y se sentaron alrededor de una mesa en la pista de baile. El coronel anotó las copas de todos y se dirigió a la barra.

—Parecen un montón de salvajes —gruñó Jennifer.

Debería afeitarse ese bigote —pensó Agatha con irritación—. No hay razón para que se abandone de esa manera. Ella misma no se sentía precisamente elegante con el pelo recogido bajo un pañuelo rojo a juego con su blusa. Se lo había arreglado al estilo turbante turco, pero seguía sintiéndose como una vieja desaliñada. El coronel

volvió con una bandeja con las bebidas.

—Esto no es buena idea —gimió Mary—. Apenas puedo oírme a mí misma.

Un grupo de jóvenes se reía y las miraba desde el otro lado de la sala. Entonces uno, un joven alto con chaqueta de cuero y vaqueros, se separó del grupo. Se acercó a su mesa y, girándose, guiñó un ojo a sus amigos y le preguntó a Agatha:

—¿Quieres bailar, cariño?

—Maldita sea, no voy a ser vieja antes de tiempo —pensó Agatha con cierta rebeldía.

—Claro —contestó ella, levantándose hacia la pista.

Agatha era una buena bailarina de discoteca. Su larga falda negra tenía una larga abertura lateral que se abría mientras bailaba, mostrando al mundo que Agatha Raisin tenía un par de piernas espectaculares. Se entregó al ritmo salvaje de la música, olvidando que aquel joven gamberro solo le había pedido bailar por una broma, aunque era un magnífico bailarín. Fue vagamente consciente de que la gente aplaudía y de que abrían paso a su alrededor.

Cuando el baile terminó, Agatha volvió a la mesa, sonrojada y feliz.

—No sé cómo lo hace —se maravilló el coronel.

—Venga y se lo mostraré —bromeó Agatha, sin esperar que aceptara su oferta.

—Será un honor —dijo el coronel con toda formalidad.

Cuando el coronel empezó a moverse, agitando las manos y pateando las piernas con desenfreno, Agatha se acordó de James. James bailaba así. En un momento dado, miró por encima del hombro del coronel y vio con alegre asombro que Daisy y Harry Berry se habían unido a los bailarines, al igual que Mary y Jennifer.

Después de eso, varios jóvenes los sacaron a bailar. Ya no eran rarezas. Se las consideraba divertidas, y Agatha pensó que era sorprendente que los jóvenes con pendientes en la nariz, pelo de punta y ropa aterradora, cuando se les conocía, casi siempre resultaban ser agradables y corrientes.

Aguantaron con ganas hasta el último baile.

—Bueno, estoy contento —comentó el coronel mientras caminaban por el muelle—. No recuerdo haber disfrutado tanto en mucho tiempo.

Sumamente eufórico, el viejo Harry estaba ejecutando pasos de baile a lo largo del muelle. Daisy cogió el brazo de Agatha.

—¿Puedo hablar contigo tranquilamente cuando volvamos?

—Claro —contestó Agatha, reprimiendo un bostezo—. Pero no demasiado tiempo. Estoy agotada. Sube a mi habitación.

En la habitación de Agatha, Daisy la miró suplicante.

—Esta noche he estado celosa de ti, Agatha.

Agatha se quitó el turbante y se miró el cuero cabelludo.

—¡Por todos los santos, tu cabello estaba creciendo!

—El coronel te ha prestado mucha atención.

—¿Te gusta el coronel?

—Sí, mucho.

—¿Y qué puedo hacer? —preguntó Agatha—. No está interesado en mí, te lo aseguro. Solo quería divertirse.

—Mi ropa está muy anticuada. Me he dado cuenta esta noche. Y mi pelo. Me preguntaba si podrías ir de compras conmigo mañana y me ayudaras a arreglarme un poco.

—Con mucho gusto —contestó Agatha—. Saldremos después del desayuno. Será divertido.

Y será así, pensó sorprendida. Agatha había dirigido su propia empresa de relaciones públicas, pero se había jubilado anticipadamente. Acompañar a alguien para mejorar su imagen había sido parte de su trabajo. De repente, la vida había vuelto a adquirir color y sentido. Y lo que es más, no había fumado ni un cigarrillo. Sacó un paquete lleno del bolso, lo abrió, rompió todos los cigarrillos y los tiró a la papelera.

Por la mañana, después del desayuno, Agatha vio que Mary y Jennifer querían unirse al día de compras. Las condujo al salón.

—Será mejor que preparemos un plan de acción. ¿Estáis dispuestas?

Todas asintieron.

—Bueno, para empezar, todas tenéis peinados demasiado

anticuados —explicó Agatha—, pero afortunadamente todas parecéis tener un pelo fuerte y sano que se puede teñir. Creo que tengo que empezar por llevaros a todas a una buena peluquería y que os peinen. Luego a una esteticista. La cara y la piel son importantes.

—No se puede hacer nada con las arrugas —dijo Jennifer.

—Oh, sí, se puede —contestó Agatha—, y no estoy hablando de un *lifting* facial. ¿Conocéis a un buen peluquero? Quiero decir, uno al que no hayáis ido nunca.

—Todos vamos a Sally's en la calle principal.

—Le preguntaré al director. Agatha fue a la oficina. El señor Martin atendió su consulta y dijo: —Hay una pareja de jubilados en Wyckhadden. Él era peluquero y ella esteticista. Todavía hacen algunos trabajos en privado.

—No sé…, —empezó Agatha dudosa.

—Solía ser Jerome de Bond Street.

—¡Cielo santo! —exclamó Agatha débilmente—. Me olvido de la edad que tengo. Solía ir a ver a Jerome. Era muy bueno. ¿Puede darme su número?

Agatha le dio el número y llamó por teléfono. Jerome estaba encantado de saber de ella. Podía traer a sus damas y él y su esposa se pondrían a trabajar.

Por su entusiasmo aventurero, Agatha se había olvidado del asesinato. Al final de la mañana, el pelo de Daisy era de un brillante rubio miel y sus arrugas se habían alisado con un tratamiento de colágeno. Jennifer lucía un elegante corte recto, se había quitado el bigote y se le había dado forma a las cejas. Mary tenía un bonito peinado de suaves rizos y un rostro más terso.

Charlando alegremente, todas almorzaron en un restaurante del paseo marítimo y luego Agatha las guio por las tiendas.

—Espero que todas podáis permitiros las compras —dijo con sentimiento de culpa.

Todas dijeron que sí, que podían. La mente de Agatha volvió al asesinato. Jennifer había pagado todas sus compras con una cartera repleta de dinero en efectivo, mientras que el resto utilizaba tarjetas de crédito. Jennifer parecía ser una mujer importante. Y a medida

que su mente volvía a pensar en el asesinato, regresaba con fuerza el deseo de fumar un cigarrillo.

—No, rosa no, Daisy —dijo cuando Daisy le tendió una blusa para que la revisara—. Azul, tal vez. Y necesitas otra talla de sujetador.

—¿Qué tiene de malo el que tengo puesto?

—Te está demasiado apretado. Tienes protuberancias donde no deberías tenerlas.

—Quiero decir que no es como si hubiera dejado de fumar —argumentó Agatha para sí misma—. Me dejó el tabaco a mí, por así decirlo. No firmé ningún compromiso. Una sola calada sería el cielo. Bueno, tal vez más tarde.

—La idea del Scrabble parece algo aburrida —comentó Jennifer con su potente voz—. Pero supongo que es todo lo que tenemos planeado para esta noche.

Pero cuando volvieron al hotel, se encontraron con que el coronel se había tomado la libertad de reservar asientos para todos ellos para ver una obra, Mikado de Gilbert y Sullivan y lo había organizado todo para que sirvieran la cena más temprano.

—Esto parece un internado de chicas, —pensó Agatha divertida cuando Daisy, Mary y Jennifer llamaron a su habitación para pedirle que revisara lo que llevaban puesto.

Bajaron todas juntas.

—Por Dios, señoras, están muy guapas, —dijo el viejo Harry, con los ojos brillantes.

—Ese azul te sienta bien, Daisy —comentó el coronel—, y tu pelo es precioso. Los ojos de Daisy resplandecieron y apretó el brazo de Agatha.

El teatro era antiguo y estaba adornado con querubines dorados de yeso y una gran lámpara de araña.

El coronel, que llevaba una gran caja de bombones, la pasó a los demás, y hubo mucho tanteo de gafas mientras intentaban leer el programa.

Agatha nunca había visto una opereta de Gilbert y Sullivan y temía que todo resultara un poco artificial, pero a partir de la

obertura quedó fascinada. En aquella velada, durante un breve tiempo, se convirtió en la niña que nunca había sido. Era una novedad para ella tener la capacidad de disfrutar plenamente. El placer para Agatha siempre había sido agridulce, siempre había tenido la sensación de que no iba a durar. Pero aquella noche, la magia de la evasión, el calor y la seguridad parecían ser eternos.

Mientras salían después de la representación, se oyó al coronel decirle a Daisy:

—El Gran Verdugo podría haber estado mejor, pero Agatha no pudo ver ningún fallo.

Fueron a un *pub* cercano a tomar una copa. El coronel contó una divertida historia sobre una representación de Gilbert y Sullivan en el ejército. Jennifer les hizo reír diciendo que una vez había interpretado a Buttercup en Piratas de Penzance y que había olvidado todas las palabras y había intentado inventárselas.

Solo cuando Agatha se estaba desvistiendo para ir a la cama, pensó de repente que era curioso que ninguno de ellos hubiera mencionado el asesinato, o tuviera curiosidad por el asesinato. Tal vez lo consideraban de mala educación. Tal vez sus ancianos cerebros ya habían olvidado todo el asunto. Pero a la semana siguiente, al salir con sus nuevos amigos, también descubrió que, por primera vez, no le interesaba mucho averiguar quién había asesinado a Francie, en gran parte porque estaba convencida de que el culpable era el yerno y de que la policía, con la ayuda de los forenses, no tardaría en detenerlo. Y Jimmy no había llamado, ni una sola vez.

James Lacey estaba de compras en Mircester cuando se encontró con el sargento detective Bill Wong. Bill tenía un aspecto más regordete, señal inequívoca de que no había un amor en su vida. Cuando Bill estaba enamorado de alguna chica, siempre adelgazaba.

—Veo que Agatha está involucrada en otro asesinato —comentó Bill—. ¿Sabes algo de ella?

—No —contestó James—. ¿Y tú?

—Ni una palabra. Pensé que me llamaría por teléfono para

pedirme ayuda. ¿Por qué no vas a verla?

—No puedo hacerlo. Estoy pensando en irme al extranjero otra vez. Unos amigos míos tienen una villa en Grecia y me han invitado.

—Pobre Agatha, —pensó Bill—. James no era un hombre apasionado.

Cuando volvió a la jefatura de policía, recibió una llamada telefónica del *baronet*, *Sir* Charles Fraith.

—¿Qué ha estado haciendo nuestra Aggie? —preguntó Charles.

—Solo sé lo que he leído en los periódicos —respondió Bill—. Deduzco que la policía de Wyckhadden ya habrá investigado sus antecedentes.

—Si hablas con ella, dale recuerdos de mi parte.

—¿Por qué no vas a verla?

—Temporada de tiro. Tengo una gran fiesta en casa. No puedo escaparme.

—Pobre Agatha, —pensó Bill de nuevo—. Espero que no se sienta demasiado sola.

Agatha estaba dando un rápido paseo por el muelle diez días después del asesinato cuando vio la figura alta y delgada del coronel delante de ella y aceleró sus pasos para alcanzarlo.

—Una buena mañana, —dijo Agatha. Había amanecido con una temperatura bastante suave para ser pleno invierno, uno de esos días grises en los que todo el color parece haberse desvanecido del mar y del cielo, y hasta las gaviotas guardan silencio.

—Buenos días, Agatha —contestó el coronel—. ¿Todo listo para el baile de esta noche? Es más bien de nuestro estilo.

Señaló un cartel en el que se anunciaba un baile a la antigua usanza.

—Sí, todas tenemos vestidos nuevos para deslumbrar, —afirmó Agatha—. Coronel, ¿por qué ninguno habla de ese espantoso asesinato?

—No es el tipo de cosas de las que se habla —respondió el

coronel—. Es un asunto desagradable. Es mejor olvidarlo.

—Fue a ver a Francie, ¿no es así?

—Mi hígado no funcionaba bien y mi curandero no encontraba ninguna solución. Me decía que dejara de beber, que probablemente era debido a eso. Fui a ver a Francie. Me dio unos polvos. No he tenido ningún problema desde entonces.

Agatha pensó que como el coronel no bebía mucho, seguramente había sido por un susto por lo que había dejado de beber, y probablemente se debía a eso y no a los polvos de Francie que se habían acabado sus problemas de hígado.

—¿Qué le pareció ella? Francie, quiero decir.

—Muy bien. Esperaba un montón de tonterías. Pero parecía una mujer sensata. Me sorprende que su hija se haya mudado y establecido en el negocio tan rápidamente.

—¿Lo ha hecho?

—Sí, había un pequeño anuncio en el periódico local esta mañana.

La curiosidad detectivesca de Agatha se despertó de nuevo.

—Es extraño.

—No creo que sea extraño, —comentó el coronel—. Puede que sea de mal gusto. Creo que está aprovechando la publicidad de la muerte de su madre.

—Me pregunto si la gente la visitará —reflexionó Agatha.

—Seguro que sí. También había un artículo en el periódico local sobre las curas de Francie, donde se decía que había mucho que hablar sobre la medicina tradicional a base de hierbas.

—¿Es lo que usaba? ¿Hierbas?

—O hierba.

—¿Hierba?

—Hierba. Hierba. Hachís. Teníamos una señora que residía en el Garden, ahora está muerta, pobrecita. Sufría episodios a causa de una depresión y entonces fue a ver a Francie, que le dio algo. Bueno, después de eso, cada vez que tomaba alguna cosa que Francie le recetaba, se volvía alegre y tonta. He visto los efectos de la marihuana y pensé que Francie le había dado algo con hachís.

—¿No lo denunció?

—La anciana tenía un cáncer terminal. Pensé, si la hace feliz, que así sea.

—¿Y aún así fue a verla usted mismo?

—Me pareció bien. Mary estaba plagada de verrugas y ella se las curó, cosas así. Una vez tuve la tensión alta, todo parecía indignarme: la política, la juventud actual, todo. Me puse a dieta y decidí no preocuparme por nada, no interferir en nada, solo cuidarme. Funcionó de maravilla. Por eso dejé que las situaciones como este asesinato se resolvieran por si solas.

—¿Conoció al marido de Daisy?

—Lo vi solo una vez. Un tipo sombrío.

—¿De qué murió?

—Cáncer de pulmón. Era un hombre que fumaba sesenta cigarrillos al día.

Agatha, que había estado luchando contra el impulso de fumar un cigarrillo, sintió que el anhelo de uno aumentaba bruscamente. Es extraño que en el momento en que escuchó algo tan horrible sobre los efectos del tabaco, el deseo de uno la invadiera. Tal vez por eso los fabricantes de cigarrillos no se resistieron a poner advertencias funestas en las cajetillas. Probablemente sabían que en el corazón de todo adicto hay un deseo de muerte.

—Ha hecho maravillas con el aspecto de las mujeres. —El coronel se paseó con Agatha a su lado. Parecía feliz de cambiar de tema—. Daisy está muy guapa.

—¿Pensando en casarse? —bromeó Agatha.

—¿Qué yo? ¡Por Dios, no! Con una vez fue suficiente.

—¿No era feliz?

El coronel señaló con su bastón hacia los hombres que pescaban al final del muelle. Así se cerró el tema de su matrimonio.

Cuando dieron la vuelta y se dirigieron hacia el hotel, Agatha tropezó y él la sujetó con su brazo. Será mejor que se agarre a mí —dijo—. No quiero que se tuerza un tobillo antes de la noche. Debería llevar zapatos planos.

—Siempre me ha gustado llevar un poco de tacón —contestó

Agatha. Miró hacia el hotel. Hubo un destello en una de las ventanas. Podrían ser unos prismáticos, pensó Agatha. Me pregunto de quién será esa habitación.

Cuando entraron en la calidez del hotel, en el silencio victoriano del Garden, con sus gruesas alfombras, sus tupidas cortinas y sus sólidas paredes, Agatha noto que volvía toda su anterior inquietud. Subió a su habitación y se quitó el pañuelo de la cabeza. No había pelo suficiente para cubrir las zonas calvas. Agitó el frasco. Solo quedaba un poco.

Podía matar dos pájaros de un tiro. Podía ir a echar un vistazo a esa Janine y ver cómo era y también ver si le quedaba algo de la loción capilar de su madre. No quería gastar lo que quedaba por si Janine no tenía y quería guardar un poco para analizarlo.

Se cepilló el pelo y decidió que ya no había razón para llevar pañuelo.

Agatha llamó al comedor cuando salía para decir que se saltaría el almuerzo. La cintura de su falda le quedaba holgada por primera vez en meses y no quería arruinar su figura con uno de los abundantes almuerzos del hotel.

—¿Adónde vas? —preguntó María.

—Voy a ver a la hija de Francie Juddle.

Todos la miraron fijamente.

—¿Para qué? —preguntó Jennifer.

—Es por mi pelo. ¿Recuerdas que tenía unas calvas? Francie me dio un tónico para el cabello y funcionó de maravilla. Voy a ver si le queda algo de su madre.

Agatha se dio la vuelta y dijo por encima del hombro:

—Si es tan bruja, puede que incluso sea capaz de despertar a los espíritus de los muertos para que me digan quién asesinó a su madre.

Hubo un repentino silencio detrás de ella, pero continuó su camino. Seguramente todos pensaron que su visita era una mala idea.

CAPÍTULO CUATRO

Agatha se sentía muy emocionada mientras caminaba por el paseo marítimo a Partons Lane.

Cuando llegó a la casa, un chico de aspecto hosco abrió la puerta.

—¿Tiene cita? —preguntó.

—No.

—Pues tendrá que volver más tarde. La primera cita libre es a las dos.

—Apunte mi nombre —dijo Agatha—. Agatha Raisin.

—De acuerdo.

—¿No se te olvidará?

—No.

Así que eso es todo por el momento, pensó Agatha. Se dirigió al *pub* donde había conocido a Jimmy. Para su sorpresa y deleite, él estaba sentado en una mesa con un vaso de cerveza a medio terminar.

—¡Agatha! —Se puso en pie—. Siéntate y te traeré algo. ¿Lo de siempre?

—Gracias, Jimmy.

Jimmy volvió con su bebida.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó.

—He estado saliendo con la gente del hotel. Vamos a ir al baile esta noche. ¿Han averiguado cuándo se cometió el asesinato?

—Nunca se puede saber con exactitud. No había cenado. No hay nada en su estómago que indicara que había comido algo desde

la hora del almuerzo. El forense cree que podría haber sido entre las cinco y las seis, según el *rigor mortis* y todo ese tipo de cosas.

—Oh, pero eso significa que podría haberlo hecho alguien del hotel. Seguro que los vecinos vieron quién entró y salió.

—Ahí está el problema. Las casas de campo de ambos lados y las de enfrenten son casas de campo de fin de semana. Y el único residente permanente está a cuatro puertas y es casi ciego.

—Pero si alguien se llevara una caja, vaciara su contenido y la tirara por el malecón, sin duda lo verían.

—La verdad es que no. ¿Has estado en Wyckhadden a las seis de la tarde? Es la hora ideal para un asesinato. Todas las tiendas y oficinas están cerradas y todo el mundo está dentro tomando el té. Solo los realmente refinados cenan por la noche aquí. El asesino podría haber guardado el dinero en los bolsillos del abrigo y luego simplemente haber tirado la caja vacía por la pared. Era marea alta y el mar estaría alto.

—Pero el libro de visitas. ¿Había alguna cita para las seis?

—Su última cita siempre era a las cuatro y media. Fue la señora Derwent, que llevó a su hijo pequeño que tiene problemas de asma.

—¿Y el arma? Seguro que la habrán tirado por el muro al mar junto con la caja.

—Tal vez. Pero con la marea baja se encuentra todo lo que ha sido utilizado: botellas vacías, barras de hierro, trozos de madera. El mar revuelto y las piedras habrían limpiado cualquier prueba.

—Entonces, ¿buscáis a alguien?

—Sospechamos del marido de Janine, Cliff. Pero tiene una coartada sólida. Estuvo jugando a los bolos desde primera hora de la tarde hasta la noche en la bolera de Hadderton. Hay muchos testigos.

—Ratas.

—Como tú dices, ratas. No te preocupes por eso, Agatha. Al menos el grupo del hotel parece estar libre de sospecha.

—¿Por qué?

—El asesinato fue cometido por alguien joven. Estoy seguro de eso. El golpe que la mató se hizo con una fuerza brutal en la cabeza.

—Son bastante activos, y Jennifer Stobbs, por ejemplo, sigue siendo una mujer fuerte.

—Suele ser alguien que está en forma, y son todas personas respetables que no necesitan dinero. Se necesita mucho dinero para pagar los precios del Garden, año tras año. Te ha vuelto a crecer el pelo. Muy bonito.

—Me pregunto si fue la loción que me dio Francie.

—Creo que habría crecido de nuevo de todas formas. Me tengo que ir.

—Vamos a ir todos al baile del muelle esta noche —informó Agatha esperanzada.

—Si encuentro un momento libre, me pasaré por allí. Pero no pierdas el tiempo preocupándote por quién cometió el asesinato. En mi opinión, podría haber sido cualquiera. Tuvo muchos clientes a lo largo de los años y uno de ellos podría haberla visto guardando dinero en esa caja y comentarlo en casa. Algún muchacho se enteró y se lo contó a sus amigos. Tengo la desagradable sensación de que esto no se va a resolver.

Agatha regresó a Partons Lane. De nuevo el chico abrió la puerta.

—¿Es usted Cliff? ¿El marido de Janine? —preguntó Agatha.

—Sí. —La condujo al salón y le dijo—: Espere aquí.

El gato blanco estaba tumbado en la chimenea. Vio a Agatha y mostró bufando sus puntiagudos dientes. Agatha lo miró con cautela por si volvía a saltar sobre ella.

Entró Janine. Llevaba el pelo teñido de rubio recogido en la parte superior de la cabeza. Tenía unos ojos azules pálidos y duros, rodeados de largas pestañas negras, la nariz fina y larga y una mandíbula en forma de L que solía considerarse un elemento de belleza en las actrices de Hollywood de los años ochenta.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó sonriendo. La sonrisa no se reflejó en sus ojos duros y evaluadores. Agatha sintió que cada objeto que llevaba había sido tasado.

—Su madre —disculpe, mis condolencias por su triste pérdida — me vendió una loción para el cabello. Me pregunto si le queda

algo.

—No, lo siento. He tirado un montón de esos productos. No me dedico tanto a las pociones. Tengo sesiones de espiritismo, lectura de manos, tarot, cosas así. Podría leerle la palma de la mano.

—¿Cuánto?

—Diez libras.

—Bastante caro —pensó Agatha, pero estaba ansiosa por ganarse la confianza de Janine.

—De acuerdo.

—Deme sus manos.

Agatha extendió las manos.

—Tiene un carácter fuerte —afirmó Janine—. Le gusta salirse con la suya.

—No necesito una valoración de mi carácter —contestó Agatha en tono de protesta.

—Ha sufrido un duelo recientemente, un duelo intenso. —El asesinato del marido de Agatha había aparecido en todos los periódicos—. Ahora hay tres hombres en su vida. Cada uno la ama a su manera, pero nunca se casará de nuevo. Hasta ahora ha habido mucho peligro en su vida, pero todo eso se ha acabado. Ahora tendrá una vida tranquila hasta que muera. Tampoco tendrá relaciones sexuales con nadie a partir de ahora.

—¿Cómo puede decir todo eso? —Agatha estaba enfadada.

—Hay una conexión entre nosotras. Ha encontrado a mi madre. Hay un vínculo psíquico entre nosotras. Eso es todo.

—Que pena de diez libras, pensó Agatha, y estaba a punto de decir algo cuando le vino una idea.

—Dijo que hacía sesiones de espiritismo —comentó.

—Sí, llamo a los espíritus de los muertos.

—Entonces, ¿le ha dicho su madre quién la asesinó?

—Es pronto. Cualquier día de estos. Se está instalando en el otro lado.

No puede estar deshaciendo la maleta de todas formas, pensó Agatha agriamente.

—Mira, somos seis en el Hotel Garden. ¿Consideraría hacer una

sesión de espiritismo para nosotros si los demás están de acuerdo?

—Por supuesto.

—¿En el hotel?

—No, siempre hago las sesiones de espiritismo aquí.

Seguro que sí, pensó Agatha. Muchos trucos para transportar.

En voz alta dijo:

—Lo consultaré con los demás y le avisaré.

Dejó más de diez libras.

—¿Cuánto cobra por una sesión de espiritismo?

—Doscientas libras.

—¡Cielos!

—Me supone un gran esfuerzo.

Y mucho más para el bolsillo de los demás, pensó Agatha mientras recorría el paseo marítimo unos minutos después.

Cuando llegó al hotel, echó un vistazo al salón. Mary estaba sola junto al fuego, tejiendo. Agatha decidió acercarse. Mary rara vez decía nada. Jennifer siempre hacía de portavoz de las dos.

Quitándose el abrigo, Agatha se sentó frente a ella. Mary le dedicó una breve sonrisa y siguió tejiendo. Debió de ser bastante guapa en su día, con un aspecto débil y delicado, pensó Agatha.

—Fui a ver a Janine, —explicó Agatha.

—¿La hija de Francie? ¿Cómo es?

—Me leyó la palma de la mano con mucho esfuerzo y dijo un montón de tonterías. Sin embargo, podría ser divertido que fuéramos todos a una de sus sesiones de espiritismo.

—¿Crees que todo eso es real?

—No creo que lo sea. Pero podría ser divertido. Cobra doscientas libras, ¿te lo puedes creer? Sin embargo, dividido entre seis, no es tan caro.

—Me pregunto si puede hablar de los vivos. Quiero decir, si los espíritus pueden informar de los vivos.

—Dudo que pueda, igual que no me atrevo a creer que hable con los muertos. ¿Por qué los vivos?

—Por alguien que me interesaba hace mucho tiempo.

—¿Un hombre?, —preguntó Agatha, que a menudo se

preguntaba si Mary tenía una relación con Jennifer.

—Por supuesto, un hombre. Muchas veces me pregunto dónde está y qué estará haciendo.

—¿No funcionó? —preguntó Agatha con simpatía, pensando en James Lacey.

—Todo salió mal —Los enormes ojos marrones de Mary se llenaron de nostalgia—. Pero durante un tiempo fuimos muy felices. Yo estaba de vacaciones con mis padres aquí, en Wyckhadden, y fue en este mismo hotel donde lo conocí.

—¿Cuántos años tenías?

—Veintidós —contestó Mary con un suspiro—. Hace mucho tiempo. Nos hicimos amigos, paseamos por la playa, fuimos a bailar.

—¿Tuvistéis una relación?

Mary parecía sorprendida.

—Oh, nada de eso. Quiero decir, uno no… en aquel entonces.

—¿Y cómo terminó?

—Le di mi dirección. Yo vivía entonces en Cirencester con mis padres. Él vivía en Londres. Esperé pero no me escribió. No me había dado un número de teléfono, pero tenía su dirección. Al final no pude aguantar más. Fui a Londres, a la dirección que me había dado. Era una pensión. La gente de allí nunca había oído hablar de él.

—¿Tal vez te dio un nombre falso?

—Era su nombre real, el que me dio, porque tenía coche. Acababa de aprobar el examen de conducir y estaba muy orgulloso de su nuevo permiso. Tenía su nombre, Joseph Brady. Les describí su aspecto e incluso tenía una foto donde estábamos juntos, pero la gente de la pensión dijo que nunca había vivido allí y una señora llevaba diez años viviendo allí. Me explicó que era publicista. Cuando llegué a casa, llamé a todas las agencias de publicidad que aparecían en la lista. Me ausenté del trabajo para hacerlo. Nadie había oído hablar de él. No pude superarlo. Volví a Wyckhadden año tras año, siempre con la esperanza de verlo.

—¿Estaba solo en el hotel? —preguntó Agatha.

—Sí.

—¿No te fijaste en la dirección del permiso de conducir?

Ella negó con la cabeza.

—¿Y en el registro del hotel?

—No quise preguntar.

Agatha se levantó.

—Intentaré descubrirlo para ti.

—¿Cómo?

—Estoy segura de que tienen todos los libros antiguos guardados en alguna parte. ¿En qué año fue esto?

—Fue en el verano de 1955, en julio, alrededor del día 10. Pero no se lo digas a Jennifer.

Agatha volvió a sentarse. ¿Por qué?

—Me encontré con Jennifer diez años después. Mis padres estaban mal y vine sola. Le conté todo sobre Joseph. Me dijo que estaba desperdiciando mi vida. Nos hicimos amigas. Ella tenía, tiene, tanta energía. Yo trabajaba como secretaria. Me dijo que hiciera un curso de informática, que ganaría mucho dinero.

—¿A qué se dedicaba Jennifer?

—Era profesora de matemáticas en una escuela de Londres.

—Los profesores no están bien pagados —señaló Agatha—. ¿Por qué no hizo un curso ella misma?

—Jennifer tiene pasión por la enseñanza.

—Entiendo —comentó Agatha irónicamente.

—Me iba muy bien, pero entonces mis padres murieron, uno detrás de otro, y tuve una depresión. Jennifer se mudó conmigo unas largas vacaciones de verano y me cuidó. Luego me sugirió que vendiera la casa de mis padres y me fuera a vivir con ella a Londres. Me pareció una gran aventura. Conseguí un trabajo de programadora en una empresa de la ciudad.

—Pero seguro que conociste a otras personas, a otros hombres —comentó Agatha.

—Al principio, Jennifer daba muchas fiestas, pero la gente que venía era en su mayoría maestros de escuela. Invitaba a gente de la oficina pero no parecían disfrutar de las fiestas y dejaron de venir.

—¿No te hiciste amiga de ninguna de las mujeres de la oficina?

—A veces una de ellas me proponía tomar una copa después del trabajo, pero Jennifer solía esperarme después del trabajo, así que…

Jennifer es una sanguijuela, pensó Agatha.

Se levantó de nuevo.

—Veré qué puedo hacer con los registros.

Agatha entró en el despacho del señor Martin y le preguntó si era posible buscar en los antiguos registros. Le dijo que todos los libros antiguos estaban en el sótano y que tenía permiso para hacerlo, pero que no podía prescindir de nadie del personal para ayudarla. Le dio una llave grande y la condujo al sótano, indicándole una puerta de poca altura.

—Ahí abajo —señaló—. Los encontrará todos apilados en estanterías al fondo donde están todos los trastos.

Agatha abrió la puerta y bajó los escalones de piedra. El sótano estaba lleno de muebles viejos, cortinas polvorientas e incluso lámparas de aceite. Se abrió paso entre el desorden hasta los montones de registros de hotel encuadernados, apilados en estanterías en un rincón apartado. Para su alivio, la fecha de cada uno estaba estampada en la parte exterior.

Tuvo que levantar montones de libros para llegar al que ponía «1955». Se sentó en un viejo sofá y lo abrió, buscando hasta encontrar el de julio.

Recorrió con los dedos las entradas, alegrándose de que fuera un hotel tan pequeño que no tenía que buscar entre una multitud de nombres. Y entonces lo encontró, Joseph Brady. Agatha frunció el ceño. Había dado su dirección como 92 Sheep Street, Hadderton. ¿Qué diablos hacía alguien que tenía coche, que vivía en Hadderton y que fácilmente podría haber venido en coche todos los días, a pasar unas vacaciones en un lugar tan caro como el Hotel Garden?

Sacó un pequeño cuaderno de su bolso y anotó la dirección, volvió a guardar el libro, subió las escaleras, devolvió la llave al despacho y fue al salón, donde Mary seguía tejiendo.

—Lo he encontrado —comentó Agatha.

—¿Lo has encontrado? ¿Así de fácil? Y después de todos estos años…

—Lo curioso es que dio una dirección en Hadderton, y Hadderton está muy cerca.

Extendió el trozo de papel.

—No puedo creerlo —susurró Mary.

—Podríamos despedir de una vez a tu fantasma. Iremos mañana.

—Podría ser una buena idea si no se lo decimos a Jennifer —dijo Mary.

—¿Eso será difícil?

—No lo creo. Le diré que voy contigo a ver un vestido.

—Tienes razón. Preguntaré a los demás qué les parece lo de la sesión cuando nos reunamos todos esta noche.

Jennifer rechazó la idea de una sesión de espiritismo y lo dijo en voz alta. Daisy dijo que esas cosas era mejor dejarlas en paz. Pero el coronel mostró un inesperado entusiasmo y comentó que «parecía una broma». Harry afirmó que sería interesante ver qué trucos empleaba Janine. Daisy cedió para complacer al coronel. Y así se decidió que Agatha lo organizaría para dentro de dos días por la noche. Llamó por teléfono a Janine, que contestó que los esperaría a las nueve de la noche.

Después de la cena, se dispusieron a ir al baile. Todos estaban inusualmente silenciosos y Jennifer estaba claramente enfadada. Era evidente que no le gustaba la idea de la sesión, pero no quería que la dejaran fuera.

Aunque todos bailaron amistosamente esa noche, había una extraña especie de tensión que Agatha no podía explicar. No dejaba de mirar hacia la puerta del salón de baile, siempre con la esperanza de ver entrar a Jimmy, pero la velada continuaba y no había ni rastro de él. Por fin, Daisy comentó que le dolía un poco la cabeza y que quería volver al hotel y los demás estuvieron de acuerdo.

¿Y a qué venía todo eso? se preguntó Agatha mientras se preparaba para ir a la cama. ¿Podría ser que la idea de la sesión de espiritismo hubiera asustado a uno de ellos y ese miedo interior se hubiera transmitido inconscientemente a los demás? ¿Era posible que uno de ellos hubiera cometido el asesinato?

¿Y por qué no había venido Jimmy? Tal vez el efecto de la poción de amor ya había desaparecido.

Por la mañana, Agatha y una Mary con cara de culpabilidad, cogieron un taxi hasta Hadderton.

—¿No tuviste problemas para escabullirte? preguntó Agatha.

—No, esta vez no, pero me hace sentir culpable.

—Es peor que tener un marido acosador.

—No debes decir eso, Agatha. Jennifer es la única amiga que he tenido de verdad.

Se callaron mientras el viejo taxi entraba en Hadderton.

—Sheep Street —dijo el taxista.

—Noventa y dos —respondió Agatha mientras el taxi reducía la velocidad. Sheep Street estaba llena de casas de ladrillo rojo.

Algunas estaban adornadas con jardineras y puertas y marcos de las ventanas lucían con bonitos colores brillantes. Pero las demás presentaban un aspecto verdaderamente lamentable. Y el noventa y dos era una de ellas.

—¿No deberíamos dejarlo estar? —suplicó Mary mientras Agatha pagaba el taxi.

—Ya que estamos aquí, deberíamos seguir adelante. Agatha se dirigió con determinación a la puerta principal y llamó.

—Es probable que ya no viva aquí —dijo Mary.

La puerta se abrió y apareció una señora bastante mayor que se quedó mirándolas.

—Estamos buscando a Joseph Brady —le dijo Agatha.

—Pasen. Se dirigió al interior y ellas la siguieron. La sala de estar a la que las condujo era oscura y estaba amueblada con viejas sillas y un sofá hundido.

—Ella es Mary Dulsey y yo soy Agatha Raisin —empezó Agatha—. Mary conoció a Joseph cuando era mucho más joven. Siempre se preguntó qué había sido de él. ¿Lo conoce?

—Es mi hijo.

Ambas miraron a la anciana. Ella se sentó en un sillón. Sus manos eran nudosas a causa de la artritis y su cara llena de pliegues y arrugas.

Mary parecía haberse quedado muda.

—¿Dónde está? —preguntó Agatha.

La señora Brady lanzó un pequeño suspiro.

—Cumpliendo condena.

—¿Por qué? —preguntó Agatha, ignorando el grito de angustia de Mary.

—El mismo negocio de siempre. Robar coches —Miró a Mary — ¿Cómo lo conociste?

Mary recuperó la voz, aunque temblorosa.

—Fue hace años, en 1955. En Wyckhadden. En el Hotel Garden.

La señora Brady asintió.

—Fue la primera vez que se metió en problemas.

—¿Con la policía? —preguntó Agatha.

—Sí —respondió cansada—. Trabajaba como vendedor de coches en una empresa de Hadderton. Acababa de sacarse el carné de conducir. Robó un coche y el dinero de la oficina de la empresa. Después explicó que había planeado ir a un hotel elegante y buscar a una chica rica. Los envejecidos ojos miraron con simpatía a Mary. —¿Eras tú, querida?

—Supongo que sí —contestó Mary con tristeza—. No éramos ricos. Mi padre era solo un abogado.

—Para Joseph, eso es ser rico. Nunca tuvimos mucho, ¿sabes? Bueno, la policía lo atrapó un par de días después de su vuelta. No sé cómo pensó que se saldría con la suya. Dejó el coche robado en un callejón, como si alguien lo hubiera robado. Pero había dejado sus huellas dactilares por toda la oficina de la empresa de automóviles y la policía encontró el resto del dinero escondido en su habitación. Juró que no volvería a hacer algo así. Le condenaron a una pena leve, pero resultaba difícil conseguir trabajo con antecedentes penales. Un día se fue de casa al poco tiempo de aquello. Dijo que se iba a Australia. Más tarde, cuatro años después, me escribió desde la cárcel. Coches de nuevo y una sentencia más larga. Posteriormente otro robo. Lo último fue robar coches y llevárselos a un traficante mafioso en Bulgaria.

—¿Tiene una fotografía reciente? —preguntó Agatha.

La señora Brady se levantó penosamente de su silla y bajó una caja de cartón de un estante junto a la chimenea. La dejó sobre una mesita y, poniéndose unas gafas, empezó a mirar las fotografías. Sacó una y se la entregó a Mary.

—¿Es usted, señorita?

Mary miró una foto de ella y Joseph en el baile de Wyckhadden.

—Sí —contestó con voz entrecortada—. Uno de los fotógrafos de la playa tomó esa foto. Una para mí y otra para Joseph.

—Aquí hay una que fue tomada antes de su última condena. La señora Brady le entregó a Mary una fotografía. Agatha se acercó a Mary y la miró. El Joseph de esta foto mostraba una dentadura postiza a la cámara. Estaba casi calvo y su cara de sabandija se parecía muy poco al joven del baile.

Agatha miró la cara de sorpresa de Mary.

—Gracias por su tiempo, señora Brady. Sentimos mucho haberla molestado.

—Las acompañaré a la puerta —contestó ella—. Es curioso, a lo largo de los años siempre hubo alguna chica con la que decía que se iba a casar, pero la ley siempre le pillaba primero.

En la calle, Mary caminó un trecho con Agatha y después se derrumbó y comenzó a llorar, diciendo una y otra vez entre sollozos:

—¿Cómo has podido hacerme esto, Agatha?

—Pero querías encontrarlo —protestó Agatha, pero sin dejar de sentirse culpable. Hubiera sido mejor dejar a la pobre Mary su sueño intacto. Un viento frío soplaba por la Sheep Street. Las campananillas que colgaban de una puerta tintineaban con su extraño y exótico sonido.

—Busquemos un bar —dijo Agatha.

Doblaron la esquina de Sheep Street y encontraron un pequeño *pub*. Agatha pidió dos *brandys*. Mary bebió y sollozó, sollozó y bebió. Agatha esperó pacientemente. Por fin, Mary se secó los ojos y se sonó la nariz.

—Todos estos años —habló—, he soñado con Joseph. Que un día él volvería si yo continuaba yendo a Wyckhadden. Soporté a

Jennifer porque me aferré a este sueño. Ahora no tengo nada.

—Desearía volver atrás —afirmó Agatha—. Pero, ¿cómo íbamos a saber que se convertiría en un criminal?

—En realidad no es culpa tuya. Tenía que averiguarlo —contestó Mary—. Tendré que decírselo a Jennifer.

—¿Por qué?

—Sabrá que me pasa algo.

—Oh, bueno, díselo si crees que es necesario —dijo Agatha, cansada del tema. Había una máquina de cigarrillos en una esquina del bar. La miró con nostalgia. Pero hacía años y años que no pasaba tanto tiempo sin fumar. ¡Aguanta, Agatha!

De vuelta al hotel, Agatha encontró a Jimmy esperándola. Miró con curiosidad a Mary, que tenía los ojos rojos, y que pasó corriendo junto a él y subió las escaleras. ¿Qué ocurre?

—Vamos a dar un paseo y te lo cuento.

Ya en el paseo marítimo, tomó el brazo de Agatha y comentó:

—Hueles a *brandy*. ¿Empiezas pronto?

—Consolando a Mary. —Mientras caminaban, Agatha le habló de Joseph.

—Pobre mujer —afirmó cuando Agatha hubo terminado—. Yo podría haber investigado todo eso para ella.

—Nunca se me ocurrió preguntarte. Mary no pensó ni por un minuto que fuera un delincuente.

Agatha le habló entonces de la sesión de espiritismo.

—Todavía tenemos el ojo puesto en el marido de Janine. Deberías tener cuidado.

—Pensé que tenía una coartada de hierro.

—Siempre sospecho de la gente con coartada sólida.

—¿Por qué has venido a verme, Jimmy?

—Quería invitarte a cenar esta noche. Hay un restaurante italiano nuevo.

—Me encantaría.

—Está bien. Te recogeré a las ocho. Será mejor que te acompañe de vuelta. Tengo mucho papeleo que hacer.

Cansada después de toda la tensión que había vivido durante la

mañana, Agatha planeaba acostarse esa tarde y luego disfrutar de un tiempo de ocio preparándose para su cita. Estaba a punto de ponerse el jersey por encima de la cabeza cuando llamaron insistentemente a la puerta. Se bajó el jersey y fue a abrir. Jennifer estaba allí, con los puños cerrados y los ojos encendidos de ira.

—Quiero hablar contigo, zorra entrometida.

—Pasa —contestó Agatha resignada.

Jennifer entró en la habitación. Has destruido la felicidad de Mary. Ella creía en ese sueño.

Agatha la miró con desagrado.

—Tú has destruido los sueños de Mary —añadió furiosa—. Te has aferrado a ella como una sanguijuela durante años. ¿Qué posibilidades tenía de hacer nuevos amigos estando contigo?

—¿Cómo te atreves? ¿Quién la cuidó después de la muerte de sus padres? ¿Quién la orientó para que tuviera una buena profesión?

—Lo hiciste tú. Es mucho más fácil que hacer algo con tu propia vida. No estás enfadada, Jennifer. Estás asustada. Mientras Mary soñaba que Joseph volvía, estabas a salvo. Sin su sueño, se va a dar cuenta de que ha desperdiciado toda su vida.

Jennifer enrojeció.

—No te metas en su vida o será peor para ti.

Salió dando un portazo. Agatha se sentó, con las piernas temblando. Ahora sí que era posible que alguien cometiera un asesinato. Intentó echar una siesta, pero no pudo dormir. Se debatía entre dejar Wyckhadden y huir de aquella situación tan tensa con Jennifer o quedarse y averiguar más sobre el asesinato. Y también estaba Jimmy. Después de la infidelidad caprichosa de Charles y la frialdad de James Lacey, era maravilloso poder sentir que un hombre estaba realmente interesado en ella. Tal vez podrían casarse.

Agatha telefoneó a la señora Bloxby a la vicaría de Carsely.

—Qué alegría saber de ti —exclamó la señora Bloxby—. Todos nos preguntamos cuándo vas a volver. ¿No te has involucrado demasiado en ese desagradable asesinato?

Agatha se dispuso a contarle todo sobre el asesinato, los residentes del hotel, su creciente amistad con Jimmy y la pelea con

Jennifer.

—Yo no culparía a Jennifer —dijo la señora Bloxby cuando Agatha terminó. He conocido a muchas mujeres como Mary. Si no hubiera sido Jennifer, habría sido alguien muy parecido a ella. O podría haber sido un hombre agresivo. Probablemente descubrirás que sus padres eran bastante dominantes. Y ese Jimmy tuyo parece prometedor.

—¿Cómo está James? —preguntó Agatha bruscamente.

—Parece esta muy bien. La señora Bloxby no iba a decirle a Agatha que James había estado preguntando por ella. Dejó que Agatha progresara con Jimmy.

—¿Y mis gatos?

—Doris Simpson los está cuidando muy bien. Todos te echamos de menos.

—Unos días más y pronto estaré en casa.

Cuando Agatha se despidió, recordó de repente el triste comentario de Janine de que no volvería a tener sexo. Ya lo veremos, pensó Agatha mientras se depilaba las piernas y se aplicaba la loción corporal *Poème* de Lancôme.

La velada comenzó siendo un éxito. Jimmy contó historias sobre su trabajo en Wyckhadden y Agatha siguió con historias sobre Carsely y de los residentes, aunque no mencionó a James.

La llevó al hotel y luego se dio la vuelta y la estrechó entre sus brazos.

—Oh, Agatha —dijo acaloradamente y la besó.

Agatha respondió con una pasión que la sorprendió.

—Maldita sea esa bruja. —Le demostraría que estaba equivocada—. ¿No podemos ir a tu casa a tomar una copa?

—Claro —respondió él con la voz entrecortada. Condujo hasta las afueras de la ciudad y aparcó frente a un elegante *bungalow*. Como dos personas que se preparan para una pelea, subieron por el camino uno al lado del otro, y la tensión aumentó entre ellos. No debería ser así, pensó Agatha. Deberíamos seguir divirtiéndonos.

Él la guio hasta el *bungalow*, ordenado, limpio y bien iluminado.

—El baño está ahí —dijo. Usaré el otro.

—Dos cuartos de baño —comentó Agatha, esforzándose para hablar suavemente—. Qué lujo.

—En su día tuve inquilinos. Ahora no tengo tiempo.

Agatha entró en el cuarto de baño, reluciente y limpio, con su bañera y su retrete de color verde Nilo. Se desnudó y se bañó. Deseó haber tenido un camisón o una bata. Finalmente, salió del baño con nada más que una braguita negra de encaje.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—Aquí.

Siguió el sonido de la voz y entró en un dormitorio. Jimmy estaba tumbado en una cama de matrimonio, con el edredón hasta la barbilla y una cara seria. Oh, vale, vamos allá, pensó Agatha. Al menos estoy a punto de probar que Janine se equivocaba.

Se metió en la cama junto a él. Las sábanas eran resbaladizas y frías y su cuerpo estaba helado. Comenzó a besarlo.

Al final, se separó de ella.

—Lo siento, Agatha. No puedo. Todavía no. Creía que podía, pero no puedo.

—Entonces me iré —contestó Agatha con voz apagada. No respondió. Se levantó de la cama y se giró desde la puerta. Estaba encogido de lado, con los ojos bien cerrados.

Agatha se dirigió al baño. Se puso la ropa y salió al pasillo, donde había visto un teléfono y guías telefónicas. Buscó taxis en las Páginas Amarillas y llamó a un taxi. Le pidieron la dirección. Por suerte para Agatha, estaba estampada en una de las guías telefónicas, porque no tenía la menor idea de dónde estaba.

Mientras esperaba el taxi, se preguntó si debía entrar a consolar a Jimmy. Pero se sintió rechazada, se sintió fracasada. Qué día más horrible.

Suspiró aliviada cuando oyó llegar el taxi. Mientras recorría las silenciosas calles nocturnas de Wyckhadden, se sintió pequeña, miserable y rechazada. Se quedaría para la sesión de espiritismo y después se iría a casa, a Carsely.

A la mañana siguiente, Agatha bajó a desayunar. Todas, a excepción de Jennifer y Mary, la saludaron amablemente. Los ojos

de Mary parecían hinchados por el llanto.

Estoy demasiado disgustada como para preocuparme por ella, pensó Agatha, enfadada consigo misma por seguir sintiéndose culpable por Mary. Soy una asesina de sueños, se dijo a sí misma. Primero Mary y luego Jimmy, y todo en un solo día. Maldita seas, Janine. Por eso me precipité con Jimmy.

Tomó un desayuno ligero de huevos pochados con tostadas. Una vez más, mientras daba un sorbo a su café, pensó con nostalgia en lo bien que sabría un cigarrillo. No había ninguna máquina de cigarrillos en el hotel, algo tan vulgar. Pero había una en el muelle que, sorprendentemente, no la habían destrozado.

Un buen paseo la haría olvidar. Aquel día recorrió kilómetros a lo largo de la playa junto al inquieto mar. Luego regresó al hotel para decirle al director que se iría el sábado, en dos días, y que le preparara la cuenta. El alivio de haber tomado una decisión firme de volver a casa la animó. Cuando se preparaba para salir hacia la sesión de esa noche, llamaron a la puerta. Agatha miró alrededor de la habitación en busca de algo que pudiera utilizar como arma, decidió que estaba paranoica, abrió la puerta y retrocedió rápidamente cuando vio a Jennifer allí plantada.

—He venido a disculparme —explicó Jennifer bruscamente—. Lo hiciste solo para ayudar a Mary. Ella tenía que saberlo.

—Está bien —dijo Agatha, aliviada—. ¿Tienes ganas de ir a la sesión de esta noche?

—No especialmente. Aunque no me importaría demostrar que es un fraude.

—¡Pero pensé que confiabas en las pócimas de su madre!

—Hay mucho que contar de los viejos remedios caseros. Pero en lo que respecta a la adivinación y a las sesiones de espiritismo, nunca he creído en esas tonterías.

—Yo tampoco —contestó Agatha, que no tenía intención de decirle a Jennifer que le habían leído la mano—. Pero por eso creo que será muy divertido, para ver qué trucos prepara. Daisy si cree en las sesiones de espiritismo, tengo entendido.

—Lo hizo durante un tiempo, pero llegó a la conclusión de que

Francie era un fraude.

—¿Cómo llegó a esa conclusión? Me lo pregunto ya que fue ella quien me recomendó a Francie desde el principio.

—Oh, ella si confiaba en sus pociones. Será mejor que vaya a prepararme. ¿Qué llevas puesto?

—No tengo muchas ganas de arreglarme esta noche —comentó Agatha—. Hace mucho frío. Ojalá tuviera mi abrigo de piel.

—Mucha gente no aprueba el uso de pieles —afirmó Jennifer—. Podría volver a pasar si te pusieras otro.

—Tienes razón —dijo Agatha con pena—. Pronto nos apedrearán en los restaurantes por comer carne, y matarán a todos los animales y solo nos quedarán especies simuladas en los zoológicos.

—Samuel Butler dijo que si se llevara este tipo de argumento a su conclusión lógica, todos acabaríamos comiendo coles que han sido sacrificadas humanamente.

—¿Quién es Samuel Butler? ¿Alguien de este gobierno de niñeras que tenemos?

—Era un filósofo victoriano.

—¡Oh! —exclamó Agatha incómoda. Odiaba que descubrieran las enormes lagunas de su educación literaria.

—Te dejo que sigas —Jennifer le tendió la mano—. ¿Sin rencores?

—No, en absoluto. Agatha advirtió que le daba un apretón como el de un hombre.

Cuando Jennifer se marchó y Agatha terminó de vestirse, sonó su teléfono. Corrió a contestar.

—¿Jimmy? —preguntó.

—No, soy Harry —contestó con voz de anciano—. Estamos listos para salir. El coronel ha reservado dos taxis. Hace demasiado frío para caminar.

—Ahora mismo bajo —respondió Agatha. Colgó. Jimmy podría haber llamado al menos.

Salieron en los taxis. Agatha se preguntaba qué había pasado entre Mary y Jennifer para limar sus diferencias. Mary parecía

bastante contenta y otra vez parecían ser grandes amigas. Bueno, pensó Agatha, supongo que Mary es demasiado mayor para cambiar su manera de vivir.

El marido de Janine les hizo pasar. Se amontonaron en el pequeño vestíbulo quitándose los abrigos y los sombreros. Luego los guio hasta una habitación trasera. Estaba muy iluminada y amueblada solo con una mesa redonda cubierta con un paño de terciopelo negro.

Se sentaron a su alrededor.

—Esto es muy emocionante —dijo el coronel—. Si aparece un ectoplasma, probablemente sea nuestra Agatha fumándose un cigarrillo a escondidas.

Todos se rieron, excepto Agatha, que dijo:

—No he cogido un cigarrillo desde hace unos años. Estoy curada.

La habitación se llenó de ruidos extraños.

—¿Qué es eso? —preguntó Harry.

—Ballenas —contestó Daisy—. Es una cinta con los sonidos que hacen las ballenas. Puedes comprar una en tiendas de Mystique.

Mary soltó una risa nerviosa.

—Nunca vi ninguna ballena.

—Una vez vi algunos delfines en Florida —afirmó el coronel—. Unas criaturas muy inteligentes. ¿Sabe usted…?

Se interrumpió porque Janine había entrado en la habitación. Llevaba un vestido largo de muselina blanca, muy sencillo, con mangas largas y ajustadas y cuello alto. Agatha la miró con curiosidad. ¿Cómo podía celebrar esta sesión, aceptar esta sesión, si su madre había muerto hacía poco? Y sin embargo, pensó Agatha, mirándola de cerca, a pesar de su abundante maquillaje, sus ojos estaban enrojecidos y cansados como alguien que ha llorado mucho recientemente.

—Comenzamos —dijo, sentándose—. Por favor, cójanse de las manos y no se suelten. El círculo no debe romperse. Las luces del techo se apagaron. Ahora solo había una luz azulada que alumbraba a Janine y unos focos que iluminaban las manos unidas alrededor de

la mesa, pero dejando sus rostros en la oscuridad.

Agatha estaba entre Daisy y el coronel.

Hubo un largo silencio. Los sonidos de las ballenas se apagaron. Janine se sentó con la cabeza hacia atrás.

Cerró los ojos y dijo en un monótono canturreo. ¿Quién está ahí?

Y entonces una voz de hombre contestó:

—Hola, Aggie.

Agatha se puso tensa.

—Soy yo, tu marido Jimmy Raisin.

A Agatha se le erizó la piel. El acento de Jimmy había sido una mezcla de Cockney e irlandés, igual que esta voz. Su mente se agitó. Por supuesto, su asesinato había salido en todos los periódicos y también sus antecedentes.

—Te estoy esperando, Aggie —dijo—. No tardarás mucho.

—¿Puedo preguntarle algo? —preguntó Agatha.

Janine se sentó con los ojos cerrados. Agatha preguntó:

—¿Recuerdas nuestras vacaciones aquí en Wyckhadden, Jimmy? Por eso he venido.

—Y por eso supe dónde encontrarte —contestó alegremente la voz arrogante.

Agatha se relajó. Ella y Jimmy nunca habían estado en Wyckhadden.

—Es curioso —comentó—. Porque nunca estuvimos…

—Alguien más quiere participar —pronunció Janine.

Hubo un largo silencio. Una ráfaga de viento rugió de repente por el callejón de fuera. Una atmósfera muy adecuada, pensó Agatha cínicamente, y sin embargo fue consciente de la tensión que se estaba creando en la habitación, de que el coronel le agarraba la mano con tanta fuerza que podía notar su anillo de boda clavándose en el dedo. Es tonto y anticuado seguir llevando un anillo de boda, pensó sin importancia. Se aclaró la garganta. No pasaba nada. La mujer era una farsante. Era hora de irse.

Y entonces un gemido sordo escapó de los labios de Janine y empezó a mecerse hacia delante y hacia atrás. Una fina línea de

humo gris se escapó de entre sus labios y quedó suspendida en la luz azulada que había sobre su cabeza. No puede ser humo de cigarrillo, pensó Agatha. Me pregunto cómo lo hace. Pero había algo espeluznante y sobrenatural en el gemido. Los ojos de Janine estaban fuertemente cerrados. Entonces una fina voz sonó de los labios de Janine.

—Hola, hija. He concluido mi viaje al otro lado.

—Madre. ¿Cómo estás?

—Inquieta —se lamentó la voz—. Mi muerte aún no ha sido vengada.

—Lo será, madre. ¿Quién te ha matado?

—Sé quién me ha matado.

Hubo un tenso silencio y entonces Mary gritó y se puso de pie de un salto.

—¿Qué pasa? —preguntó el coronel—. ¿Qué pasa, querida? Maldita sea, ya he tenido suficiente de este sinsentido. Se acercó a la puerta y encendió la luz.

—Alguien me ha dado una fuerte patada —afirmó Mary.

—Has roto el círculo y el hechizo —habló Janine con furia—. No puedo hacer nada más.

—No esperará que paguemos doscientas libras por esta farsa —dijo el coronel.

El marido de Janine entró en la habitación.

—¿Qué está pasando?

—Esta gente ha roto el círculo justo cuando me había puesto en contacto con mi madre y ahora se niegan a pagar. —Janine hundió de repente la cabeza entre las manos y empezó a llorar.

Cliff se mostró amenazante.

—Ya lo veremos.

—Sí, ya lo veremos —contestó el coronel con rabia—. O nos vamos todos pacíficamente o llamaré a la policía para que nos escolte fuera de aquí.

—Que se vayan —dijo Janine, secándose los ojos—. Que se vayan los cabrones.

Se dirigieron a la puerta.

—Os maldigo a todos —dijo Janine.

Daisy aterrorizada dio un pequeño chillido y se apretó contra el coronel.

Cuando se reunieron todos fuera, el coronel les dijo:

—Será mejor que nos vayamos. ¿Qué le ha parecido todo esto, Agatha? ¿Ha sonado a su marido?

—Un poco sí —contestó Agatha—, pero fue asesinado y los detalles del asesinato estaban en todos los periódicos. Además, yo nunca había estado en Wyckhadden y él tampoco.

Daisy se estremeció mientras caminaban por el paseo marítimo que brillaba por la escarcha. —Ella nos maldijo—.

—Solo nos maldijo porque no consiguió el dinero —afirmó el coronel de forma tranquilizadora—. Creo que lo que todos necesitamos es un trago y una tranquila partida de Scrabble.

Mientras jugaban al Scrabble, Agatha empezó a pensar sobre aquella supuesta invocación del espíritu de Francie. Estaba claro que eso indicaba que Janine sospechaba de una de ellas. ¿Y si realmente alguien había dado una patada a Mary? ¿O se había asustado Mary por estar a punto de ser descubierta? Pero Mary era una mujer delicada. Agatha no podía imaginarla dando un golpe tan fuerte como para matar a Francie. Y sin embargo, una mujer desesperada podría haber dado perfectamente un golpe así. Pero, ¿por qué la puerta de Francie estaba abierta? ¿Había tenido la asesina una llave y luego se había marchado, dejando la puerta sin cerrar? Jimmy no había dicho nada de que el cuerpo hubiera sido movido. Por lo tanto, quienquiera que la hubiera matado, lo había hecho en su dormitorio.

Así que sus pensamientos se agitaron y fue increpada por los demás por jugar mal. Ninguno de estos ancianos podía ser culpable, pensó Agatha. Solo hay que ver cómo se concentran todos en el juego.

Por fin todos subieron a sus respectivas habitaciones y se encerraron en el habitual y caro silencio nocturno del hotel. Cuando Agatha pasó por el mostrador de recepción al subir, se dio cuenta de que el recepcionista de noche estaba dormido en una silla detrás del

mostrador. Cualquiera podía entrar o salir sin que él se diera cuenta, pensó Agatha con amargura. Seguramente estaba durmiendo cuando esa desgraciada entró y destrozó mi abrigo.

La mañana amaneció clara y helada, con un sol pálido que brillaba sobre un mar en calma.

Después del desayuno, el coronel, que parecía estar de buen humor, sugirió que todos dieran un paseo por el muelle.

—Quiero mostraros un tramo en el que el muelle se está deteriorando totalmente —explicó—. Estos viejos muelles victorianos forman parte del patrimonio de Gran Bretaña. Quizá, si todos estáis de acuerdo conmigo, podríamos hacer una reclamación.

Bien abrigados, con gorro, guantes y abrigos, todos caminan hacia el muelle, como en una excursión escolar geriátrica, pensó Agatha.

El coronel los detuvo a mitad de camino.

—Ahora quiero que os inclinéis y miréis los pilares. Están cubiertos de capas de algas, pero definitivamente están podridos en algunas partes. El mar está muy tranquilo hoy, así que deberíais poder ver bien de lo que estoy hablando.

Se inclinaron obedientemente. Las olas cristalinas se agitaban bajo el muelle.

—¿Qué es esa cosa blanca en el agua?

—¿Dónde? —preguntó Mary.

—Justo ahí. —Jennifer señaló. Luego dijo en voz baja—: Oh, Dios mío.

La cosa blanca se balanceó con una ola y la cara sin vida de Janine las miró, con su pelo rubio revuelto alrededor de su cabeza, su vestido de muselina flotando en torno a su cuerpo.

CAPÍTULO CINCO

Mary sollozaba contra el pecho liso de Jennifer. No lleva el sujetador con relleno que le recomendé, pensó Agatha entumecida. Daisy temblaba y lloraba. Harry Berry estaba sentado en las tablas del muelle, con su vieja cabeza entre las manos. Y se veía la alta figura del coronel alejándose a grandes zancadas por el muelle para llamar a la policía.

Agatha buscó a tientas en su bolso el monedero. Extrajo tres monedas de una libra y una de cincuenta peniques y se dirigió a la máquina de tabaco. Introdujo las monedas y pulsó un botón. Un paquete de cigarrillos cayó con estrépito en la bandeja inferior. Agatha lo cogió, le quitó el envoltorio, extrajo un cigarrillo y se lo llevó a la boca. Lo encendió y dio una profunda calada. La cabeza le dio vueltas y se sintió mareada. Se tambaleó hasta la barandilla y se aferró a ella, pero dio otra calada. Una gaviota se posó en la barandilla junto a ella y la miró con sus ojos prehistóricos y brillantes.

Unos adolescentes bajaron por el muelle, riendo y charlando. Uno de ellos vio la figura de Harry y se detuvo.

—¿Qué pasa, jefe? ¿Quieres que llamemos a un médico?

Harry negó con la cabeza.

—Hay un cuerpo en el agua —dijo con voz ronca.

—¡Córcholis! Los adolescentes corrieron hacia la barandilla.

Si no era su marido, era uno de nosotros, pensó Agatha. Seguro que fuimos los últimos en verla.

El ulular de las sirenas de la policía rasgó el aire. Las luces azules

parpadearon al final del muelle. La alta figura del coronel se hizo visible. Junto a él caminaban el agente Ian Tarret y el sargento Peter Carroll. Detrás de ellos venían más policías.

—Atrás —ordenó Tarret—. ¿Quién ha visto el cuerpo?

Agatha consiguió hablar.

—Nosotros. Nosotros, los del hotel.

Sus ojos se clavaron en ella.

—Otra vez ustedes. Moveos —se dirigió a los adolescentes—. El resto, quédense donde están.

Agatha empezó a temblar. Entonces vio a Jimmy que se apresuraba por el muelle, con su largo abrigo negro ondeando. Tarret lo condujo hasta la barandilla y señaló hacia abajo.

—¿Puedo hacer una sugerencia? —preguntó el coronel.

—¿Sí? Jimmy le miró, y sus ojos se posaron primero en Agatha. —Como ninguno de nosotros ha tenido nada que ver con este incidente, sugiero que, como todos somos mayores y el día es frío, se nos permita volver al hotel, donde esperaremos sus preguntas.

A Agatha, a pesar de su conmoción, no le gustó que la incluyeran en esa «tercera edad».

—Muy bien —dijo Jimmy—. Llamó a un policía. —Acompáñalos y vigílalos hasta que yo pueda hablar con ellos.

Ayudaron a Harry a ponerse en pie. Luego siguieron al policía por el muelle, pasando entre los curiosos, hasta llegar al hotel. El señor Martin, el director, salió a su encuentro.

—¿Y ahora qué? —gritó. El coronel le explicó en unas pocas y breves frases.

—Nos reuniremos todos en el salón —comentó—. ¿Está encendida la chimenea?

—Todavía no —El señor Martin se frotó las manos con angustia—. Esto es terrible, terrible.

—Haga que alguien encienda el fuego —ladró el coronel.

Entraron en la sala de estar y se desplomaron en las sillas alrededor del fuego.

—Quiero un té con mucho azúcar —dijo el coronel, pulsando el timbre de la pared.

Agatha encendió otro cigarrillo. Lo dejé una vez. Puedo volver a dejarlo, se dijo a sí misma con el verdadero optimismo de un adicto.

María había dejado de llorar, pero estaba muy blanca. Daisy seguía soltando extraños gemidos de angustia y miraba al coronel en busca de compasión. Pero el coronel observaba al empleado del hotel que encendía el fuego, con la cabeza hundida en el pecho.

A través de la larga ventana, Agatha pudo ver al marido de Janine que se apresuraba por el muelle. Le contaría a la policía lo de la sesión de espiritismo. Se volvió hacia los demás.

—Me pregunto si era el marido después de todo.

Nadie respondió. Llegó el té y el coronel lo sirvió. Todos se sirvieron leche, azúcar y galletas digestivas.

—Me pregunto qué habrá pasado. Me pregunto quién lo habrá hecho —habló Agatha desesperada.

—Pon mucha azúcar en el té, Daisy —insistió el coronel.

Agatha los miró desconcertada. Todos evitaban el contacto visual con ella. ¿Estaban todos involucrados?

Jimmy Jessop entró en el salón.

—El director ha tenido la amabilidad de dejarnos usar el despacho, lo que os ahorrará a todos bajar a la comisaría. Os llevaré de uno en uno. Usted primero, Sra. Raisin. Todos tendréis que ir a la comisaría más tarde para hacer las declaraciones oficiales.

Agatha le siguió hasta el despacho, donde le esperaba el sargento detective Peter Carroll. Jimmy la miró como si no la hubiera visto nunca.

—El marido de la mujer muerta dijo que anoche estuvisteis en una sesión de espiritismo. Empiece por ahí y cuéntenos lo que pasó.

Así empezó Agatha. Describió la sesión de espiritismo. Describió cómo había escuchado la supuesta voz de su marido muerto.

—Siempre pensé que la voz de los muertos debía salir de la boca del médium —dijo—, pero esta voz estaba en la habitación.

—¿Y qué decía esa voz?

—Solo un montón de basura —respondió Agatha—. Cómo era yo y cosas así.

—¿Y entonces?

—Y entonces la supuesta voz de Francie llenó la habitación. Llegó al punto en que le dijo a Janine que sabía quién la había asesinado y entonces Mary gritó. Dijo que alguien le había dado una patada. El coronel dijo que no íbamos a pagarles, Cliff se enfadó, el coronel amenazó con llamar a la policía y entonces todos salimos de allí. Esta mañana fuimos a dar un paseo por el muelle y Jennifer vio el cuerpo en el agua, o más bien dijo algo así como: «¿Qué es esa cosa blanca?» y cuando miramos, el cuerpo se giró en el agua y vimos que era Janine. El cuerpo estaba debajo de la superficie, pero el agua era clara y cristalina, así que todos pudimos ver que era ella.

—¿No tiene nada más que contar?

—¿Cómo qué?

—¿Cómo cuáles fueron las reacciones de los demás cuando vieron el cuerpo?

—Harry Berry se desplomó y se sentó en el muelle como si sus piernas no le sostuvieran. Mary se agarraba a Jennifer y lloraba. Daisy chillaba y gemía. El coronel fue a llamar a la policía.

—¿Y usted?

—Fui a comprar un paquete de cigarrillos a la máquina del muelle. Había dejado de fumar, pero de repente, más que nada, quería un cigarrillo.

—Es todo por ahora. Haga pasar al coronel.

Agatha se levantó.

—Jimmy, ¿podríamos hablar en privado?

Carroll le miró fijamente.

—No, no puede —contestó Jimmy con frialdad—. Que pase el coronel.

Lo único que Agatha quería hacer era disculparse con él por haberle metido prisa. Sintiéndose muy mal, le dijo al coronel que entrara y se sentó junto al fuego. Encendió otro cigarrillo y miró con mal humor a los demás. Era extraño. Sin duda era extraño que este segundo asesinato, este asesinato de una mujer que todos habían visto la noche anterior, no se discutiera entre ellos. Se levantó y se acercó a la ventana. Un barco se balanceaba junto al muelle.

Observó, fascinada, cómo subían el cuerpo de Janine a bordo. Llegó un equipo de buzos. ¿Por qué? Tenían el cuerpo. Pruebas, por supuesto. Buscarían en el lecho marino algún tipo de arma. ¿Cómo murió? Y si alguien la tiró desde el muelle, ¿dónde estaba su abrigo? La noche anterior había sido muy fría. Janine no habría salido con tan solo una bata fina de muselina. Cliff podría haberla matado, haber arrojado el cuerpo al mar y las corrientes podrían haberlo arrastrado hasta el muelle.

Seguramente Cliff era el asesino. Podía ganar no solo el dinero de Janine, sino también el dinero que ella había heredado de su madre, y debía haber heredado la casa y el dinero de Francie, o no se habría mudado a aquella casa de Partons Lane.

Si la policía determinara que era Cliff. Si no lo arrestaban, estaría atrapada en Wyckhadden. Pensó en su casa, en sus gatos, Hodge y Boswell, en James Lacey, en sus vecinos, y empezó a temblar y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Subo a mi habitación —dijo bruscamente—.

Nadie respondió.

Agatha subió. Se desplomó en la cama y en un minuto estaba profundamente dormida.

Dos horas más tarde la despertaron unos golpes en la puerta. Se levantó con dificultad de la cama y fue a contestar. Había una mujer policía.

—Tiene que acompañarme a la comisaría.

—Espere un momento —contestó Agatha, pensando en Jimmy —. Será mejor que me maquille.

Entró en el cuarto de baño, se limpió rápidamente la cara y se maquilló. Entonces recordó la poción de amor. Francie había dicho cinco gotas. Con cinco gotas tendría suficiente para analizarla cuando llegara a casa. Metió el frasco en el bolso y salió para reunirse con la policía.

Volvió a la comisaría, a la sala de interrogatorios. Agatha se sentó en una dura silla. La mujer policía entró con una bandeja en la que había una tetera, leche, azúcar, una taza de porcelana, y un vaso de papel con café. Le entregó a Agatha el vaso de papel.

—¿Para quién es el té? —preguntó Agatha, mirando el café con desagrado.

—Es para el inspector —respondió.

—Lucy —dijo una voz desde el pasillo. Lucy dejó la bandeja sobre la mesa y salió. Agatha la oyó hablar con alguien de fuera. Rápida como un rayo, Agatha sacó el frasco de poción de amor y, con un ojo en la puerta, vertió un poco en la tetera.

La mujer policía volvió a entrar, recogió la bandeja y se marchó. Agatha se sentó sola. Estaba a punto de levantarse y llamar a alguien a gritos por el pasillo cuando se abrió la puerta y entraron Tarret y Carroll, acompañados por una mujer policía. Tarret y Carroll se sentaron frente a Agatha, la policía encendió la máquina de grabación y comenzó el interrogatorio.

Esta vez las preguntas fueron más incisivas. La policía se había enterado por los demás de que la sesión de espiritismo había sido idea de Agatha.

—¿Por qué?

—Parecía una broma —respondió Agatha con debilidad.

—Una broma que condujo al asesinato. Ahora vamos a repasar todo desde el principio.

Después de una hora de minuciosos interrogatorios, Agatha empezó a preguntarse si la gente confesaba el asesinato de alguien, un asesinato que no había cometido, por puro cansancio y por un sentimiento de culpa antinatural provocado por los ojos penetrantes y recelosos de los detectives.

Por fin pudo irse, pero le dijeron que no saliera de Wyckhadden.

Cuando salía de la comisaría, la llamó el sargento de guardia.

—El inspector quiere hablar con usted. —La hizo pasar por la puerta situada junto al mostrador y luego la condujo por un pasillo hasta una habitación situada al final, abrió la puerta y dijo—: La Sra. Raisin, señor.

Jimmy se levantó para recibirla. Los ojos de Agatha volaron hacia la bandeja de té, que estaba en equilibrio sobre los estantes de libros. ¿Había bebido?

—Siéntate, Agatha —dijo Jimmy—. Tengo uno o dos minutos

libres.

—Siento lo de la otra noche —habló Agatha. Decidió contarle la verdad—. Fui a ver a Janine para ver si podía conseguir más de ese tónico capilar de su madre. No tenía, pero se ofreció a leerme la mano. Me dijo que no tendría más aventuras. También dijo que no volvería a tener relaciones sexuales. Quería demostrar que estaba equivocada. No debes preocuparte por ello. No significa que te ocurra nada malo. Les pasa a muchos hombres.

Jimmy la miró intensamente.

—¿No lo dices solo para consolarme? ¿Qué les pasa a muchos hombres?

—No, es cierto. Pensé que lo sabrías.

Sonrió.

—No es algo de lo que hablen los hombres y, en esta comisaría, uno pensaría que somos un grupo muy varonil, al escuchar las historias en la cafetería. El hecho es que mi mujer fue la primera y la última.

—¡Ahí tienes! —exclamó Agatha—. Es lógico. Si no fuera por este desgraciado asesinato, podríamos tomárnoslo con calma, hacernos amigos primero.

—Todavía podemos conseguirlo. Me temo que estaréis atrapados aquí durante un tiempo más.

—¿Cómo murió?

—Se ahogó, o eso indica el examen preliminar. Su marido dijo que no sabía nadar.

—¿Le han detenido?

—No, le han llevado para interrogarle, pero no creo que podamos retenerlo.

—¿Por qué?

—Una anciana de una de las pensiones del frente ha estado despierta durante buena parte de la noche. Dijo que eran alrededor de las dos de la mañana cuando vio a Janine corriendo por el paseo en dirección al muelle.

—Seguramente no con ese vestido blanco. Hacía mucho frío.

—La testigo explicó que Janine llevaba una gran capa negra, y

que recuperaron una capa del mar. Luego dijo que vio a Cliff. Corrió un poco tras ella. Ella se dio la vuelta y gritó: —Vuelve a casa. Déjame en paz. Sé lo que estoy haciendo. Y Cliff se volvió. Se sentó junto a la ventana, leyendo y mirando de vez en cuando hacia fuera. Estuvo sentada allí hasta el amanecer y no volvió a ver a ninguno de los dos.

—Pero —explicó Agatha—, si Janine dijo que sabía lo que estaba haciendo, de alguna manera eso sugiere que Cliff sabía con quién se iba a encontrar.

—Eso es lo que pensamos —afirmó Jimmy—. Pero hasta ahora Cliff se aferra a su historia, que es que Janine había recibido una llamada telefónica. Se levantó y se vistió. Dijo que tenía sueño y que solo cuando oyó la puerta de la calle cerrarse de golpe tras ella le pareció extraño.

Corrió tras ella, pero ella le dijo que se fuera a casa. Dice que no sabe quién llamó ni con quién se iba a reunir.

—Pero esa llamada telefónica puede ser rastreada.

—Se hizo desde una cabina telefónica a la entrada del muelle, así que no sabemos nada. Estamos bajo mucha presión. Los titulares de los periódicos hablarán mañana sobre los asesinatos de brujas y ya la ciudad se está llenando de fotógrafos y reporteros y equipos de televisión con sus antenas parabólicas. Tengo al jefe de policía pegado a mi espalda. El superintendente de Hadderton va a venir a hacerse cargo. En cierto modo me siento aliviado. Me quita algo de responsabilidad.

—¿Sabes lo que me parece extraño? —preguntó Agatha—. Ese grupo del hotel. Primero está la sesión de espiritismo, que Mary interrumpió en cuanto el supuesto espíritu de Francie estuvo a punto de acusar a alguien. Luego no hablan de los asesinatos, ninguno lo hace. Esta noche el coronel probablemente propondrá una partida de Scrabble. Harán pequeñas bromas sobre el significado de las palabras, Harry Berry sumará las puntuaciones, yo seré la última del juego, como siempre, y eso será todo.

—El coronel comentó que todo el asunto era desagradable y que era mejor olvidarlo. Tal vez sea la forma que los de su generación

siguen adelante.

—Tonterías —afirmó Agatha rotundamente—. Nadie puede ignorar dos asesinatos.

—Gracias por venir a verme, Agatha. Será mejor que me ponga a trabajar de nuevo, pero te llamaré en cuanto tenga algo de tiempo libre.

Agatha recogió su bolso y sus guantes. Echó un rápido vistazo a la bandeja del té. La taza había sido utilizada.

Le abrió la puerta, se inclinó y le besó la mejilla.

—No te molestará la prensa en el hotel. El señor Martin no permite que se quede ninguno.

Cuando Agatha entró en el comedor esa noche, descubrió que su grupo se había incrementado con un hombre y una mujer. Los estudió detenidamente. Estaban compartiendo una botella de clarete y hablando en voz baja. La mujer tenía el pelo oscuro y corto y llevaba un traje de pantalón a rayas. El hombre llevaba un respetable traje gris marengo y una modesta corbata. Pero había un cierto aire de picardía en él, y cuando Agatha entró en el comedor sus ojos la recorrieron de arriba abajo y le susurró algo a la mujer, que también miró a Agatha.

Agatha suspiró, se dio la vuelta y se dirigió al despacho del director.

—Pensé que no iba a dejar entrar a la prensa en el hotel —dijo.

—No lo he hecho —contestó el señor Martin—. He sido muy estricto al respecto. La sangre vital de este pequeño hotel la suministran los residentes.

—Tiene a dos de ellos en el comedor ahora mismo. Un hombre y una mujer.

—Pero son el señor y la señora Devenish, procedentes de Devon.

—¿Les pidieron alguna identificación?

—No, no lo hacemos, si la gente es británica. Firman el formulario de registro y el libro de visitas.

El señor Martin la observó con desagrado.

—He sido director de este hotel durante quince años, Sra.

Raisin, y me enorgullezco de ser un buen juez de carácter.

—Y yo me enorgullezco de ser una buena juez de la prensa. Acompáñeme —añadió Agatha con cansancio.

—Si hace una escena, nunca se lo perdonaré. —Pero el señor Martin la siguió desde el despacho.

Agatha se dirigió directamente a la mesa donde estaba sentada la pareja.

—¿A qué periódico representan? —preguntó.

El hombre y la mujer intercambiaron rápidas miradas.

—Solo estamos aquí de vacaciones —respondió el hombre.

—Entonces no les importará que el señor Martín les pida algún tipo de identificación. Estoy seguro de que no les gustaría que llamara a la policía para comprobar sus credenciales.

—De acuerdo —dijo la mujer encogiéndose de hombros—. Somos del Daily Bugle. ¿Qué hay de malo en ello?

—Le dejaré que se ocupe de ello —le dijo Agatha a la indignada encargada y volvió a su mesa.

Mientras observaba cómo se les decía a los periodistas que se fueran, Agatha empezó a pensar de nuevo en los residentes del hotel. Suponiendo que uno de ellos fuera un asesino. ¿La gente corriente como ellos se volvía repentinamente asesina, o había algo en sus antecedentes que le diera una pista? ¿Cómo podría averiguarlo? La policía se limitaría a comprobar sus antecedentes y si ninguno de ellos tenía, no indagarían más. Mary había sufrido una crisis nerviosa. Pero también hay mucha gente que la ha sufrido. Había aprendido mucho sobre Mary gracias a su amor por Joseph Brady. La mejor manera de hacer hablar a los demás era hacerlo a solas. Decidió empezar con el coronel.

El coronel terminó primero su cena y pasó al salón. Agatha sabía que pronto le seguirían los demás y que entonces saldría a relucir aquel desgraciado tablero de Scrabble. Le siguió al salón.

—Coronel —habló Agatha—, me pregunto si puedo pedirle un favor.

—Por supuesto.

—Estoy trastornada e intranquila. Este segundo asesinato me ha

asustado mucho. Me preguntaba si podría convencerle para que viniera a dar un paseo conmigo y quizás parar en algún lugar para tomar una copa. Sé que es una tontería por mi parte, pero siento que tengo que salir del hotel y me da miedo ir sola.

Se levantó con galantería.

—Se lo diré a los demás.

—¿Le importa si no lo hacemos? No me apetece una multitud. Usted es un caballero tan sensato. Creo que si pudiera hablar con usted del tema, no me sentiría tan asustada.

—Por supuesto. ¿Cogemos nuestros abrigos? Hace frío fuera.

Cuando salieron del hotel, parpadearon bajo el resplandor de las luces de la televisión y las linternas.

—No tenemos nada que comentar —dijo el coronel con firmeza, tomando el brazo de Agatha y abriéndose paso entre el grupo de prensa—. No, de verdad. Esto es acoso.

Agatha rezó para que algún reportero más intrépido no se separara de la manada y los siguiera. Pero la prensa solía cazar muy a menudo junta, por lo que muchos de ellos se les escapaban las historias, y se les dejaba en paz.

Un fino velo de nubes cubría la luna y el aire era húmedo. —Va a llover—, dijo el coronel.

—El tiempo está siendo muy variable —comentó Agatha, pensando que se han cometido dos asesinatos brutales y aquí estamos, hablando del tiempo.

—He estado pensando —comenzó el coronel.

—¿Sí? —dijo Agatha con entusiasmo.

—En la última partida de Scrabble, Harry puso «maldito». Le señalé que no se nos permitían las palabrotas y, si recuerda, se enfadó bastante, así que lo dejé pasar.

—Es un verbo —dijo Agatha con ironía— como en Maldito sea elogiado.

El rostro del coronel se iluminó.

—Qué inteligente de su parte. Me disculparé con Harry.

Fue James Lacey quien había citado eso una vez, pensó Agatha sombríamente.

—Creo que deberíamos ir al Metropol a tomar una copa —propuso el coronel—. Es un lugar bastante llamativo y moderno, pero el bar de cócteles es adecuado para las damas.

El Metropol atendía a los ancianos más elegantes, más ostentosos y más pintorescos. Los rostros de las mujeres estaban embadurnados con capas de maquillaje. Los estiramientos faciales todavía eran raros en Inglaterra.

—Me gusta probar cócteles nuevos —comentó el coronel, leyendo una tarjeta que había en la pequeña mesa de plástico—. «Hay uno aquí, el Wyckhadden Slammer. Probemos dos de esos». —Hizo una señal a la camarera, una mujer grande y mayor con cara truculenta, y pidió las bebidas. Cuando llegaron, resultaron ser de color azul brillante, con mucha fruta y con pequeños paraguas que sobresalían de la parte superior.

—Quería hablar de los asesinatos —empezó Agatha.

—¿Por qué una dama tan bonita como usted quiere hablar de cosas tan desagradables? Esto está muy bueno. —Dio un sorbo a su cóctel— Me pregunto cómo consiguen este color azul.

—No dejo de preguntarme quién lo ha hecho.

—Yo lo dejaría en manos de la policía. Puede parecer que son muy lentos, pero son muy minuciosos. Conseguirán su propósito.

—¿No tiene curiosidad por los asesinatos?

El coronel dio otro sorbo a su bebida azul.

—La verdad es que no. Verá, estoy bastante seguro de que fue el marido.

Agatha decidió probar otra táctica.

—¿Se conocen hace mucho tiempo usted y los otros residentes?

—Años, supongo. Todos veníamos aquí de vacaciones y luego, al jubilarnos, decidimos quedarnos.

—Es un hotel caro.

—El señor Martín está muy dispuesto a darnos tarifas especiales. No se puede conseguir gente en invierno. Está toda esa gente tonta que ahora se va al extranjero de vacaciones. ¿Por qué?

—¿Sol?

—Lo único que hace es provocar cáncer de piel. La piel de los

británicos nunca fue creada para exponerse al sol.

—¿Su esposa vino aquí con usted?

—Gudren disfrutó aquí, sí. Cuando yo estaba en el servicio militar viajábamos mucho, pero siempre intentábamos venir aquí cuando yo estaba de permiso.

—¿Ninguno se queda con su familia?

—Yo tengo un hijo. En navidad siempre estoy con él. Daisy se va con su hermana, Harry con su hija, y, déjeme pensar, creo que Jennifer y Mary se quedan.

—¿Discuten alguna vez? Quiero decir, pasando tanto tiempo juntos, año tras año.

—¿Discutir? No creo que tengamos nada que discutir. El coronel parecía realmente desconcertado.

Agatha dio un pequeño suspiro. No iba a conseguir nada más del coronel. Tendría que probar con alguno de los otros. Rechazó su oferta de otra copa y le dijo que estaba cansada. Volvieron al hotel.

—Los periodistas se han rendido por esta noche —comentó el coronel alegremente.

—Esperemos que se produzca una gran noticia que los haga irse otro lugar —contestó Agatha—. Oh, ahí está Jimmy. La alta figura del inspector se veía de pie en las escaleras del hotel.

—La dejaré con él —dijo el coronel.

—Agatha —dijo Jimmy con una tímida sonrisa—. Esperaba poder hablar contigo. Los demás están jugando al Scrabble en el salón. Vamos a nuestro *pub*.

Nuestro *pub*, pensó Agatha alegremente. Estoy deseando probar esa poción de amor con James Lacey.

—¿Qué pasa? —preguntó Agatha cuando se sentaron a tomar una copa.

Jimmy suspiró.

—Vamos a tener que liberar al marido. No tenemos nada contra él.

—¿No tenéis nada en absoluto? ¿Y todas las maravillas de la ciencia forense? ¿No hay nada? ¿Un pelo? ¿Una huella dactilar?

—Mucha gente llamó a Janine. Intentar clasificar todas las

pruebas es una pesadilla.

—¿Y el libro de visitas?

—No hay ninguno. Ha desaparecido.

—Debió de ser alguien muy fuerte quien la tiró por el muelle.

—No necesariamente —contesto Jimmy—. Hemos encontrado hilos de su vestido blanco en la barandilla del muelle, donde cayó, y moratones en los tobillos. Parece como si alguien hubiera apuntado al agua y hubiera dicho algo así como: «¿Qué puede ser eso de ahí abajo?». Janine se inclina. La barandilla es bastante baja. Alguien la agarra por los tobillos y la tira al agua.

—Debió de ser alguien que conocía que no sabía nadar.

—Sí, eso es lo que nos hizo creer que era el marido.

—Lo que me gustaría averiguar —dijo Agatha, jugueteando con el pie de su copa— es si hay algo en los historiales de alguno de ellos, me refiero a los residentes del hotel, que les haga cometer un asesinato.

—Los hemos investigado a fondo. Mary y Jennifer son un par de señoras solteras que parecen haber llevado una vida aburrida y respetable. Daisy y Harry, lo mismo. El coronel realizó una carrera muy activa en el ejército.

—¿Irlanda del Norte?

—Sí, como todo el mundo, pero si empiezas a pensar en algún siniestro complot del IRA, recuerda que no fue el coronel quien fue asesinado.

—¿Por qué iba a matar alguien a Francie y luego a su hija? Debían tener mucha información sobre sus clientes. Quizá llegaron a saber algo que no debían y les hicieron chantaje. Se animó. Estoy segura de que es así. Ahora bien, si fue el marido, puede que sepa de qué se trata, y si no dice nada, puede que sea información que se guarda para utilizarla él mismo.

El inspector la miró con cariño.

—Eres tan buena como un libro, Agatha. Pero Cliff, a pesar de su apariencia, es una persona débil. Por lo que se ve, su mujer le intimidaba. Era su trabajo lo que le mantenía y ella nunca le permitió que lo olvidara. Janine cambió su testamento justo después

de la muerte de su madre. Acabamos de descubrirlo.

—Así que Cliff lo heredará todo.

—Al contrario. No le dejaron nada. Todo va a parar a la Sociedad Espiritualista de Gran Bretaña.

—Caramba. ¿Y qué va a hacer Cliff para ganar dinero?

—Probablemente tenga que volver a trabajar en ferias, que es donde lo conoció a Janine.

Agatha guardó silencio durante un momento. Luego exclamó: ¡Eso es!

—¿Eso es qué?

—El motivo de la desaparición del dinero. Janine y Francie eran gitanas, y a los gitanos no les gusta pagar al fisco. Debía de haber un montón de dinero en la caja de Francie. Cliff debió de cogerlo.

—Pero Cliff no sabía lo del cambio de testamento, o eso dice, y Janine seguía viva cuando asesinaron a Francie, así que no entiendo tu razonamiento, Agatha.

Agatha bajó la mirada.

—Tampoco yo, ahora que lo pienso.

Le dio una palmadita en la mano.

—Hablemos de algo más agradable. El domingo tengo el día libre. ¿Te gustaría dar un paseo en coche?

—Sí, estaría bien. ¿A dónde?

—A lo largo de la costa. Pararemos en algún restaurante a comer.

—Me encantaría.

—Te recogeré a las diez.

Después de despedirse, Agatha entró en el hotel y miró hacia el salón. Estaban jugando al Scrabble junto a la chimenea, iluminados por la suave luz de una anticuada lámpara de pie con pantalla de flecos, todos agachados sobre las fichas de Scrabble en la mesa baja. Los muebles del salón eran pesados y victorianos, tapizados de terciopelo verde oscuro. Las cortinas de terciopelo del mismo color estaban cerradas sobre los largos ventanales para ocultar la noche. ¿Habían decidido inconscientemente aislarse del mundo no hablando de él? Agatha ni siquiera les había oído hablar de nada en

los periódicos, salvo unos breves comentarios sobre la cobertura del asesinato. Entonces, como si tiraran de sus cabezas, todos se giraron y la miraron. Agatha tuvo la extraña sensación de que se estaba inmiscuyendo en la reunión de alguna sociedad secreta.

En ese momento Daisy la llamó:

—Venga a reunirse con nosotros.

Agatha sacudió la cabeza, sonrió y se despidió.

Mientras se desvestía en su habitación, empezó a fantasear sobre un futuro con Jimmy. Señora Jessop, se repitió a sí misma mientras se bañaba. Podría ser la señora Jessop y le pediría a James Lacey que me entregara. ¡En fin, ya está!

El domingo fue un día glorioso, soleado y con viento. Había llovido mucho el día anterior y ahora todo se estaba secando al sol. Era un día soleado, la luz del sol era amarilla y acuosa, brillaba en los charcos y bailaba sobre las agitadas olas del mar.

Agatha notó una sensación de alivio mientras se alejaban del hotel. Cuando hacía mal tiempo, como el día anterior, el hotel se volvía opresivo, como si estuviera encerrado en un túnel del tiempo. Aunque los demás eran bastante amables, las mujeres ya no le pedían consejo sobre la ropa o el maquillaje y el coronel ya no parecía interesado en las salidas al teatro o a cualquier otro lugar. Los días pasan, pensó Agatha mientras Jimmy conducía su VW Polo por la carretera de la costa. Me pregunto si James Lacey me echa de menos.

—¿Así que no sabes nada de ella? —preguntaba James Lacey después de salir de la iglesia a la señora Bloxby—. Y sin embargo ha habido otro asesinato. Pensé que vendría a casa a echar un vistazo a sus gatos y que me llamaría por teléfono para pedirme consejo sobre los asesinatos.

—No has sido precisamente amable con la Sra. Raisin —comentó la señora Bloxby—. ¿Por qué no vas a verla?

—Podría hacerlo —contestó James—. Sí, puede que lo haga.

Después de tres horas de viaje, llegó a Wyckhadden y fue

directamente al Hotel Garden. En la recepción le dijeron que la Sra. Raisin había salido y que no sabían cuándo volvería.

—La Sra. Raisin —habló un hombre alto y anciano que había pasado por el mostrador.

—Sí, coronel —dijo el director—. Este caballero pregunta por la Sra. Raisin.

—Ha salido con su novio —contestó el coronel—. Ese inspector.

James Lacey no esperó. No tenía sentido. Agatha siempre había sido una maldita ligona.

—Así que esa es la verdadera historia del por qué no nos casamos —explicó Agatha más tarde durante la cena—. No fue solo porque mi marido apareciera en la boda. Creo realmente que James no me quería en absoluto.

—Odio decir esto, Agatha —dijo Jimmy—, pero tienes razón. Si te hubiera querido de verdad, se habría casado contigo cuando todo se hubiera aclarado.

Habían hablado durante todo el día con facilidad. Agatha empezaba a pensar cada vez más que el matrimonio con Jimmy podría ser satisfactorio. Tenía que llegar un momento en la vida en el que había que dejar de lado los sueños infantiles de amor y conformarse con la amistad.

Solo deseaba poder dejar de reproducir una y otra vez en su cabeza las escenas en las que James se escandalizaba y sentía celos cuando se enteraba de su próximo matrimonio.

Mientras Jimmy conducía lentamente de vuelta a Wyckhadden, Agatha dijo:

—Hay una feria.

En un campo junto a la carretera, delante de ellos, estaba el recinto ferial, con las luces brillando contra el cielo nocturno. Habían pasado por delante de él en el camino de ida, pero estaba silencioso y desierto.

—¿Quieres echar un vistazo? —preguntó Jimmy—.

Probablemente esté lleno de familiares de Francie Juddle.

—Me gustan las ferias —afirmó Agatha.

—Entonces, vamos. Salió de la carretera y entró en el aparcamiento.

—No hay mucha gente.

—No es la época del año, y el pronóstico del tiempo es terrible.

—Me sorprende que esté abierto un domingo —dijo Agatha mientras caminaban entre las cabinas.

—Normalmente está abierto. Los domingos permanecen cerrados hasta última hora de la tarde, porque la idea es que todo el mundo haya tenido tiempo de ir a la iglesia. ¿Qué quieres probar? Es una de esas ferias antiguas. No hay muchas atracciones emocionantes.

—Hay una noria —comentó Agatha, señalando hacia arriba—. Me gustaría probarla.

—Es tarde. Algunas cosas ya están cerrando. Pero lo intentaremos.

La noria seguía funcionando. Jimmy pagó dos billetes y subieron a uno de los asientos. El hombre que les había vendido los billetes les puso una barra de seguridad en la silla.

—Somos los únicos —afirmó Agatha—. Me pregunto si le molestará ponerla en funcionamiento. Estuvieron sentados unos cinco minutos sin que ocurriera nada. Bajémonos —dijo Jimmy— cuando, con un tirón, la noria se puso en marcha. La noria les hizo subir muy alto.

—El viento es muy fuerte —habló Agatha, agarrándose al brazo de Jimmy.

A continuación, cuando su silla dio un bandazo y se balanceó hasta la parte superior, la noria se detuvo de repente.

—Suelen hacer esto —explicó Jimmy, rodeando a Agatha con un brazo—. Se pondrá en marcha en un minuto.

Una gran ráfaga de viento hizo que la silla se balanceara. Jimmy se inclinó sobre el borde.

—¿Qué está pasando? —gritó, pero el viento cada vez más fuerte le arrancó las palabras.

Agatha se aferró a él. Una ráfaga de lluvia helada le golpeó la mejilla. Delante de ella pudo ver las luces de Wyckhadden y luego, como si una mano hubiera corrido un gran velo sobre la ciudad, esta fue engullida por la tormenta que se acercaba.

La silla en la que estaban sentados empezó a tambalearse y a dar bandazos. Abajo, las luces del recinto ferial empezaban a apagarse una a una. Luego se apagaron las luces de la noria, dejándolos abandonados en la creciente ferocidad y negrura de la tormenta.

Jimmy abrazó a Agatha y le dijo:

—Voy a bajar. Tú quédate aquí y agárrate como si estuvieras a punto de morir. Aflojó la barra protectora que tenían delante y la levantó.

—No me dejes —gritó Agatha.

—Tengo que bajar. Se encogió de hombros y se quitó los zapatos.

Se levantó de la silla y empezó a bajar por los travesaños de la noria. Agatha se inclinó para intentar observarlo, pero la silla dio otro gran bandazo y ella gritó y se agarró con las dos manos.

Qué manera de morir, pensó tristemente. Quiso arrastrar el abrigo de Jimmy por encima de ella, pero le daba miedo soltarse de la silla. Rezó desesperadamente, la oración del soldado. «Querido Dios, si hay un Dios, sácame de esto».

Estaba empapada hasta los huesos. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que Jimmy empezó a bajar? ¿Diez minutos? ¿Una hora?

¿Por qué no se había puesto guantes? Se le estaban entumeciendo los dedos. ¿Y si no podía aguantar más? Levantó una mano y luchó por encontrar la barra y fijarla de nuevo delante de ella, pero el balanceo de la silla era tan violento que desistió del intento.

Oh, James, se lamentó en su cabeza, ¿volveré a verte? ¿Qué pasará con mis gatos?

Y entonces notó que se caía y dejó escapar un alarido de terror.

Pero entonces el pánico desapareció. La noria empezaba a moverse. Bajaba y bajaba. Las luces azules empezaban a parpadear a

lo largo de la carretera de la costa. Jimmy tenía un teléfono móvil en el coche. Seguro que había pedido ayuda.

Por fin la noria se tambaleó hasta detenerse y allí estaba Jimmy con varios feriantes. De repente el recinto ferial se lleno de coches de policía y una ambulancia.

—Vas a ir directamente al hospital —le dijo Jimmy.

—Estoy bien —contestó Agatha.

—Puede que tengas hipotermia.

—¿Qué ha pasado?

—Te lo diré tan pronto como pueda —afirmó Jimmy.

CAPÍTULO SEIS

A la mañana siguiente, Agatha se despertó en el hospital de Hadderton. La somnolienta mujer policía, Trul, estaba sentada junto a su cama.

Agatha se levantó con dificultad de las almohadas. —¿Qué ha pasado?— preguntó.

—El hombre que dirigía la noria dijo que se había atascado y fue a buscar ayuda.

—¿Qué? —Agatha estaba indignada—. No me lo creo ni por un momento. El inspector Jessop tuvo que bajar de la noria en medio de una tormenta porque estuvimos allí arriba durante mucho tiempo.

La mujer policía se levantó.

—Ahora que está despierta, ¿se siente con fuerzas como para hacer una declaración?

—Me encuentro bien. ¿Cuál es el veredicto médico?

—No sufría de hipotermia, pero puede haber sufrido un *shock*. Llamaré al sargento Peter Carroll. Está fuera.

Carroll entró.

—Ahora, si quiere empezar por el principio y contarme con sus propias palabras lo que ocurrió —dijo, sacando un cuaderno.

—Difícilmente voy a contarlo con las palabras de otra persona —contestó Agatha molesta. Describió brevemente cómo la noria se había detenido cuando estaban justo en la parte más alta—. Antes de que la tormenta lo tapara todo —explicó Agatha—, pude ver cómo se apagaban las luces del recinto ferial de abajo. A mí me

pareció que estaban recogiendo para ir a dormir y que nos iban a dejar allí arriba.

—Eso será todo por el momento —afirmó Carroll, cerrando su cuaderno.

—¿Puedo irme?

—Eso es entre usted y el hospital.

—¡Entonces envíen una enfermera!

Cuando Carroll se hubo marchado y fue sustituido por una enfermera, Agatha dijo que quería que le dieran de alta. Hubo una larga espera hasta que llegó un médico y a continuación tuvo que firmar todos los formularios antes de que le entregaran sus ropas aún húmedas. Al menos podrían haberla secado, pensó Agatha con mal humor.

Salió del hospital, donde caía una lluvia constante, y esperó al taxi que había pedido. Empezó a notarse muy débil y temblorosa, pero estaba decidida a volver al hotel. Sacó los tranquilizantes que le habían dado y los tiró en un cubo de basura junto a la entrada del hotel. Según la experiencia de Agatha, lo único que hacían los tranquilizantes era postergar el estado de *shock* y la angustia.

Llegó el taxi y la llevó el corto trayecto hasta el hotel de Wyckhadden. Subió directamente a su habitación y se dio un baño caliente, se quitó la ropa y se sumergió en él, preguntándose todo el tiempo si alguno de los parientes de Francie era el responsable de su muerte y había intentado quitarse de en medio al inspector. Pero decidió, mientras se secaba con una toalla, que eso no tenía sentido. Los feriantes debían saber que si hubieran matado a Jimmy, les habrían acosado con las investigaciones policiales hasta el fin de los tiempos, por no hablar de una acusación de homicidio.

Se dio cuenta de que tenía hambre y que era la hora de comer. Bajó al comedor.

Los demás estaban terminando de comer. —Anoche la estuvimos buscando—, llamó el coronel.

—Casi me matan —dijo Agatha. Les contó su aventura en la noria, esperando en parte que rechazaran hablar del tema, pero todos se agolparon alrededor de su mesa, exigiendo detalles.

—Probablemente por venganza —comentó el coronel cuando Agatha hubo terminado.

—¿Por qué?

—Oh, recuerdo que cuando Jessop se hizo cargo de una redada en esa feria, los acusó de pegar los cocos de la caseta y de doblar las miras de los rifles.

Agatha se sintió decepcionada.

—Esperaba que su comportamiento hubiera tenido algo que ver con los asesinatos.

—Se proyecta Titanic en el cine de Wyckhadden —explicó el coronel—. Todos hemos pensado en ir.

—¿Por qué no? —contestó Agatha cansada. Este grupo nunca iba a hablar de los asesinatos y la idea de sumergirse en una larga película y olvidarse del caos y los asesinatos era tentadora.

—¿Cuándo pensabais ir?

—Vamos a ir a la matiné. Hay precios especiales para los jubilados.

—Eso me deja fuera —dijo Agatha con sorna.

—Si tú lo dices —comentó el coronel, y Agatha miró rápidamente su envejecido rostro en busca de signos de malicia, pero no mostró nada.

Cuando la dejaron comiendo, Agatha trazó cuidadosamente una línea en el centro de su plato y se comió la mitad. En una ocasión, en un intento de mejorar sus lecturas, había leído «A Far Cry From Kensington», de Muriel Spark. En él, la heroína había descubierto que si comía solo la mitad de todo lo que había en el plato, perdería peso. A Agatha le había parecido una idea eminentemente sensata, y no era probable que se muriera de hambre, ya que la mitad de las raciones del hotel equivalían a la comida completa de cualquier otro hotel.

Estaba terminando su café cuando el viejo Harry asomó la cabeza por la puerta y dijo que estaban listos para irse. Agatha viajaba en un taxi con Harry y Daisy, el coronel en el de delante con Mary y Jennifer.

Por el camino, Daisy apretó el brazo de Agatha y le susurró:

—Ven a mi habitación más tarde. Tengo que hablar contigo. —Agatha asintió. ¡Por fin! Una grieta en el silencio.

El cine estaba en medio del paseo marítimo y abarrotado de gente mayor. Para sorpresa de Agatha, una neblina de humo de cigarrillo se deslizaba por delante de la pantalla. Por todos los santos, un cine que aún permitía fumar. Estaba buscando a tientas en su bolso los cigarrillos cuando se dio cuenta, asombrada, de que no había fumado ni una sola vez ni había pensado en ello mientras estaba fuera con Jimmy. Mantuvo el bolso bien cerrado y se concentró en la pantalla, que mostraba anuncios de negocios locales.

La película era una de esas que los americanos estropean insistiendo en poner valores de los años 90 a los acontecimientos históricos. El héroe era demasiado joven para interesar a Agatha. Pero los efectos especiales eran estupendos. De hecho, Agatha podía jurar que, en el momento en que el Titanic chocaba contra el iceberg, podía notar el agua que le rodeaba los pies. Entonces se oyeron gritos y maldiciones. El agua le golpeaba los pies.

—Debe ser una marea excepcionalmente alta —oyó decir al coronel—. Será mejor que salgamos por la puerta de atrás.

El público se estaba retirando, a excepción de algunos incondicionales que habían puesto los pies en el asiento de delante. La película seguía en marcha. Todos salieron al exterior bajo la lluvia torrencial.

—Vamos a pasear por el mar —dijo Jennifer—. De todos modos, estamos mojados.

Bajaron por una calle lateral hacia el paseo marítimo. Enormes olas caían sobre el paseo y barrían la calle.

—¿Sucede esto a menudo? —preguntó Agatha.

—De vez en cuando —respondió María—. Es una maravilla que los cimientos de ese cine no hayan sido derribados.

Se dirigieron al hotel por las calles de atrás.

—¿Se inundará el hotel? —preguntó Agatha.

—El mar nunca es tan violento en el muelle —explicó Harry—, y el personal siempre pone sacos de arena.

Bajaron por una calle lateral que conducía al hotel.

—Mirad eso —exclamó Agatha cuando una enorme ola se estrelló contra el salón de baile al final del muelle—. Seguro que no puede resistir un golpe más así.

—La marea cambiará pronto —afirmó el coronel.

Y, efectivamente, se habían apilado sacos de arena delante del hotel. Agatha subió a su habitación para ponerse medias y zapatos secos. Qué británicos somos todos, pensó mientras se secaba los pies. Nadie exigió que le devolvieran el dinero. Apuesto a que nadie ha escrito a los periódicos sugiriendo que el cine debería estar situado en la parte trasera de la ciudad. No, lo único que dirán es: «A menudo sufrimos un temporal así. No dura mucho. No hay de que quejarse».

Llamaron a la puerta. Agatha se puso unas zapatillas y abrió. Daisy estaba allí.

—Querías hablar conmigo —dijo Agatha con entusiasmo—. Pasa.

Daisy entró y cerró la puerta tras ella. Se sentó en una silla junto a la ventana.

—Qué lluvia tan espantosa —murmuró.

—¿Quieres un té o algo? —preguntó Agatha.

—No, solo quiero hablar.

Agatha se sentó en la cama.

—Pues habla, Daisy.

Daisy volvió a mirar la lluvia torrencial.

—¿Disfrutaste de la película?

—Todo bien hasta que tuvimos que salir a la calle. ¿Es eso lo que querías discutir? ¿La película?

—No, no, por supuesto que no. —Daisy se arrancó nerviosamente la falda. Es un saco de nervios, pensó Agatha. Debe ser algo sobre los asesinatos.

Agatha esperó pacientemente. Entonces Daisy habló:

—Anoche te fuiste a tomar una copa con el coronel.

—No lo hice —contestó Agatha con tono de enfado—. Anoche estuve muriéndome de frío en lo alto de una noria.

—Lo siento. Lo había olvidado. Por supuesto, fue la noche

anterior. Te vi salir con el coronel.

—Fuimos a tomar una copa, eso es todo.

Daisy juntó las manos y miró suplicante a Agatha.

—¿Te gusta?

—¿El Coronel Lyche? No, francamente. Demasiado mayor para mí.

—¿Pero por qué te fuiste con él?

—Quería preguntarle sobre los asesinatos. Mira, Daisy, me parece muy extraño que se hayan cometido dos asesinatos y, sin embargo, ninguna de vosotras quiera hablar de ellos.

—Los asesinatos no son algo de lo que las damas hablen —respondió Daisy primorosamente.

Agatha la miró exasperada.

—¿De verdad es eso todo lo que querías hablar conmigo? Quiero decir, para advertirme sobre el coronel.

—Yo nunca.

—Quiero decir —añadió Agatha, suavizando su tono— que te gusta el coronel y pensaste que podría alejarlo de ti.

—Si.

—Bueno, el coronel no tiene ningún interés en mí.

—Pero te vi caminando por el muelle y te cogió del brazo.

—Es un caballero. Fue algo caballeroso. Eso es todo. ¿Cuánto tiempo llevas interesada en el coronel?

—Años —contestó Daisy con tristeza.

—¿Alguna vez has pensado en invitarle a tomar una copa?

—¡Oh, no, no podría!

—¿Por qué?

—Las damas no lo hacen.

—Estamos en los noventa. Ahora lo hacen —comentó Agatha —. Mira, esa compañía de Gilbert y Sullivan se ha trasladado a Hadderton. Podrías conseguir un par de entradas y decir que te las dio un amigo, y que le gustaría aprovechar la otra entrada.

—Lo intentaré —afirmó Daisy, con los ojos brillantes.

—¿Lees alguna vez alguna revista? —preguntó Agatha con curiosidad.

—Sí, leo suplementos de periódicos y a veces *Good Housekeeping*.

—¿Cosmopolitan no?

—No. ¿Por qué?

—Solo me lo preguntaba —respondió Agatha, que había estado pensando en todos los artículos subidos de tono sobre sexo que aparecían en las revistas femeninas estos días—. Ve a por ello, Daisy. Al menos disfrutarás de una noche a solas con él.

Daisy acababa de salir cuando sonó el teléfono. Era Jimmy, diciéndole que estaba abajo y que le gustaría verla.

Agatha se aplicó hábilmente una nueva capa de maquillaje, se puso unos tacones altos en lugar de sus zapatillas y se dirigió abajo.

—¿Cómo estás? —preguntó Jimmy con esa cálida sonrisa suya que siempre alegraba el corazón de Agatha.

—Parece que no he sufrido ningún daño —contestó Agatha alegremente—. Aunque sí parece que estoy destinada a mojarme. Le contó su visita al cine.

—Pasemos al salón y tomemos un trago —dijo Jimmy—. He echado un vistazo. No hay nadie allí ahora.

Entraron y se sentaron frente al fuego.

—Tengo una noticia emocionante. Alguien se ha entregado.

—¡Tienes al asesino! El camarero apareció. Jimmy pidió bebidas. Cuando se hubo ido, Jimmy comentó: —No, no es el asesino. Algún actor de poca monta ha confesado haber hecho voces para Francie y Janine. Le describían el tipo de voz que querían. Encontramos un sistema de sonido bastante sofisticado en un almacén que Francie había alquilado en las afueras de la ciudad.

—¿Ha sido acusado?

—Sí, por complicidad de fraude. Pero probablemente solo le impongan una multa. Realmente no sabía que estaba haciendo nada malo y necesitaba el dinero. Trabaja para una compañía de teatro en Hadderton.

—¿Los conocía bien? Quiero decir, ¿puede arrojar alguna luz sobre por qué alguien querría matarlas?

—Me temo que no. Es bastante viejo. Lleva años haciendo trabajos para ellos de forma intermitente. Dijo que necesitaba el

dinero y que, en lo que a él respecta, las sesiones de espiritismo son solo otra forma de teatro.

—No dejo de pensar en ello —comentó Agatha—. Tantas preguntas sin respuesta. Volviendo al primer asesinato, ¿por qué estaba la puerta de Francie abierta? ¿Le has preguntado a Cliff sobre eso?

—Dice que no sabe nada al respecto —contestó Jimmy—. Pero esta suele ser una ciudad muy segura. Sonrió. O mejor dicho, lo era antes de que tú llegaras. Mucha gente no se molesta en cerrar sus puertas.

—Sí, pero no puedo evitar sentir que Francie debía estar tramando algo para que la asesinaran. Y ella tenía dinero en efectivo en esa caja.

—Te olvidas de que realmente tenía fama de bruja en este pueblo. Normalmente nadie se habría atrevido a acercarse a ella.

Agatha frunció el ceño.

—Hay algo más que no deja de darme vueltas en la cabeza. Espera un poco. Ya lo tengo. Cuando me dijiste por primera vez que Francie guardaba registros y describiste lo que le habían consultado en el hotel, dijiste que precisamente Jennifer había pedido una poción de amor.

—Sí. ¿Y?

—Pero es de Jennifer de quien estamos hablando. Está prácticamente casada con Mary. ¿Por qué querría ella una poción de amor? ¿Le preguntaste?

—No, no lo hice —contestó lentamente.

—Me pregunto si me lo diría —dijo Agatha.

—Hablemos de nosotros —Jimmy puso su mano sobre la de Agatha—. Cuando todo esto termine, no me gusta la idea de que desaparezcas de mi vida.

—Bueno, volveré a verte.

—Pensaba en algo más permanente.

Agatha pensó con nostalgia en James Lacey Debería haberla cogido de la mano y sugerirle algo más permanente.

—¿Podemos hablar del tema más adelante Jimmy? Te tengo

mucho cariño, pero creo que necesito un poco más de tiempo.

—Entonces, nos lo tomaremos con calma. —Jimmy se puso ligeramente rosado—. No es por mi falta de.…

—No, no —respondió Agatha rápidamente—. Veras que esa faceta se recupera fácilmente.

—¿Has tenido mucha experiencia? —preguntó con nostalgia.

—Apenas —contestó Agatha—, pero las mujeres hablan entre ellas como los hombres no lo hacen.

—Entonces está bien. Por cierto, la chica que te ha destrozado el abrigo ha sido acusada.

—¿Qué condena le han impuesto?

—Sesenta días de trabajos comunitarios y una indemnización de cincuenta libras.

—¿Qué? Ese abrigo costaba un dineral.

—Me temo que la magistrada, la señora Beale, es vegetariana y no aprueba los abrigos de piel. Puedes recoger el abrigo en la comisaría.

Agatha se estremeció.

—No quiero volver a verlo. Puedes quedártelo, Jimmy. Dáselo a alguna organización benéfica.

—Le he echado un vistazo. Solo hay que limpiar la pintura y coser los cortes.

—No vale la pena. Seguramente alguien más se burlaría de mí. Ese abrigo significó mucho para mí una vez. Ahorré y ahorré para comprarlo.

—Siempre puedes usar la piel para forrar un abrigo.

—No, ya lo tienes. Regálalo.

—Muy bien. ¿Y el domingo? No sé si podré tener tiempo libre con tanto asesinato. Pero ahora que el supervisor está al mando, paso a un segundo plano.

—¿No te molesta? —preguntó Agatha con curiosidad.

—No, estas cosas pasan en un caso tan grande como este. Con toda la prensa respirando en la nuca, me alegro en cierto modo de no ser totalmente responsable de la resolución del caso. Será mejor que vuelva.

Agatha bajó al paseo marítimo. La marea había bajado. Se acercó al muro del mar y miró por encima. La playa de guijarros era un amasijo de madera a la deriva y desechos: Latas de Coca-Cola, vasos de plástico, envoltorios de plástico e incluso artículos menos agradables de la civilización moderna, como si todo el mar hubiera regurgitado todo el desorden antinatural de la playa. Y abriéndose paso entre los residuos apareció un gato blanco de aspecto maltrecho. ¿Era el gato de Francie? Agatha se dirigió a un tramo de escalones de piedra que bajaban a la playa.

El gato se acercó a ella y se detuvo. Estaba muy delgado y su pelaje blanco estaba enmarañado y sucio.

—Oh, pobrecito —dijo Agatha—. Se agachó y le tendió la mano. —Gatito, gatito.

El gato emitió un maullido seco y metálico. Agatha acarició tímidamente el pelaje húmedo.

Luego cogió al gato en brazos y se dirigió al hotel.

El señor Martín la recibió al entrar en la recepción y le dijo con severidad:

—No se admiten animales.

—Es por poco tiempo —contestó Agatha a la defensiva—. Mire, me aseguraré de que no estropee nada y pagaré toda la factura del hotel.

El señor Martín dudó. Se había arrepentido de su oferta de pagar la cuenta en compensación por el abrigo. Y ahora, con este segundo asesinato, ¿quién sabía cuándo se iría Agatha Raisin?

—Muy bien —respondió—. Pero dígale a los demás que se trata de una situación puntual.

Agatha llevó el gato a su habitación. Cogió el teléfono y pidió leche y un plato de atún en lata.

Cuando llegó, el gato comió con avidez. Será mejor que salga a buscar una bandeja de arena y otras cosas, pensó Agatha.

Bajó a la recepción y pidió el nombre de una empresa de alquiler de coches, y tras conseguirlo, pidió un taxi que la llevó a la empresa de alquiler de coches. Eligió un pequeño Ford Fiesta negro, condujo hasta el centro de la ciudad y preguntó por el paradero de una tienda

de animales y le dijeron que no había ninguna, pero que podía conseguir la mayoría de las cosas en el supermercado. Compró latas de comida para mascotas, una bandeja de arena, bolsas de arena y un cepillo.

Cuando subió todas las cosas a su habitación, encontró al gato en medio de su cama, ocupado en lavarse. Me pregunto cómo se llamará —dijo Agatha—. Tendré que llamarte de alguna manera. ¿Y qué voy a hacer contigo? Tendré que encontrarte un hogar. No será justo para Boswell y Hodge si te llevo a casa. ¿Y si eres apacible y amigable? No te pareces en nada al monstruo que voló hacia mí. Hablando, se sentó y empezó a cepillar al gato, que se estiró lánguidamente y ronroneó. —Ya sé, te llamaré Scrabble. Siempre me acordaré del Scrabble cuando piense en Wyckhadden.

Mientras cepillaba al gato, los pensamientos de Agatha giraron en torno a Jennifer. ¿Cómo lo haría para quedarse a solas con ella? Siempre estaba con Mary.

Al día siguiente, fue la propia Jennifer quien proporcionó la solución. Estaba sola, desayunando, cuando Agatha entró en el comedor.

—¿Dónde está Mary? —preguntó Agatha.

—Tiene migraña. Hacía tiempo que no tenía una. Le he dado sus pastillas. Dormirá un poco y se pondrá bien.

—¿Te importa si te acompaño?

—Por favor.

Agatha se sentó.

—Sales en los periódicos de la mañana —explicó Jennifer—. Todo sobre lo que te sucedió en la noria. Los feriantes mantienen la historia de que la noria se atascó.

Agatha se acercó al aparador donde estaban los periódicos de la mañana y cogió el *Hadderton Gazette*. Lo llevó de nuevo a la mesa y ojeó la noticia.

—No le han dado importancia —comentó Agatha, dejando el periódico—. Jimmy tuvo que bajar de la parte superior con aquella tormenta. Podría haber resbalado y haberse matado. Podría haber muerto congelado.

—Todos tienen miedo de los gitanos por aquí —afirmó Jennifer —. La policía no suele hacer mucho. Jimmy Jessop era el único que de vez en cuando iba tras ellos. Seguramente se saldrán con la suya. Algún inspector de seguridad mirará la noria y entonces les darán un tirón de orejas y les dirán que tengan más cuidado, eso es todo. Agatha, me pregunto si vendrías a Marks conmigo. Hay un traje de pantalón que quiero que veas.

—Me viene bien. No voy a hacer nada esta mañana.

Después del desayuno, salieron en el coche de Agatha.

—Estoy harta de caminar bajo la lluvia y de coger taxis —comentó Agatha.

Condujo hasta el aparcamiento central, que estaba junto a Marks and Spencer.

—Es por aquí —dijo Jennifer, abriéndose paso a través de los estantes de ropa de brillantes colores.

Agatha inclinando la cabeza hacia un lado.

—No, no lo creo. Muy elegante. Pero algo masculino. Quiero decir… tal vez te gusten las cosas masculinas.

—La verdad es que no. Pero no soy una mujer guapa y soy vieja.

—¿Te atreves con algo nuevo?

—Con cualquier cosa que me haga sentir bien.

Agatha eligió una falda fina de lana negra, una blusa de seda de color amarillo suave y un chaleco largo de terciopelo negro.

—Veo que te has dejado crecer un poco el pelo —comentó Agatha—. Te queda bien, un poco más largo. Y… er… si no te importa que lo diga, te está saliendo algo de pelo.

—¿Qué hago? ¿Vuelvo a ir a Jerome?

—No, iremos a Boots y compraremos una crema depilatoria.

Pero cuando salían de Marks, Agatha vio un cartel en los grandes y caros almacenes de Wyckhadden en el que se anunciaban los servicios de un asesor de maquillaje.

—Vamos a probar. A mí también me vendría bien algún consejo —afirmó Agatha.

Al cabo de una hora, con una bolsa cada una de cosméticos nuevos y la cara recién maquillada, fueron al restaurante de la tienda

a comer. Agatha miró los carteles de prohibido fumar y suspiró. Su sola visión le hacía desear un cigarrillo.

—¿Nunca te ha interesado ningún hombre? —preguntó Agatha sin rodeos. Jennifer hizo una pausa, con un bocado de ensalada a medio camino de su boca.

—Alguna vez —contestó con frialdad—. No soy lesbiana, ya lo sabes.

Agatha decidió coger el toro por los cuernos.

—Es que alguien dijo algo sobre que habías comprado una poción de amor a Francie.

Jennifer masticó con rabia su ensalada y luego dijo:

—Supongo que por alguien te refieres a ese inspector tuyo.

—Bueno, sí.

—La policía no tiene derecho a ir cotilleando con todo el mundo y con cualquiera.

—Soy amiga íntima de Jimmy. Acaba de salir a la luz.

—Supongo que no hay nada malo en contarlo. Tenemos huéspedes en el hotel en verano y en Semana Santa. Había un médico jubilado, muy agradable y viudo. Solíamos salir a pasear. Me gustaba mucho. Sabía que se acercaba el final de su estancia y pensé en hacer cualquier cosa para que se enamorara de mi.

—¿Funcionó?

—Nunca tuve la oportunidad de averiguarlo. Se lo conté en confianza a Mary. Para mi sorpresa ella se lo contó e hizo una broma al respecto. «Mejor vigila lo que bebes», alguna cosa así. Estaba terriblemente avergonzada.

—No me sorprende —contestó Agatha débilmente.

—Se fue al día siguiente sin despedirse. Tuve una pelea terrible con Mary y ella rompió a llorar y dijo que tenía miedo de perderme, así que tuve que perdonarla. Llevamos tanto tiempo juntas.

—Cielos —dijo Agatha—. Nunca lo habría pensado de Mary. Quiero decir, perdóname, que pensé que eras tu quien mantenía a Mary alejada de la gente. Quiero decir, ella me dijo que nunca hizo ningún amigo en el trabajo porque tú siempre estabas esperándola.

—¡Eso no es cierto! —Jennifer pinchó un trozo de lechuga en su

plato—. ¿Cómo suceden estas cosas, Agatha? Nunca he sido una mujer atractiva. Cuando cuidé de Mary durante su crisis, estaba tan patéticamente agradecida. Decía que yo la había devuelto la vida. Nunca nadie me había apreciado. Sabía que era muy inteligente, no como yo. Era, es, una de esas personas inteligentes que pueden dedicarse a cualquier cosa. Era una buena programadora informática. Pero a la gente de su oficina no le gustaba, esa es la verdad.

—¿Por qué?

—Una vez fui a una fiesta de la oficina y uno de los hombres me dijo que debía conseguir que Mary dejara de conspirar y planear. Aunque es muy inteligente, Mary no tenía confianza en sí misma, y por eso siempre tenía miedo de perder su trabajo, así que si llegaba alguien prometedor, divulgaba rumores, cosillas envenenadas, bastantes cercanas a la verdad como para hacer daño.

—¿Pero por qué no la dejaste?

—Ella me quiere, me necesita, y nadie más lo hace. Creo que si la dejara, se suicidaría y no podría cargar con esa culpa. Siento haberme enfadado tanto contigo por el asunto de Joseph Brady, pero Mary me dijo que la obligaste a hacerlo y luego le dijiste que era tonta.

—¡No dije nada de eso!

—Te creo —afirmó Jennifer con un suspiro—. No le gustará que hayamos salido juntas, así que empezará a contarme a mí, y a las demás, cosillas sobre ti. Ya le ha dicho a Daisy que has estado intentando echarle el guante al coronel.

Agatha se recostó en su silla y miró fijamente a Jennifer.

—¡Y yo que creía que todos erais muy amigos!

—Somos más bien parientes. En realidad solo nos tenemos los unos a las otros y todos somos mayores. Has aterrizado en una residencia de ancianos, Agatha.

—Otra cosa que me molesta —comentó Agatha—, es que ninguno de vosotros habla de los asesinatos. ¿Por qué?

—¿Crees que debería tomar pastel de chocolate de postre?

—¿Por qué no? Estás lo suficientemente delgada. No has

respondido a mi pregunta, Jennifer.

—Oh, eso. Pensamos que no debemos hablar de ello.

—¿Es por educación?

—Eso es solo una excusa. No, es porque todos estamos bastante seguros de que uno de nosotros lo hizo.

Agatha la miró fijamente, pero Jennifer estaba pidiendo tranquilamente el pastel de chocolate.

—¿Y tú, Agatha?

—Pues si. Si no puedo fumar, puedo tener otro consuelo.

La camarera se fue con el pedido.

—¿Qué te hace pensar que es uno de vosotros? —preguntó Agatha.

—Solo un presentimiento.

—¿Quién crees que podría haberlo hecho? ¿Quién es lo suficientemente fuerte?

—No se necesita mucha fuerza —respondió Jennifer—. Solo mucha rabia y miedo.

—¿Y qué hay de Mary?

—Creo que si Mary lo hubiera hecho, se habría derrumbado y me lo habría dicho.

—¿El coronel?

—Tal vez. ¿Pero por qué razón?

—¿Daisy?

—Demasiado absurdo y pobre.

—¿Harry?

—Oh, aquí está nuestro pastel. Agatha esperó impaciente hasta que la camarera se fue.

—Te estaba preguntando por Harry.

—Podría ser. Tiene un temperamento despiadado. Se creyó todo eso de que ella invocaba el espíritu de su fallecida esposa, pero hubo un momento que Francie tuvo un desliz. Se entusiasmó con su éxito porque Harry era un cliente habitual. Francie se confió demasiado. El espíritu de la mujer de Harry se burlaba de él porque siempre perdía calcetines. A partir de entonces, Harry es un fanático de los calcetines. Compró pares de calcetines negros, nunca de

colores y siempre los guardaba ordenados. Así que le preguntó al espíritu: «¿Y mi par rojo?» y el espíritu le respondió que probablemente el par rojo se perdió en la lavadora. Así que Harry hizo unas cuantas preguntas más con trampa. Denunció a Francie a la policía por fraude y su casa fue registrada, pero no pudieron encontrar nada. Harry dio tantas vueltas al asunto antes de ir a la policía que alguien avisó a Francie. Dijo que la mataría.

—¡Pero Harry! Agatha una imagen de Harry con su chepa de viuda y su cara de tortuga.

—Tiene unos brazos fuertes —comentó Jennifer, tranquilamente, cortando la tarta.

—Pero Daisy se creyó la sesión de espiritismo.

—Al principio. Pero ya no.

—Entonces, ¿por qué me recomendó a Francie?

—Probablemente porque, a pesar de sus sesiones falsas, Francie tenía una buena reputación en cuanto a remedios.

—¿Crees que fue uno de vosotros, Jennifer?

Se encogió de hombros.

—Para ser sincera, no puedo creerlo, excepto cuando pienso en que Mary interrumpió la sesión, y que probablemente todos fuimos los últimos en verla con vida, es decir, a Janine.

—Normalmente suele ser el marido —comentó Agatha—. Supongo que la policía no esperará que nos quedemos en Wyckhadden mucho más tiempo. Me gustaría volver a casa.

—¿Lejos de tu inspector de policía?

—Seguramente volveré a verle —contestó Agatha, haciendo un gesto a la camarera—. ¿Nos vamos?

Agatha volvió a su habitación, dio de comer a Scrabble y le puso un cuenco de agua. El gato comió y luego se estiró, ronroneó y se enroscó en las piernas de Agatha. —Debería ir a casa lo antes posible, Scrabble—, habló Agatha. Pero, ¿qué voy a hacer contigo? Cliff tendría que ser un asesino para echarte.

Llamaron a la puerta. Agatha la abrió. Mary estaba allí.

—Pasa —dijo Agatha.

—Oh, tienes un gato —señaló Mary—. ¿No es el gato de

Francie?

—Lo encontré vagando por la playa, medio muerto de hambre.

Mary cerró la puerta y se sentó.

—Hoy has pasado mucho tiempo con Jennifer —dijo alegremente.

—Sí. ¿Cómo estás de tu dolor de cabeza?

—Bien, gracias. Estas nuevas pastillas para la migraña son geniales. ¿Por qué habéis estado Jennifer y tú fuera tanto tiempo?

—Seguro que le has preguntado.

—Está de mal humor y toda la habitación huele a crema depilatoria. Me dijo que me ocupara de mis asuntos. Eso no es propio de Jennifer. Espero que no te interpongas entre nosotras, Agatha.

—No lo entiendo —contestó Agatha—. Me diste la impresión de que era Jennifer la que era posesiva, y sin embargo aquí estás como el amante rechazado acusándome de separarla de ti.

—Tenemos una amistad especial —respondió Mary con mal humor—. Me sorprendió, eso es todo. Quiero decir, fue Jennifer quien dijo que eras ese tipo de mujer prepotente y que no eras de nuestra clase.

En la mente de Agatha apareció una visión de la barriada de Birmingham en la que se había criado. La expulsó con esfuerzo y dijo con calma:

—Debo preguntarle a Jennifer qué quiso decir con eso.

Mary soltó una pequeña carcajada.

—Probablemente no lo recuerde. A decir verdad, ha perdido la memoria a corto plazo.

—Lo que significa que te lo has inventado. Por favor, vete, Mary, tengo que prepararme para la cena.

Mary se puso en pie y se dirigió a la puerta.

—¿Sabes lo que pienso? —preguntó.

—No, y no quiero saberlo.

—Creo que siempre supiste lo de Joseph por tu amigo el inspector y que solo fingiste ayudarme para humillarme.

—No es el tipo de conducta que se me ocurriría tener —afirmó

Agatha—, pero me da una visión clara del funcionamiento de tu mente. Mira bien el otro lado de la puerta.

No me gusta, pensó Agatha. Hay algo que está mal en esa mujer. ¿O también le pasa algo raro a Jennifer?

Sonó el teléfono. Agatha contestó y descubrió a una Daisy un poco agitada al otro lado.

—¿Podrías venir a mi habitación, Agatha? Necesito un consejo. El coronel y yo vamos a ir al teatro esta noche.

—¿Cuál es tu habitación?

—La número cinco. Ven por el pasillo que hay frente a tu puerta, a la izquierda, y está a la vuelta de la esquina.

Agatha caminó hasta la habitación de Daisy. La habitación era un revoltijo de vestidos.

—Me lo he probado todo —se lamentó Daisy—. Hace mucho frío, pero no quiero estropear un vestido poniéndome una chaqueta de punto por encima.

—Veamos —Agatha rebuscó en el montón de vestidos que había sobre la cama—. ¿Qué te parece este? Levantó un vestido de lana azul ahumado.

—Oh, ¿seguro? Daisy puso cara de desilusión. Cogió un vestido verde de lentejuelas. —Pensé en algo más elegante.

—No, sería demasiado. No querrás asustarlo. Además, todas estas lentejuelas verdes harán que tu cara se ilumine de verde y no quieres eso. Ponte el vestido azul y déjame verlo. Creo que tengo lo que necesitas.

Cuando Agatha regresó, Daisy llevaba puesto el vestido azul.

—Toma —dijo Agatha, entregándole una capa envolvente de color azul intenso—. Póntela así. Es un poco como un poncho. Te pones el extremo alrededor de los hombros. Ya está.

—Me gusta —afirmó Daisy—. Eres buena.

—Y no necesitarás una chaqueta de punto. Esta prenda es muy cálida. Ahora vamos a suavizar tu maquillaje. Demasiado rimel. Se te pegan las pestañas. ¿Y qué pasó con ese nuevo lápiz de labios de tono suave que te regaló la mujer del señor Jerome?

Después de ayudar a Daisy, Agatha solo tuvo tiempo de darse

un baño apresurado y cambiarse de ropa antes de bajar al comedor. El viejo Harry se burlaba del coronel y de Daisy por su «cita». Pero tanto Jennifer como Mary parecían molestas, casi como si adivinaran que había sido Agatha quien le había dado la idea a Daisy de salir con el coronel.

Agatha dividió cuidadosamente la comida de su plato por la mitad, a la manera de Muriel Spark. Se trataba de una deliciosa carne asada con pudin de Yorkshire y pequeñas patatas asadas, calabacines, zanahorias, queso de coliflor, patatas nuevas y guisantes. Volvió a sentir culpa porque la mitad era el equivalente a una comida completa en cualquier otro lugar.

Después de la cena se sintió inquieta y aburrida. —¿Jugamos al Scrabble?—, sugirió Harry.

—¿Por qué no? —respondió Agatha con tristeza.

Mary y Jennifer se les unieron. No me extraña que nunca adivinara las rencillas, las pasiones y las emociones que se escondían bajo la superficie, pensó Agatha mientras Harry removía las fichas. Se diría que nunca había tenido ese enfrentamiento con Mary.

Intentó concentrarse en el juego. Un camarero entró y corrió las gruesas cortinas, impidiendo la visión de una pequeña luna que brillaba sobre un gran mar frío. ¿Dónde está Cliff, el marido, ahora? pensó Agatha. Debo preguntarle a Jimmy. Me pregunto si lo veré antes del fin de semana.

Después de dos partidas, se excusó y subió a su habitación para recibir una efusiva bienvenida de Scrabble.

—No te pareces en nada al feroz animal que me atacó —comentó Agatha, acariciando el suave pelaje blanco del gato—. Espero que les gustes a Boswell y a Hodge, porque no creo que pueda soportar dejarte.

El teléfono sonó después de que Agatha se desnudara y se metiera en la cama. Era Daisy.

—¿Podrías venir a mi habitación, Agatha?

Agatha dijo que iría enseguida. Se puso una bata y se dirigió a la habitación de Daisy.

—¿Cómo ha ido? —preguntó, sentándose en la cama de Daisy.

—Lo pasamos muy bien —respondió Daisy— y él me lo agradeció mucho. Le sugerí que fuéramos a tomar algo después, pero dijo que estaba cansado. Sus labios se fruncieron en señal de decepción.

—Creo que un hombre como el coronel se sentirá honrado de corresponder a tu invitación —afirmó Agatha—. Se ha acostumbrado a ti como amigo. Le llevará tiempo pensar en ti de otra manera.

—Tienes mucha razón. I… Me apoyé en su brazo en el teatro y no se apartó.

Gran cosa, pensó Agatha cínicamente. Probablemente ni se dio cuenta. Le dio las buenas noches a Daisy y volvió a su habitación. Se le ocurrió una idea. Cogió el teléfono y llamó a recepción.

—¿Siguen jugando al Scrabble?

—Sí, están en el salón —contestó la voz somnolienta del portero nocturno.

—¿Está el Coronel Lyche con ellos?

—Sí, el coronel subió, volvió a bajar y se sentó con ellos.

—Gracias. Agatha colgó el teléfono.

Pobre Daisy.

CAPÍTULO SIETE

Los siguientes días fueron tranquilos para Agatha. A excepción de Daisy, los demás parecían evitarla. Al llegar el sábado, se dio cuenta de que esperaba con impaciencia el domingo, día que volvería a ver a Jimmy. Había telefoneado a la señora Bloxby y le había preguntado si James había dado muestras de echarla de menos. La señora Bloxby había dudado. Se había enterado por un James muy enfadado de cómo había conducido hasta Wyckhadden, solo para enterarse de que Agatha había salido con su inspector. La señora Bloxby sabía, por la pregunta de Agatha, de que el personal del hotel no le había avisado de la llamada de James. El inspector de Agatha le pareció simpático y ella siempre había pensado que James Lacey era una pérdida de tiempo, por lo que se hizo la pregunta afirmando:

—Bueno, ya sabes cómo es James, lo que Agatha había interpretado como que James no había mostrado ningún interés por ella.

Estaría bien ser la señora Jessop, ser una mujer casada, formar parte de una pareja. No quería vivir el resto de su vida sola con sus gatos. Así que, en lugar de volver corriendo a Carsely, se quedó. Podría haber dicho simplemente a la policía que se iba a casa. Tenían la dirección y el número de su casa. Podían ponerse en contacto con ella cuando quisieran.

El sábado, salió a dar un paseo. El día era muy frío. La escarcha de la mañana no se había derretido. Brillaba en las barandillas de hierro del exterior del hotel bajo un pequeño sol rojo que miraba al

mar vidrioso tras una bruma de nubes.

Agatha recorrió el muelle pasando por los quioscos, cerrados por el invierno. ¿Acaso Wyckhadden cobraba vida en verano, cuando brillaba un cálido sol y todos los quioscos estaban abiertos, vendiendo cubos y palas, postales y algodón de azúcar? Era difícil imaginar un día así cuando el frío cortante parecía haber congelado todo en el silencio.

Vio la alta figura del coronel de pie junto a la barandilla por donde había subido Janine, mirando hacia el agua.

—Buenos días, coronel.

Se dio la vuelta.

—Buenos días, Agatha. Hay pronóstico de nieve.

Agatha se detuvo junto a él.

—Extraño lugar, Wyckhadden. Parece tener todo tipo de clima menos el caluroso sol.

—Tuvimos un gran verano el año pasado. Tuve que comprar un ventilador para mi habitación, hacía mucho calor.

—Es difícil de imaginar.

—Sabes —comentó el coronel—, a menudo me imagino los veranos de mi juventud cuando estoy aquí. Un mundo diferente, un mundo más seguro.

—¿Donde no hay asesinatos?

—Supongo que los hubo. Por supuesto que los hubo. Pero no le ocurrieron a gente como nosotros.

Yo fui una vez uno de ellos, pensó Agatha, y en el fondo todavía lo soy, pero permaneció en silencio, mirando al mar.

—Veo que has alquilado un coche —dijo el coronel.

—Sí, estoy acostumbrada a tener uno. Me he cansado un poco de ir andando a todas partes.

—Sabes, hay un lugar en la carretera entre aquí y Hadderton que sirve bollos calientes y mantequilla. Justo el día para bollos calientes y mantequilla, —explicó el coronel con nostalgia.

—No tengo nada mejor que hacer —contestó Agatha—. Vamos.

—¡Espléndido! La cogió del brazo y caminaron de vuelta por el

muelle. Agatha miró el hotel. Un breve destello de sol rojo sobre el cristal. Volvió a estar segura de que les estaban observando con prismáticos.

—¿Deberíamos llevarnos a alguno de los otros? —preguntó.

—No te preocupes —respondió el coronel—. Los veré a la hora del almuerzo.

Subieron al coche de Agatha. Siguiendo las indicaciones del coronel, se dirigió a la carretera de Hadderton.

—No está lejos de aquí —dijo por fin el coronel—. Ahí está, en la cima.

—Es una granja —señaló Agatha.

—Sirven tés y otras cosas.

El pequeño coche de Agatha subió a trompicones por el camino que llevaba a la granja.

—Parece que aquí hace más frío que en Wyckhadden —comentó ella mirando los campos blancos.

—La temperatura es un poco más alta cerca de la costa, pero no mucho.

—¿Y hay realmente previsión de nieve? —preguntó Agatha, deteniéndose frente a la granja.

—Un frente frío de Siberia.

—Siempre hay un frente frío de Siberia —refunfuñó Agatha—. Ojalá se guardaran sus frentes fríos.

—La razón por la que nos los envían —explicó el coronel— es porque saben que nos gusta quejarnos del tiempo. Es el tema de conversación favorito de los británicos.

—De todos modos, es más seguro que un asesinato —comentó Agatha.

Salieron del coche. Una anciana respondió a la puerta cuando llamaron.

—Vaya, coronel. Hacía tiempo que no le veíamos —habló.

—Sra. Raisin, le presento a la señora Dunwiddy, señora Dunwiddy, Sra. Raisin.

Agatha le estrechó la mano. La señora Dunwiddy tenía el pelo gris pulcramente peinado, la cara arrugada y unos ojos brillantes e

inusualmente azules, muy azules, azul zafiro.

—Lleve a la Sra. Raisin directamente al salón. Ya conoce el camino —dijo la señora Dunwiddy—. Hay un buen fuego.

Agatha siguió al coronel hasta una acogedora habitación que parecía sacada de un folleto turístico: techo de vigas bajas, bronces de caballo, cretona, tocador galés con platos azules y blancos, fuego de leña crepitando en una antigua chimenea de leña. Evidentemente, la sala se utilizaba como un pequeño restaurante. Había cinco mesas rodeadas de sillas Windsor. Colgaban los abrigos en los percheros de la esquina.

—Espléndido —comentó el coronel, frotándose las manos—. Incluso puedes fumar aquí, Agatha.

Y antes de saber cómo había sucedido, Agatha sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno.

Maldita sea, pensó, ya estoy otra vez. Pero no apagó el cigarrillo.

La señora Dunwiddy entró y colocó un plato cubierto sobre la mesa junto con un plato de mermelada de fresa, un plato de mantequilla y un cuenco de espesa crema amarilla de Devon.

—Traeré el té —dijo.

—¿Cómo encontraste este lugar de ensueño?

—Un verano. Es cuando salgo a dar largos paseos. Tengo que mantenerme en forma. Lo encontré por casualidad.

La señora Dunwiddy trajo el té, una tetera de porcelana gruesa decorada con rosas, les sonrió y se fue.

—No volveré a almorzar después de esto —afirmó Agatha, levantando el plato y mirando un montón de bollos calientes.

—Es bueno salir del hotel de vez en cuando —dijo el coronel.

Agatha lo miró con curiosidad.

—¿No estáis hartos los unos de los otros?

—¿Nosotros en el hotel? Supongo que sí. Pero nadie quiere estar solo en la vejez y supongo que nos hemos convertido en una especie de familia.

—Es una situación extraña, o quizá sean estos asesinatos los que la hacen parecer extraña. ¿Disfrutaste de la velada en el teatro?

—Sí, mucho. Fue muy amable por parte de Daisy que me lo

pidiera.

—Es una buena compañía —comentó Agatha, decidida a hablar bien de Daisy.

El coronel se rio.

—Daisy está de acuerdo con todo lo que digo, lo que a muchos hombres les gustaría, pero mi esposa era una mujer de mentalidad independiente, más bien como usted, Agatha. Prefiero este tipo de compañía.

Maldita sea, pensó Agatha. Pobre Daisy.

—Creo que Daisy en realidad es muy tímida e insegura. Pero creo que tiene una mentalidad bastante fuerte.

—Pero se apega. Se apoyó en mí durante toda la actuación y llevaba uno de esos perfumes empalagosos. Es bastante agobiante.

Agatha se preguntó si podría darle a Daisy un poco de esa poción de amor.

—Soy muy aficionado a Gilbert y Sullivan —comentó el coronel —. Esta noche representan Los Piratas de Penzance. ¿Te apetece ir?

—¿Solos tu y yo?

—Sí, si te apetece.

Agatha dudó. A continuación dijo:

—El hecho de que yo sea la huésped y la forastera podría molestar a los demás. Podrían sentirse, bueno, excluidos.

—No es necesario que lo sepan. El coronel untó con mantequilla otro bollo.

—¿Cómo lo hacemos?

—Yo consigo los billetes… ¿quieres más de esta crema? Agatha negó con la cabeza. —El espectáculo es a las ocho. Tú conduces hasta allí. Yo cojo un taxi y nos vemos fuera.

Agatha pensó en otra velada en el hotel.

—De acuerdo, te toca —contestó.

Aquella noche, Agatha se puso un jersey calentito, una falda de lana y unas botas. Sentía que arreglarse para el coronel sería, en cierto modo, otra puñalada traicionera para Daisy.

Scrabble, el gato, había destrozado dos latas de comida para gatos y estaba tumbado en la cama, ronroneando somnoliento.

—Sé un buen gato hasta que vuelva —le habló Agatha. Scrabble abrió un ojo, la miró fijamente y volvió a cerrarlo.

Agatha agarró su abrigo y bajó las escaleras. Daisy caminaba por la recepción.

—¿Adónde vas, Agatha? —preguntó bruscamente.

—A ver a Jimmy —mintió Agatha.

El coronel acaba de salir —se preocupó Daisy—. Le pregunté adónde iba y me dijo que iba a dar un paseo. Me ofrecí a acompañarle, pero dijo que había quedado con un viejo amigo del ejército.

—Bien por él —contestó Agatha despreocupadamente y se marchó.

Subió a su coche, encendió el motor y pisó el embrague. Vio irritada que Daisy había salido a la entrada del hotel y la observaba. Agatha condujo como si fuera a la ciudad, luego dio la vuelta y pasó por delante del hotel. Maldijo en voz baja. Daisy seguía de pie en los escalones y miraba fijamente el coche.

El coronel esperaba fuera del teatro. Entraron juntos.

—Tengo buenos asientos. Creo que el frío ha hecho que la mayoría de la gente se quede en casa —comentó.

Comenzó la obra de teatro. Agatha se olvidó de Daisy, del asesinato y se acomodó para disfrutar. Pero en el segundo intervalo, se volvió y miró alrededor del teatro. Al mirar en dirección al vestuario, le llamó la atención el destello de un cabello rubio, pero la mujer movió la cabeza hasta situarse detrás de uno de los pilares dorados. Es Daisy, pensó Agatha, desapareciendo toda la diversión de la noche. Seguro que era Daisy.

Durante el último acto, se volvió y miró hacia arriba, pero el asiento junto al pilar estaba vacío.

Debía de haberlo imaginado. ¿Y por qué debería sentirme culpable? pensó Agatha con rabia.

Cuando el coronel le propuso ir a tomar una copa después de la representación, ella aceptó.

—Es divertido —declaró el coronel—. Es agradable disfrutar de una compañía diferente para variar.

A Agatha le hubiera gustado hablar de los asesinatos, pero sabía que no conseguiría nada del coronel, así que le habló de su vida en el pueblo y él le contó historias del ejército y se sentaron a charlar amistosamente hasta después de la hora de cierre.

Hay hombres en este mundo que consideran que soy una buena compañía, pensó Agatha con rebeldía. Al diablo con James Lacey.

Llevó al coronel de vuelta y lo dejó antes de que llegaran al hotel. Antes de subir a su habitación, le dijo al portero nocturno:

—Estoy cansada. No quiero que me pasen ninguna llamada a mi habitación, ni siquiera las de los residentes de este hotel.

El portero nocturno tomó nota. Agatha se escabulló hacia el refugio de su habitación.

Al cabo de diez minutos, llamaron a la puerta y la voz de Daisy gritó:

—¡Agatha!

Agatha se tapó la cabeza con una almohada, sintiéndose culpable y amenazada. Tras varios golpes violentos más, Agatha por fin tuvo paz.

Por la mañana, desayunó en su habitación, dio de comer al gato y luego se preguntó si podría salir del hotel sin pasar por la entrada principal. Llamó a Jimmy y le dijo que la recogería en el paseo marítimo, a la salida del cine.

—¿Cuándo? —preguntó él.

—En unos quince minutos.

—¿Por qué? ¿La prensa te está molestando otra vez?

—No, ya te lo contaré cuando te vea.

Agatha se puso el abrigo, abrió la puerta y miró cautelosamente a lo largo del pasillo. Seguro que hay una salida de incendios en alguna parte.

Dobló la esquina en silencio, pasó rápidamente por delante de la habitación de Daisy y de otras habitaciones hasta llegar al final. Allí estaba, claramente marcado. ESCALERA DE INCENDIOS. Empujó la barra y abrió la puerta. Una escalera de incendios de hierro conducía a los jardines del hotel, al lado. No podía cerrar la puerta desde fuera. Tendría que dejarla, lo más cerrada posible, pero

no con llave, hasta que volviera.

Hacía aún más frío que el día anterior y un viento helado azotaba los faldones de su abrigo mientras bajaba. Se escabulló por el lateral del hotel y se metió en su coche y se marchó sin mirar a las ventanas del hotel, asustada por si veía a Daisy mirándola fijamente.

La alta figura de Jimmy esperaba fuera del cine. Subió al coche. Es un coche muy pequeño —se disculpó Agatha—. Será mejor que eches el asiento un poco para atrás. ¿Adónde quieres ir?

—Si conduces en línea recta, podemos ir un rato a lo largo de la costa. Me gustaría que hablásemos. ¿Qué has hecho?

—No me he portado muy bien. No, me he portado bien, creo. No, no lo he hecho.

—Dilo de una vez, Agatha.

—Esto es lo que pasa. Si no fuera por ti, Jimmy, habría ido a la comisaría a despedirme y me habría ido a casa.

—¡Qué! ¡Tú! La gran detective aficionada de los Cotswolds.

—No soy la gran detective aficionada de ningún sitio. El inspector Wilkes, ya sabes, el de Mircester, tenía razón cuando decía que yo no resolvía crímenes, solo me metía en la vida de la gente hasta que pasaba algo. Le habló de Daisy y del coronel. Terminó diciendo: —Como ves, fui desleal con Daisy. El coronel no tiene el menor interés en ella, pero ella no lo sabe. Primero destrozo el sueño de Mary y ahora voy camino de destrozar el de Daisy. Fue egoísta por mi parte. Estaba intranquila y aburrida y el coronel es buena compañía.

—¿Mejor que yo?

—No, nada de eso, Jimmy. Es un caballero educado y maduro, eso es todo.

Hubo un pequeño silencio y luego Jimmy dijo:

—Eres una mujer muy atractiva, Agatha. Deberías tener mucho cuidado. No dejes que el Coronel Lyche se enamore de ti.

—Creo que eso es muy poco probable, pero es muy amable por tu parte decir que soy atractiva, Jimmy. Agatha, personalmente, no pensaba que fuese atractiva en absoluto. Las mujeres atractivas eran esas mujeres delgadas que se veían en las revistas con los labios

brillantes. No eran mujeres fornidas de mediana edad con ojos pequeños.

—¿Cómo puedo hacer las paces con Daisy?

—Podrías decirle que querías quedarte a solas con el coronel para saber qué pensaba realmente de Daisy.

—Eso sería darle falsas esperanzas. En realidad, no aprecia mucho a Daisy. Tendría que mentir.

—¿Por qué no dejas el hotel y te mudas conmigo?

Era una oportunidad para saber cómo sería la vida con Jimmy. Pero pensó en aquel reluciente y desolado *bungalow* del fondo de la ciudad y reprimió un escalofrío.

—Todavía no, Jimmy. Aguantaré un poco más. ¿Cómo va el caso?

—No va a ninguna parte. El director no está de acuerdo conmigo. Creo que es obra de un aficionado con suerte. Creo que en cada asesinato, él o ella vio la oportunidad y la aprovechó.

—Pero el asesinato de Francie, seguramente, fue planeado. El dinero que se llevaron. No creo realmente que pueda ser ninguno de los del hotel, Jimmy. Quiero decir que la idea de que uno de ellos pudiera asesinar a Francie y luego sentarse tranquilamente a jugar al Scrabble es increíble. Y espera un poco, ¡espera un poco! ¿Dices que no la asesinaron en mitad de la noche?

—No. A primera hora de la tarde.

—Entonces, ¿qué hacía en la cama? ¿La asesinaron en la cama?

—Sí.

—¡Así que podría haber estado esperando a un amante!

—Podría ser. Todavía estamos intentando averiguar si estaba tonteando con alguien de Hadderton.

—¿Alguna señal del arma homicida?

—Todavía no. Pero ahora estamos bastante seguros de lo que se usó.

—¿Qué?

—Cliff nos dijo el otro día que Francie siempre tenía uno de esos rodillos de mármol en la cocina y no está.

—Ha tardado en decirlo.

—Solo estaba haciendo una observación. Es decir, no es algo que Cliff, o probablemente incluso Janine, notaran que faltaba.

—¿Qué hacía en la casa? —preguntó Agatha—. Creía que no había heredado nada.

—Le llevamos allí y le obligamos a revisar todo. Fue idea mía. Estaba seguro de que, en cierto modo, era un asesinato cometido por miedo y rabia. Cuanto más lo pienso, más seguro estoy de que Francie tenía algo en contra de alguien.

—¿Chantaje?

—Es posible, y también es posible que su hija supiera a quién estaba chantajeando.

—Todos los del hotel iban a verla, y Harry y Daisy sabían que sus sesiones de espiritismo eran una estafa.

—Pero te olvidas, Agatha, de que mucha gente de Wyckhadden también acudía a ella, incluso gente de Hadderton que prefería sus conocimientos a las de su hija.

Agatha suspiró.

—Supongo que acabará siendo uno de esos asesinatos sin resolver.

—A veces ocurre que algo falla. No he tenido ninguna experiencia en materia de asesinatos, aparte de ese caso del que te hablé. Pero he leído sobre casos y he oído hablar de ellos a otros policías. Justo cuando crees que estás en un callejón sin salida, el asesino hace algo que le delata.

—¿Todos los que estaban en el hotel tienen coartada para la noche anterior, es decir, la noche del asesinato de Francie?

—Ninguno de ellos fue visto saliendo del hotel.

—¡Pero el asesinato podría haberse cometido a plena luz del día!

—Difícilmente. A las cuatro y media de la tarde ya oscurece.

—Espera un poco —añadió Agatha—. Se me acaba de ocurrir algo. Cuando salí del hotel, no quería encontrarme con Daisy y me fui por la salida de incendios. Baja por un lado del edificio. Cualquiera de ellos podría haber ido por ahí y volver a entrar por el mismo sitio.

—Oh, olvidémonos del asunto y disfrutemos del día.

—Parece que hemos estado conduciendo a lo largo de kilómetros por un desolado paisaje. ¿Qué hay más adelante?

—Me gustaría que vieras un bonito pueblo de pescadores llamado Coombe Briton. Solo faltan un par de kilómetros más.

Agatha siguió conduciendo hasta que vio una señal de COOMBE BRITON que señalaba a la derecha y se salió de la carretera principal para bajar por un tortuoso camino hacia el mar.

Era un pueblo pintoresco con casitas pintadas de colores pastel y estrechas calles empedradas. Hay una vieja taberna en el puerto —explicó Jimmy—. He pensado que podríamos tomar algo allí, dar un pequeño paseo y luego comer.

Agatha aparcó en la puerta de la taberna y entraron en una habitación con poca luz. Agatha se sintió decepcionada. Todo el interior estaba decorado en plan Tudor: armaduras falsas, una mala pintura de la reina Isabel sobre una chimenea en la que ardían troncos falsos en un fuego de gas. Pero Jimmy parecía encantado con el lugar y le contó a Agatha que era famoso por su «ambiente».

El sueño de Agatha de ser la esposa de un inspector vaciló y empezó a desvanecerse. Intentó recordarse a sí misma que antes de James y antes de Carsely ni siquiera se habría dado cuenta de que aquel *pub* era de pésimo gusto, y ¿qué era el buen gusto de todos modos? Pero le parecía una tontería tener una taberna tan genuina y ponerle cosas falsas. Un fuego de verdad ardiendo habría sido encantador. Luego estaban esos amigos suyos, Chris y Maisie, del baile. Si se casaba con Jimmy, ¿pretendería que entretuviera a gente así? Vamos, se reprendió a sí misma, Wyckhadden es un pueblo pequeño y es lógico que Jimmy se lleve bien con la mayoría de la población.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Jimmy.

—Me estaba acordando de la pareja del baile, Chris y Maisie. ¿Los conoces desde hace tiempo?

—Sí. Chris era policía, pero dejó el cuerpo. Trabaja en la seguridad de una fábrica en Hadderton. Es un buen amigo. Él y Maisie fueron un gran apoyo cuando murió mi mujer.

Tomaron una copa y luego caminaron por el puerto. Cómo

cambia el mar de un día para otro, se maravilló Agatha. Hoy esta negro, con enormes cascadas blancas que chocaban contra el viejo muro del puerto.

—Espero que no nieve antes de que volvamos —comentó Jimmy, mirando al cielo.

—¿Crees que lo hará? No hemos tenido un mal invierno desde hace años.

—El pronóstico es malo. Ven, ponte al abrigo de la pared. Tengo algo que enseñarte.

Jimmy rebuscó en el bolsillo de su abrigo y sacó un pequeño joyero.

—Ábrela —le instó.

Agatha la abrió. Entre la seda del interior había un anillo de rubíes y diamantes. Ella lo miró, sorprendida.

—Quiero casarme contigo, Agatha —afirmó Jimmy—. ¿Lo harás?

Agatha se olvidó de la falsa taberna, de Chris y de Maisie. Todo lo que sintió fue una oleada de alegría mezclada con poder por el hecho de que aquel buen hombre la quisiera como esposa.

—¿Puedo ponérmelo?

Y con la misma timidez de una jovencita, Agatha extendió su mano izquierda. Jimmy le puso el anillo. Se inclinó y la besó, con unos labios fríos y firmes. Agatha sintió una oleada de pasión. En algún lugar de su mente, una vocecita hipócrita le gritaba que había engañado a Jimmy con una poción de amor, pero la ignoró.

Cogidos del brazo, regresaron al *pub* para comer.

—Hice el pedido con antelación —informó Jimmy.

El primer plato era jamón de Parma, como una fina loncha de piel de zapato sobre un lecho de rúcula. El plato principal, anunciado como costillar de cordero, resultó ser un minúsculo trozo de cuello rodeado de montones de verduras, y fue seguido por un pastel de jerez: un pesado bizcocho sin ningún sabor a jerez. La antigua Agatha habría llamado al encargado y le habría dicho exactamente lo que pensaba de la comida, pero estaba a punto de ser la señora de Jimmy Jessop, y la señora de Jimmy Jessop no hacía

escenas.

—Tengo amigos en Londres —explicó Agatha—. ¿Te importaría que enviara un aviso de nuestro compromiso a The Times?

Él le sonrió con cariño.

—Quiero que todo el mundo sepa lo nuestro, Agatha.

Pues que lo lea James Lacey y que haga lo que quiera, reflexionó Agatha desafiante.

—Espero que te gusten los gatos —añadió Agatha—. Tengo tres.

—¡Tres! Por supuesto, tienes que traerlos.

—Tengo un montón de muebles y cosas.

—Dejaré que decores a tu gusto —afirmó Jimmy.

—Entonces, todo está bien, pensó Agatha.

Terminaron de comer y salieron a una blanca ventisca.

—Maldita sea —gruñó Agatha—, no noté si había sal en la carretera mientras veníamos.

—Yo conduzco si quieres —se ofreció Jimmy.

—No, soy una buena conductora —contestó Agatha, que en realidad era una conductora mediocre, pero a la que siempre le gustaba estar en el asiento del conductor, metafórica y físicamente.

Salir del pueblo fue una pesadilla. Al subir por la empinada calle adoquinada, las ruedas giraban y luchaban por agarrarse a la superficie helada.

—Tira del freno de mano y cambia de lado —indicó Jimmy. Creo que me las arreglaré.

Agatha cedió el volante a regañadientes y luego se preguntó malhumorada cómo había conseguido Jimmy mover el pequeño coche por aquella calle helada cuando ella había fracasado. Cuando llegaron a la carretera principal de la costa, pudo comprobar que hacía poco que había pasado un quitanieves, aunque la carretera que tenía delante se cubría rápidamente a pesar de la mezcla de arena y sal.

—Espero que lleguemos a Wyckhadden —dijo Jimmy, mirando la blancura cegadora de la ventisca.

—Podría conducir ahora —comentó Agatha.

—No, cariño, mejor lo hago yo.

¿No era eso lo que toda mujer querría oír? No, cariño, ya lo hago yo. Pero Agatha se sentía inútil y desvalorizada. Solo la idea de que aquel anuncio apareciera en el Times la animaba.

—No iremos muy lejos esta noche —informó Jimmy, aparcando por fin en la puerta del hotel tras un agotador viaje—. Tengo que ir a casa y hacer algunas llamadas. Tengo que contarle a mis hijos nuestro compromiso. Volveré a por ti más tarde.

—¿No puedo llevarte a casa?

—No, es más seguro ir andando. Jimmy salió y cerró el coche y, cuando ella se volvió, le entregó las llaves. Se inclinó y la besó.

—Hasta luego —dijo, encorvando los hombros contra la ventisca, marchándose a toda prisa.

Agatha entró en la recepción. Daisy salió disparada del salón como si hubiera estado de guardia.

—Quiero hablar contigo —comenzó.

Agatha se quitó el guante y mostró el anillo de compromiso.

—Felicítame.

Daisy se puso blanca y apoyó una mano temblorosa en el mostrador de recepción para sostenerse.

—Sí, Jimmy acaba de proponerme matrimonio —afirmó Agatha alegremente.

Las mejillas de Daisy empezaron a colorearse.

—Te refieres a tu inspector. Me alegro mucho por ti, Agatha. Pensé… no importa.

—Qué tiempo hace —señaló Agatha alegremente—. ¿Antes era así?

—A veces. Pero nunca a durado mucho. ¡Prometida! Tengo que decírselo al coronel.

Daisy se fue a trompicones. Agatha subió a su habitación y le mostró el anillo a Scrabble. Luego, sacando su tarjeta de crédito, telefoneó a The Times y dispuso que el anuncio de su compromiso se publicara en el periódico de la mañana siguiente.

Después de colgar el auricular, sonó el teléfono. Lo cogió. Era

Jimmy.

—Me temo que me han llamado, Agatha.

—¿Por los asesinatos?

—No, por otro asunto.

—¿Cómo pueden esperar que salgas con este tiempo?

—Lo hacen. Te llamaré cuando termine para darte las buenas noches. Me has hecho un hombre muy feliz, Agatha. Te quiero.

—Yo también te quiero, Jimmy —mintió Agatha—. Espero tener noticias tuyas más tarde.

Se sentó de repente en la cama y automáticamente acarició el cálido pelaje de Scrabble.

—Tendré que hacerlo —afirmó—. Quiero seguir adelante —añadió con firmeza—. No quiero pasar mi vejez sola.

Entonces decidió llamar a la señora Bloxby. Le contó la noticia. Hubo un pequeño silencio y luego la señora Bloxby preguntó:

—¿Lo amas? Quiero decir, ¿estás enamorada de él?

—No, pero creo que con el tiempo lo estaré.

—¿Y él está enamorado de ti?

—Sí, lo está.

—Puede ser muy agobiante y sentirte culpable por estar casada con alguien que está profundamente enamorado de ti y luego enfrentarte a diario con un amor que no puedes corresponder.

—Ya no soy una jovencita —habló Agatha con rabia—. El amor es para los jóvenes.

De nuevo ese pequeño silencio y seguidamente la voz de la señora Bloxby se oyó de nuevo en el teléfono.

—Solo lo digo porque me preocupo por ti. James se enfadará, sí, pero luego se le pasará y estarás casada con un hombre al que no amas. Nunca intentes vengarte, Agatha. Nunca funciona.

—Jimmy es un buen hombre y le tengo mucho cariño y estaré encantada de pasar el resto de mi vida con él —contestó Agatha—. No he pensado en James ni una sola vez desde que lo conocí.

—¿Saldrá en los periódicos?

—En el Times de mañana.

—No creo que James sea el tipo de hombre que lee la columna

social.

—Pero alguien en el pueblo lo hará, pensó Agatha. Y se lo dirá.

Preguntó por sus gatos y por lo que ocurría en el pueblo y luego se marchó, sintiéndose desanimada.

—No me comprometí con Jimmy solo para vengarme de James Lacey —le dijo a la gata con furia. Scrabble le dirigió una larga y estudiada mirada con sus ojos verdes.

Aquella noche, Agatha bajó a cenar y se encontró con que, aunque fuera estaba helando y nevando, el ambiente hacia ella dentro se había templado. Daisy les había comunicado la noticia de su compromiso y todos se apiñaron alrededor de su mesa para admirar el anillo y felicitarla.

Después de la cena, el coronel propuso la habitual partida de Scrabble y todos se reunieron en el salón justo cuando se apagaron todas las luces.

—Se fue la luz —señaló el coronel—. Vendrán con velas en un minuto.

Se sentaron frente al fuego. Agatha pensó que la luz de las llamas que parpadeaba en sus rostros les daba un aspecto siniestro.

Dos camareros de edad avanzada entraron no con velas, sino con lámparas de aceite. Pronto la sala quedó bañada en un cálido resplandor dorado.

—Una luz muy favorecedora. Estás muy radiante esta noche, Agatha —declaró el coronel.

Daisy miró, con unos pequeños puntos rojos de luz procedentes del fuego bailando en sus ojos.

—De hecho —continuó el coronel—, siempre he visto que una boda lleva a otra. ¿Quién será el siguiente? ¿Tú, Harry?

¿Quién sabe? —respondió Harry—. Puede que tenga suerte.

Daisy sonrió con coquetería al coronel. Él apartó rápidamente sus ojos de los de ella y añadió:

—Empecemos.

A la mañana siguiente, los periódicos se repartieron en Carsely

como de costumbre, ya que la ventisca que estaba cubriendo Inglaterra en la costa sur no había llegado aún a Midlands.

James leyó el Times como de costumbre, pero sin leer la columna social, y luego pasó al crucigrama. Por alguna razón, el crucigrama del lunes solía ser más fácil que el del resto de la semana y, para su decepción, lo terminó en veinte minutos. No le quedaba más remedio que ponerse a escribir su historia militar. Pero, como todos los escritores, cuando se sentó ante el ordenador, su mente empezó a avisarle que debía hacer otra cosa antes. Ya casi no le quedaba café. Por supuesto, tenía suficiente para todo el día, pero con la ventisca que se avecinaba, no estaría de más abastecerse.

Se dirigió a Tesco's en Stow-on-the-Wold y encontró el aparcamiento casi lleno. La sensación de emergencia se había apoderado de todo el mundo debido a la tormenta que se avecinaba. La gente pasaba por delante de él con carritos cargados hacia sus coches.

Contagiado por la locura de las compras, no solo compró café, sino muchas otras cosas que se había convencido de que necesitaba. Estaba empujando su carro de la compra hacia la zona de aparcamiento cuando lo detuvo Doris Simpson, la limpiadora de Agatha.

—Bueno, nuestra Agatha está llena de sorpresas —comentó Doris.

James le sonrió con resignación.

—¿En qué se ha metido ahora?

—John Fletcher me llamó por teléfono desde el Red Lion justo antes de que saliera. Sale en el Times.

—¿Y eso por qué?

—El compromiso de nuestra Agatha. Alguien llamado Jessop con quien se va a casar. La señora Bloxby asegura que es un inspector de policía. ¿Lo sabía?

—Sabía que era una posibilidad —mintió James.

—Pues así ha sido. Espero que se case en Carsely, me gustan las bodas. No es que ella pueda vestir de blanco. La señorita Perry en Chipping Campden se casó la otra semana. Tiene la edad de nuestra

Agatha. Llevó seda rosa. Muy bonito. Y las damas de honor iban todas de oro.

—Debo irme —señaló James—. Ha empezado a nevar.

—Así es —contestó Doris mientras un copo se deslizaba por su nariz—. Debo continuar.

No puede hacer esto, pensó James. Solo lo está haciendo para provocarme. Iré allí y la haré entrar en razón.

Pero para cuando llegó a casa, los copos caían con fuerza y rapidez. Llamó a la Asociación de Automóviles y descubrió que todas las carreteras del sur estaban bloqueadas.

Sir Charles Fraith estaba desayunando tarde con su anciana tía. Ella dejó el periódico y le preguntó:

—¿No conoces a alguien llamado Raisin? ¿No ha venido de visita a esta casa?

—¿Agatha Raisin?

—Sí, es ella. Sale en el periódico.

—¿Por qué? —preguntó Charles con paciencia.

—Se ha prometido con un tipo llamado Jessop —respondió su tía.

—No pierde el tiempo nuestra Aggie. Llamaré a Bill Wong para ver si sabe algo.

Charles telefoneó al sargento Bill Wong de la policía de Mircester.

—¡Se va a casar! —exclamó Bill—. ¿Con quién?

—Un tipo llamado Jessop.

—Será el inspector Jessop de la policía de Wyckhadden.

—Pensé que el corazón de Aggie pertenecía a James Lacey.

—Debe haberlo superado.

—Probablemente lo haga para fastidiarle. Conozco a Aggie. Iré allí y pondré fin a esto.

—No deberías, y de todos modos, no puedes —afirmó Bill—. Las carreteras están cortadas.

—Debería detener a esa tonta mujer. Apuesto a que no le importa un bledo ese inspector.

—Tiene más de veintiún años.

—Tiene el doble de esa edad —contestó Charles con malicia.

—¿Por qué no la llamas por teléfono? En los periódicos, cuando escribían sobre el asesinato, se decía que se alojaba en el Hotel Garden.

—Si, lo haré.

Pero las líneas en Wyckhadden no funcionaban.

Agatha nunca olvidó los asfixiantes y claustrofóbicos días que siguieron, encerrada en el hotel. Sin electricidad. Sin línea. Sin televisión.

El miércoles por la mañana, Agatha encontró a Harry sentado solo en el salón.

—Ni siquiera un periódico —se lamentó—. Nunca había vivido una situación tan dura como esta. Y no hay calefacción central. Uno pensaría que un hotel tan caro como este tendría un generador. Me aburro.

Agatha se acercó a la ventana.

—Ha dejado de nevar —habló por encima del hombro.

—El cielo aún está oscuro y hay pronóstico de más nieve —contestó Harry, levantándose y uniéndose a ella.

—Podríamos hacer un muñeco de nieve —bromeó Agatha.

—Espléndida idea. —Para sorpresa de Agatha, Harry estaba entusiasmado—. Pongámonos los abrigos y hagamos uno delante de la ventana del comedor, donde puedan verlo a la hora del almuerzo.

En seguida, bien abrigados, salieron fuera. Había grandes montones de nieve.

—Iré primero —informó Harry—. Despejaré el camino.

Se dirigió a un punto delante de la ventana del comedor. Agatha, como el paje de Wenceslao, lo siguió.

—Antes se me daba bien esto —comentó Harry—. Yo daré forma a la base si usted hace rodar una bola de nieve como torso.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Agatha.

—Creo que en sus habitaciones. Harry trabajaba concienzudamente.

—Nunca habla de los asesinatos —comentó Agatha.

—No, no lo hago. No tiene nada que ver conmigo. ¿Por qué iba

a hacerlo?

—Conocía a Francie. Tuvo una sesión de espiritismo con ella.

—Oh, eso. Quizá esa sea una de las razones por las que no quiero hablar de ello.

—¿Por qué?

—Porque me engañó. Echaba mucho de menos a mi mujer y debía de estar loco para recurrir a ella. Eso sí, sus pociones y ungüentos parecían funcionar.

—¿Y qué pasó? —preguntó Agatha.

—Realmente creí que era mi mujer. Hasta que la voz que se suponía que era mi mujer me dijo que la parte del ojo de la aguja de la Biblia era cierta. Dijo que debía dar mi dinero a Francie.

—Pero si un hombre adinerado no puede entrar en el reino de los cielos, ¿cómo puede hacerlo una mujer rica? —pregunté.

—Ah, me dijo la voz, Francie lo destinaría a una buena causa. Fue entonces cuando empecé a sospechar. Mi mujer era muy ahorradora. «Hay que ahorrar para nuestra vejez», decía siempre. Denuncié a Francie a la policía. Pero le había seguido la corriente durante un tiempo, me estafaron y me sentí como un tonto. No quiero hablar de esa mujer. De todas formas, está muerta.

Agatha hizo rodar una gran bola de nieve y, con una fuerza sorprendente en alguien tan mayor, Harry la levantó para ponerla sobre la base que había formado mientras hablaba.

—Otra para la cabeza —ordenó.

Comenzó a dar forma al torso para obtener un busto de mujer. Agatha observó, asombrada, cómo empezaba a tomar forma una mujer de nieve.

—¿Podrías ir al armario de los juegos —pidió Harry— y traerme dos canicas para los ojos? ¿Y un poco de maquillaje para la cara?

—Sí. ¿Y para el pelo?

—¿Podrías buscar algo? ¿Pelo negro? ¿Y tienes un vestido o un abrigo viejo o algo así?

Es un perfeccionista, pensó Agatha. ¿Qué ha pasado con el anticuado muñeco de nieve hecho con tres bolas de nieve y con una zanahoria por nariz?

Subió a su habitación y encontró una blusa india que había decidido que no le gustaba mucho. ¿Qué usar para el pelo? Tendría que conformarse con uno de sus pañuelos. Escogió uno negro y luego buscó un lápiz de labios y un colorete. Luego fue al armario de juegos del salón y sacó dos canicas de color rojo sangre de un frasco.

Después, al contemplar la obra de Harry, deseó haber sacado dos canicas azules o grises, porque el efecto rojo era siniestro. Harry había creado una mujer con ojos rojos y fijos en una cara nevada como una máscara de la muerte. Con el pañuelo negro que le rodeaba la cabeza y la blusa india ondeando al viento, la mujer de nieve tenía un aspecto extraordinariamente real y macabro.

Sonó un gong en el hotel.

—¡El almuerzo! —exclamó Harry—. Lleguemos al comedor antes que los demás. Quiero ver sus reacciones.

Dejaron sus abrigos en el salón y se apresuraron a entrar en el comedor.

Daisy, Mary, Jennifer y el coronel entraron juntos.

El coronel se detuvo en seco.

—Por George —señaló—. ¡Mira eso!

Fuera de la ventana, los ojos de mármol rojo les miraban desde la cara blanca, la bufanda negra se movía con el viento y la blusa ondeaba. En ese momento, Agatha se dio cuenta de que los rasgos moldeados en la nieve tenían un gran parecido con la difunta Francie.

—¿Es algo sacado de unos carnavales? —preguntó Daisy.

Pero Mary emitió un gemido, se llevó una temblorosa mano a los labios y se desmayó.

CAPÍTULO OCHO

—Los teléfonos siguen sin funcionar —informó el coronel después del almuerzo. Mary estaba acostada en su habitación siendo atendida por Jennifer.

—Lo sé —contestó Agatha—. Intenté llamar a Jimmy.

Agatha se estaba preguntando por qué Harry se había empeñado en que su figura de nieve se pareciera tanto a Francie. ¿Y cómo es que tiene esa capacidad?

—Pensé que esa cosa de nieve de Harry era de muy mal gusto —declaró el coronel. Él, Daisy y Agatha estaban sentados frente al fuego en el salón.

—Estoy asombrada, pero de su habilidad —afirmó Agatha—. Pensé que iba a hacer un muñeco de nieve tradicional.

—Supongo que si has sido escultor, siempre seras escultor.

—¿Qué? ¿Harry? Agatha había imaginado con cariño que los escultores, por muy mayores que fueran, tendrían un aspecto, bueno, más bohemio.

—¿No ha oído hablar nunca de Henry Berry? —preguntó el coronel—. Fue bastante famoso en su época. Ya no se dedica a ello. Dice que no tiene fuerzas.

—A mí me parece muy fuerte. Agatha recordó la facilidad con la que había levantado y dado forma a la pesada bola de nieve.

—De todos modos, le dio un susto espantoso a la pobre Mary —señaló Daisy. Le guiñó un ojo a Agatha y luego movió ligeramente la cabeza hacia la puerta. Agatha interpretó que quería que la dejara a solas con el coronel. Pero había empezado a nevar de

nuevo y las habitaciones estaban frías porque la calefacción central no funcionaba. Scrabble estaba bien. Había colocado una bolsa de agua caliente sobre la cama envuelta en una toalla y la última vez que lo vio, estaba cómodamente enrollado alrededor de ella.

El director entró con una radio portátil.

—Pensé que les gustaría escuchar las noticias —dijo, dejándola en el suelo y encendiéndola—. Hay previsión de deshielo para esta tarde. Esperan que la electricidad se restablezca también esta tarde. Vaya, cuánta comida desperdiciada. Hemos tenido que tirar muchas cosas de los congeladores.

El coronel ladeó la cabeza.

—Escuchen.

La voz del locutor comenzó con un catálogo de desastres, de carreteras bloqueadas y miles de hogares sin electricidad. Daisy se movió en su silla y miró a Agatha con enfado. Puedes mirar todo lo que quieras, pensó Agatha, pero no voy a dejar este fuego tan cálido. Ansiaba poder telefonear a Jimmy y averiguar si había algo turbio en los antecedentes de Harry.

El coronel apagó por fin la radio.

—Gracias, señor Martín. Parece que pronto empezará a derretirse la nieve.

El director se llevó la radio.

—Creo que iré a mi habitación a buscar un libro. El coronel se puso en pie. Daisy lo observó con ojos ávidos mientras salía del salón. Va a peor, pensó Agatha.

Cuando el coronel se hubo marchado, Agatha le dijo:

—Sé que quieres que te deje a solas con él, Daisy, pero no quiero subir y sentarme en un frío dormitorio, y tampoco es que pueda salir a dar un paseo.

—Solo quería unos momentos —contestó Daisy de mal humor.

Agatha se inclinó hacia delante.

—Si me dejas darte un consejo, Daisy, no es bueno ser tan insistente y sentirse tan necesitada. Eso ahuyenta a los hombres. Lo espantarás.

—¿Hablas por experiencia propia? —preguntó Daisy con

malicia.

—Sí —respondió Agatha, pensando en James Lacey. Incluso lo había perseguido hasta Chipre y eso le permitió avanzar mucho.

—Saliste con el coronel —acusó Daisy—. Te vi.

—Fuiste tú. En el teatro.

—Sí, y después te llevó a tomar una copa, que es más de lo que hizo conmigo.

Agatha suspiró.

—Mira, Daisy, la razón por la que se sintió cómodo conmigo fue porque sabe que no estoy interesada en él. ¿Y si te hubiera visto mirándonos? Ya conoces esas pociones de Francie. Me queda un poco de poción de amor.

—¿La compraste para ponerla en la bebida del coronel?

—No, la compré como una simple broma, pero te dejaré usar una poca.

—¿Funcionará?

—¿No la has probado antes? —preguntó Agatha.

—Lo pensé, pero quería que me quisiera por mí misma. Pero si no te importa…

Agatha se puso en pie.

—Lo cogeré antes de que vuelva.

Subió a su habitación y cogió el frasco. Solo debía usar unas pocas de gotas. Quería guardar algunas para el análisis, junto con el tónico capilar.

Volvió al salón.

—¿Podrías echarlo por mí? —susurró Daisy—. Tengo miedo de que me pillen.

—No tengas prisa —amonestó Agatha—. Tendré que esperar el momento adecuado.

El momento adecuado se produjo esa misma tarde, cuando estaban todos reunidos alrededor del fuego.

—No hay nada que hacer más que emborracharse —se lamentó el coronel—. ¿Quieres acompañarme con una botella de clarete, Harry?

—Buena idea.

—Cuando llegue la bebida, intenta distraerlo —susurró Agatha a Daisy.

Agatha y el resto pidieron café. Agatha sacó la botella de su bolso y la puso en su mano.

El camarero entró llevando una botella de clarete y dos vasos. Otro camarero anciano entró arrastrando el peso de la cafetera, la leche y el azúcar en una pesada bandeja de plata. Todo fue colocado en la mesa de café frente al fuego. Un camarero abrió la botella de vino.

—Vamos a dejarlo respirar un momento. Usted siga con los cafés —explicó el coronel.

Jennifer lo sirvió. Mary se sentó en silencio, retorciendo un pañuelo entre sus dedos.

—¿Te sientes mejor, Mary? —preguntó Agatha.

—Mucho mejor —contestó con voz débil—. Pero ha sido un gran susto. Pensé que era el fantasma de Francie.

—No me propuse que se pareciera a nadie —protestó Harry—. Solo hice una mujer. Tomemos ese vino.

El coronel sirvió dos vasos.

—¡Mira! —Daisy se levantó de un salto. Corrió hacia la ventana —. Vengan a ver esto.

A excepción de Agatha, los demás se levantaron y fueron a la ventana y se apiñaron detrás de ella, diciendo: ¿Dónde? ¿Qué?

Agatha vertió unas gotas de la botella en el vaso del coronel. Luego tapó la botella y la guardó en su bolso. Miró rápidamente hacia la ventana. Harry la estaba mirando. Agatha dijo:

—¿Hay algo ahí? ¿Qué es?

—Una gaviota —contestó Jennifer con disgusto—. Daisy cree que una gaviota es un presagio de que va a salir el sol.

—Es solo que no he visto ninguna hasta ahora —confesó Daisy —. Quiero decir que no las he visto volar con nieve.

—Un pájaro sensato —comentó el coronel con indiferencia mientras volvía a su silla—. Vamos a por ese vino, Harry.

—Déjame probarlo primero —dijo Harry—. Soy más quisquilloso que tú. Levantó la copa y bebió un sorbo. Arrugó la

nariz. No lo tome, coronel. Está picado.

—¿Seguro?

—Sí, y no hay nada peor para el hígado que el vino malo. —Harry pulsó el timbre de la pared para llamar al camarero—. Llévese esto y tráiganos uno decente —indicó cuando llegó el camarero—. Está picado.

El camarero se inclinó y retiró la botella y los vasos.

Agatha miró a Harry y este le devolvió la mirada. ¿Había visto algo?

—Mientras nos trae otra —sugirió Harry, poniéndose de nuevo en pie—, dejadme ver que hay en ese armario de juegos para entretenernos. —Rebuscó en el armario y gritó por encima del hombro—: Aquí hay Monopoly. ¿Os apetece jugar?

—Hace años que no juego a eso —dijo Jennifer—. Tráelo.

Todos se pusieron a jugar al Monopoly. El coronel y Harry bebieron sin parar y pidieron otra botella.

El coronel se achispó y empezó a coquetear con Mary. Daisy estaba roja de ira, pero Mary parecía disfrutar del coqueteo y se reía con gusto.

Por fin, tras un largo juego, el coronel se levantó y se estiró.

—Gottoliedown —afirmó haciendo de su frase una palabra confusa—. ¿Qué? —Señaló la ventana.

—Es un quitanieves —contestó Agatha— por fin ha dejado de nevar.

De repente se encendieron las luces. Genial —manifestó Agatha —. Esperemos que los teléfonos también funcionen.

Se dirigió a la recepción y le dijeron que sí, que los teléfonos ya funcionaban. Subió a su habitación. El hotel entero emitía crujidos y gemidos cuando el viejo sistema de calefacción central se puso en marcha.

Agatha llamó a la comisaría, pero le dijeron que el inspector Jessop estaba fuera. Dudó si llamar a Carsely para saber cómo había reaccionado James a la noticia de su compromiso, pero al mismo tiempo no queriendo hacerlo, por miedo a saber que no había habido ninguna reacción.

Decidió esperar un poco, se bañó, se cambió y bajó a cenar. Después de comer el primer plato, se dio cuenta de que el coronel no había aparecido.

—¿Dónde está el Coronel Lyche? —preguntó.

—Probablemente durmiendo la mona —contestó Harry.

—Tiene buen aspecto —señaló Daisy—. Estoy preocupada.

Harry se puso de pie.

—Bueno, querida señora, voy a tranquilizarla.

Daisy se acercó a la mesa de Agatha.

—No se la ha bebido, ¿verdad?

—¿La poción? Ni siquiera un sorbo.

Daisy volvió a su mesa.

Pasaron diez minutos sin que Harry apareciera y Agatha empezó a preocuparse. Dios no quiera que le haya pasado algo al coronel.

Daisy tiró su servilleta.

—No puedo soportar la espera. Siento que algo no va bien.

—Antes ya solía beber así —comentó Mary para tranquilizarla —. Estará bien.

Pero Daisy ya estaba saliendo.

Agatha picoteaba su plato principal, su apetito había desaparecido de repente. Seguramente nada malo había pasado. Pero si así fuera y Harry la había visto poner esa poción en el vaso del coronel…

Un grito agudo y penetrante sonó en el hotel. Agatha dejó cuidadosamente su cuchillo y su tenedor. Jennifer se puso en pie de un salto, derribando su silla. Salió corriendo de la habitación, seguida por Mary. Agatha se quedó donde estaba, paralizada por el miedo. Las luces anaranjadas de una máquina quitanieves parpadeaban fuera delante de las ventanas del comedor.

Por fin Agatha se levantó, sintiéndose como una anciana. Salió al vestíbulo.

Estaba vacío. No había nadie en el mostrador, ni un camarero cerca.

El silencio parecía absoluto.

Entonces llegó una ambulancia, seguida de dos coches de

policía. Al mismo tiempo, el señor Martín bajó a toda prisa las escaleras, con expresión de preocupación y de angustia.

—Arriba —indicó a los hombres de la ambulancia cuando entraron. Se lanzaron hacia las escaleras, llevando una camilla.

La policía les siguió. No estaba Jimmy.

Agatha se quedó clavada en el suelo.

Después de lo que pareció una eternidad, los hombres de la ambulancia reaparecieron llevando una camilla. La persona que iba sobre ella estaba totalmente tapada, con el rostro oculto. Detrás venían Daisy, Jennifer, Mary y Harry. A Daisy la sostenía Harry. Detrás venía la policía, con el sargento detective Peter Carroll a la cabeza. Al pie de la escalera, Daisy se separó de Harry.

—¡Asesina!, —le gritó a Agatha. Luego estalló en un ruidoso llanto.

Y fue entonces cuando comenzó la verdadera pesadilla para Agatha.

Aquella noche, Agatha se sentó en una dura litera de una celda de la comisaría de Wyckhadden y repasó desoladamente los acontecimientos de la noche.

Harry Berry había contado a la policía que, con el rabillo del ojo, cuando se había reunido con los demás en la ventana después de que el coronel pidiera una botella de clarete, creyó ver a Agatha introducir algo en la bebida del coronel. No quería hacer una escena y no estaba seguro de lo que había visto, así que decidió decir que el vino estaba picado y pedir otra botella. Daisy había contado a la policía que Agatha había insistido en poner unas gotas de una poción de amor en la bebida del coronel. Agatha, había dicho Daisy, había estado enamorada del coronel y estaba celosa de ella, Daisy. Por lo tanto, Agatha era una envenenadora.

Agatha, que al principio estaba segura de que la poción de amor que habían sacado de su bolso, junto con todas las demás botellas y frascos de su habitación, era inofensiva, empezaba a preocuparse. ¿Y si el asesino de Francie y Janine había querido deshacerse del coronel y había adulterado esa poción de amor? ¿Y si resultaba que contenía veneno?

Jimmy no se había acercado a ella. No la había interrogado, lo había hecho el superintendente de Hadderton, un hombre frío y duro con ojos suspicaces. Agatha no había sido acusada, pero la habían detenido para un nuevo interrogatorio. Por fin había exigido un abogado. La acompañaría por la mañana.

La lluvia golpeaba la ventana enrejada sobre su cabeza. Que Dios me saque de esto, rezó, y volveré a Carsely y nunca, jamás, la dejaré.

Como no conocía los nombres de ningún abogado de la ciudad, le habían proporcionado uno y este llegó por la mañana. Escuchó atentamente mientras Agatha le explicaba lo que realmente había sucedido. Era un hombre de mediana edad, de aspecto cansado, con rostro delgado y gafas de montura dorada, que llevaba un traje desgastado.

—Si esa es su historia, yo me ceñiría a ella —le aconsejó cuando Agatha hubo terminado—. Tendrán que acusarla esta mañana o ponerla en libertad. El forense ha estado trabajando toda la noche en el cuerpo. Estas cosas llevan su tiempo.

—No me crea… —Agatha empezaba a decir con impaciencia cuando la puerta de la celda se abrió y entró Jimmy. Señaló con la cabeza al abogado y dijo:

—Déjenos.

—No puedo hacer eso, inspector —contestó el abogado—. Represento a la Sra. Raisin.

—Está bien —dijo Agatha—. Déjenos.

Cuando se quedaron solos, Jimmy habló:

—Siento todo esto. Creo que la policía ha exagerado. Se sentó en la cama junto a Agatha y le cogió la mano.

—Estoy destrozada —comentó Agatha—. Me han quitado el bolso y no me he maquillado. ¿Qué quieres decir con que han exagerado?

—Diría que el coronel ha muerto de un ataque al corazón. Su cara se había desplomado hacia un lado. Creo que eso es lo que pasó. ¿Qué diablos estabas haciendo con pociones de amor, Agatha?

—Fui a ver a Francie por ese tónico para el cabello. También me

ofreció esa poción de amor y me pareció una travesura en ese momento. Daisy estaba desesperada por el coronel. Nos había visto juntos en el teatro y supongo que quería demostrarle que no estaba nada interesada en él. Así que le hablé de la poción de amor.

—Solo quedaba medio frasco —señaló Jimmy con curiosidad.

—Empecé a tirarla por el fregadero y luego pensé que sería interesante guardar un poco para analizarla cuando llegara a casa —explicó Agatha, que no tenía intención de decirle a Jimmy que había puesto un poco en su bebida—. ¿Qué pasará ahora?

—Están más o menos convencidos, Agatha, de que el coronel Lyche murió por causas naturales. Eres libre de irte.

—Jimmy, no solo me quiero ir, sino que quiero volver a Carsely.

—Me temo que eso no es posible, Agatha. Tendrás que esperar al resultado definitivo de la autopsia, pero no debería tardar mucho.

—¿Cómo me aguantas, Jimmy?

—Porque te quiero.

Agatha sintió una punzada de culpabilidad. ¿Qué derecho tenía a casarse con alguien a quien no amaba? Lo amo, se dijo a sí misma con fiereza, solo que no estoy enamorada de él.

—Tendré que estar alejado de ti hasta que lleguen los resultados finales de la autopsia —afirmó Jimmy.

—Lo entiendo. —De nuevo esa punzada de culpabilidad por el sentimiento de alivio que había sentido al oír sus palabras.

—Enviaré a una policía para que te lleve a la recepción a recoger sus cosas.

—Nos vemos —contestó Agatha con cansancio.

Agatha salió de la comisaría y se encontró con un paisaje acuoso. La nieve se deslizaba desde los tejados para caer con estrépito en la calle, el agua corría por los canalones y un viento suave y juguetón le revolvía el pelo.

Apenas había dormido. Había rechazado la oferta de un coche de policía para llevarla de vuelta al hotel. Abrió su bolso, sacó su paquete de cigarrillos y, de espaldas al viento, encendió uno. Una mujer delgada y ácida que pasaba por allí le gritó:

—¿No sabes que es una costumbre asquerosa?

—¡Váyase a la mierda! —gritó Agatha con tal veneno que la mujer se alejó a toda prisa calle abajo.

¿Por qué he venido a este lugar? pensó Agatha, mientras caminaba por el paseo marítimo junto al agitado mar. Al final del paseo, pudo ver el hotel. Parecía una prisión. ¿Qué estaban haciendo todos? ¿Jugar al Scrabble y hablar del tiempo?

Cansada como estaba, antes de llegar al hotel se dio la vuelta y caminó por el muelle. Le fascinaban los muelles, esas construcciones victorianas de la costa británica cuyas elegantes y enjutas estructuras se alzaban sobre las olas con su teatro o sala de baile al final, con sus cabinas de recuerdos y sus máquinas tragaperras. Sus tacones repiquetearon sobre las tablas. Alguien había abierto un camino a través de la nieve que se derretía rápidamente. Ansiaba poder subir a su habitación, hacer las maletas y meterse en el coche alquilado y conducir lo más lejos posible. Se quedó de pie en el extremo del muelle mirando las olas que se precipitaban hacia la orilla hasta que empezó a temblar.

Cansada, se dio la vuelta y caminó hacia el hotel. El señor Martín estaba en la recepción.

—Nada de llamadas —espetó Agatha y subió a su habitación. Scrabble ronroneó y maulló mientras Agatha preparaba comida para gatos y un cuenco de agua. Quería un baño caliente, pero estaba muy cansada. Después de alimentar a Scrabble, Agatha se metió en la cama sin desvestirse, se subió el edredón hasta las orejas y se sumió en un sueño sin sueños.

El León Rojo de Carsely estaba muy concurrido a la hora del almuerzo. El tabernero John Fletcher sacó una pinta de Hook Norton para James Lacey y comentó:

—Nuestra Agatha está metida en otro lío.

—¿Qué? No había nada en los periódicos esta mañana —contestó James.

—Lo escuché en la radio hace una hora —explicó John—. Un coronel ha muerto en el hotel en el que se aloja Agatha. Agatha ha

sido detenida. Ayudando a la policía con sus investigaciones, dijo. Deberías ir allí y ver si puedes ayudar.

—Su prometido la cuidará. Es inspector de policía —señaló James con gesto adusto y se alejó del bar.

Sir Charles Fraith regresaba a su finca cuando escuchó las noticias sobre Agatha en la radio.

—Mujer insensata —murmuró. Cuando llegó a su casa, llamó por teléfono al Hotel Garden, pero le dijeron que la Sra. Raisin no aceptaba llamadas.

—¿Qué diablos está pasando allí? —se preguntó. Sería divertido averiguarlo. Su vida últimamente era un poco aburrida y la chica que creía que le había gustado mucho se había comprometido con otro. Hizo la maleta, se subió al coche y se dirigió al sur.

Agatha no se despertó hasta la noche. Se dio un baño caliente, se lavó el pelo, se puso un camisón y una bata y llamó por teléfono a la recepción para pedir que le subieran sándwiches y café. No tenía ganas de enfrentarse a los demás. Quería fingir que no existían. El portero de noche acababa de llegar.

—Tengo una nota aquí diciendo que no quiere que le pasen ninguna llamada.

—Así es —respondió Agatha.

Encendió el televisor, que emitía una vieja película de James Bond. Cuando llegaron sus sándwiches, Agatha se acomodó en una silla frente al televisor con el gato en su regazo para verlo.

Charles entró en el Hotel Garden a las nueve de la noche. El mostrador estaba vacío. Se asomó al salón. Estaba vacío, aparte de un anciano con aspecto de tortuga.

—¿Sabe dónde puedo encontrar a la Sra. Raisin? —preguntó.

—Creo que está en su habitación —contestó Harry.

—¿Cuál es?

—El número nueve. Al final de la escalera y a la izquierda.

Llevando su maleta, Charles subió las escaleras a trompicones y giró a la izquierda. Había un espejo en el pasillo. Se detuvo, se

cepilló el cabello rubio y estudió sus pulcros rasgos. Luego siguió adelante y llamó a la puerta del número nueve. No contestó nadie, pero pudo oír ruidos de televisión. Probó el picaporte. Estaba cerrada.

—¡Aggie! Soy yo —gritó. Una mujer rubia teñida con la cara manchada se cruzó con él en el pasillo. Charles le sonrió.

—Debe ser sorda —dijo. Volvió a llamar a la puerta.

—Vamos, Aggie. Soy yo, Charles.

Agatha abrió la puerta.

—¡Oh, Charles! —exclamó— lo he pasado muy mal. Y rompió a llorar. Él la tomó en sus brazos.

—No pasa nada. Estoy aquí.

Charles vio que la anciana rubia con la cara manchada los observaba y empujó a la llorosa Agatha a la habitación y cerró la puerta de una patada tras él.

—¿En qué lío te has metido? Le acarició el pelo. El pelo de verdad, también.

—Se me ha vuelto a caer —sollozó Agatha en su hombro.

—Estás mojando mi chaqueta. ¿Hay alguna bebida en este lugar?

—Si quieres algo pídelo por teléfono.

Charles cogió el teléfono y pidió una botella de *brandy*.

—¿Qué habitación? —preguntó la sospechosa voz del portero nocturno.

—La habitación de la Sra. Raisin.

—¿En su cuenta, señor?

—Por supuesto —respondió Charles alegremente.

Se sentó en la cama.

—Ven aquí y cuéntale todo a Charles.

Agatha se secó los ojos y se sentó a su lado. Le contó todo desde el principio, y solo se interrumpió para abrir la puerta y llevar una bandeja con una botella de *brandy* y dos copas.

—Esto es un detalle por tu parte, Charles.

—En realidad, va a tu cuenta.

—Nunca cambias —dijo Agatha—. Toma, gracias a mí.

Continuó su historia mientras el *brandy* se hundía en la botella.

—Qué situación tan peculiar —manifestó Charles. Se recostó en la cama y juntó las manos detrás de la cabeza.

—Si vas a pasar la noche —comentó Agatha—, será mejor que vayas a pedir una habitación.

—Tengo una habitación —contestó Charles con pereza—. Vamos a la cama.

—No me gusta el sexo esporádico, Charles.

—¿Quién ha dicho que sea esporádico?

—Tú me has demostrado en el pasado que era así.

—Entonces, vamos a acurrucarnos.

Agatha se sintió achispada y cansada y, de repente, reacia a quedarse sola.

—De acuerdo —accedió. Pero la vanidad la obligó a ir al baño y a maquillarse ligeramente. Cuando regresó, Charles se había puesto el pijama y estaba arropado en la cama, profundamente dormido.

Demasiado para el romance, pensó Agatha, metiéndose a su lado. Scrabble, acurrucado en una silla, la observaba con curiosidad. La luz de la mesilla de noche, en el lado de la cama de Charles, estaba encendida. Ella se inclinó hacia él para apagarla, pero antes de que pudiera, sus ojos se abrieron y él le sonrió y la rodeó con sus brazos.

—Nada de eso —afirmó Agatha, tratando de liberarse. Él la besó y luego dijo con picardía:

—¿Nada de qué? ¿Nada de esto? Volvió a besarla. La predicción de Janine de que Agatha no volvería a tener relaciones sexuales resonó de repente en sus oídos.

Más tarde se dijo a sí misma que solo lo hizo para demostrar que Janine estaba equivocada.

El inspector Jimmy Jessop se dirigió al Hotel Garden. Los resultados de la autopsia habían llegado. El coronel había muerto por causas naturales. Era casi medianoche, pero sabía que Agatha le agradecería que se lo comunicara lo antes posible. Quería decírselo en persona, para ver el alivio en sus ojos.

Aparcó fuera del Garden y entró. Daisy salió a su encuentro, con

la cara todavía hinchada por el llanto y los ojos brillando de forma extraña. Detrás del escritorio, el portero nocturno roncaba suavemente.

—¿Vas a ver a Agatha? —preguntó Daisy.

—Sí.

—Sube —le dijo Daisy—. Su habitación es la número nueve.

Jimmy dudó y miró hacia el escritorio.

—Debería llamar primero.

—No recibe llamadas.

—Oh, en ese caso…

Jimmy se dirigió a las escaleras. Daisy esbozó una pequeña sonrisa y volvió a entrar en el salón.

Jimmy llamó suavemente a la puerta de Agatha. No hubo respuesta. Probó el picaporte. La puerta no estaba cerrada. La abrió en silencio.

El cuadro que se encontró ante sus ojos estaba iluminado por una lámpara de cabecera. Había un pijama de rayas de hombre arrugado en el suelo y el camisón de Agatha colgaba del extremo de la cama.

La propia Agatha estaba desnuda y envuelta en los brazos de un hombre que Jimmy no conocía.

Se retiró en silencio, cerrando la puerta con mucho cuidado. Bajó las escaleras con rigidez y sacudió al portero nocturno para que se despertara y le pidiera papel de escribir y un sobre.

Luego se sentó y le escribió a Agatha Raisin una carta mordaz, diciéndole exactamente lo que pensaba de ella. Una cierta imparcialidad le impulsó a decirle también que el coronel había muerto por causas naturales. Por lo tanto, ella era libre de abandonar Wyckhadden y él no quería volver a ver su cara. Le pidió que le devolviera el anillo. Selló la carta y le dijo al portero nocturno que la subiera y la deslizara por debajo de su puerta.

Agatha fue la primera en despertarse a la mañana siguiente. Se dio la vuelta y miró la cara de Charles mientras dormía y su primer pensamiento fue: Oh Dios, lo he vuelto a hacer. Agarró el camisón del extremo de la cama y se lo puso. Fue entonces cuando vio el

sobre. Lo cogió, se sentó en el extremo de la cama y lo abrió.

Se puso roja de vergüenza y mortificación. Tiró la carta al suelo, se quitó el anillo de compromiso y lo puso en la mesita de noche. La carta de Jimmy dejaba perfectamente claro que la había visto en la cama con Charles. No había forma de que pudiera mentir para salir de esta. Y, sin embargo, a pesar de toda su vergüenza había un pequeño sentimiento de alivio.

Golpeó a Charles en las costillas.

—¡Despierta!

Charles se despertó con dificultad.

—¿Cuál es la prisa, querida? Anoche recorrí este lúgubre pueblo, sabes. No es el tipo de lugar por el que saltas de la cama y te vas a explorar con un grito de alegría.

—Cállate y escucha —gruñó Agatha—. Jimmy entró anoche y nos encontró en la cama juntos. Ha roto el compromiso. Quiere que le devuelva el anillo.

—Déjame verlo.

Agatha le entregó el anillo. Él lo sostuvo a la luz, entrecerró los ojos y se lo devolvió.

—Déjalo. No vale la pena conservarlo.

—Es todo culpa tuya —aulló Agatha, irritada por su indiferencia.

—Muéstrame la carta. Vamos. Nunca le has querido, así que no finjas.

Agatha le dio la carta. La leyó con atención.

—Parece un buen hombre y decente. No es de los que te gustan, Aggie.

—¡Cómo te atreves!

—Y tú ya eres libre del compromiso. Puedes volver conmigo.

—Charles, ¿no sientes ningún remordimiento?

—No, ni una pizca, y tú tampoco lo tendrías si no te hubieran pillado. —Se levantó, entró en el baño y cerró la puerta.

Agatha cogió el teléfono para llamar a Jimmy, pero finalmente decidió no hacerlo. ¿Qué podría decirle? ¿Cómo explicarle? Decir que no sentía nada por Charles la haría parecer aún más puta.

El teléfono sonó. Lo cogió con cautela, como si fuera a morderla, y dijo un cauto.

—¿Sí?

—Soy el señor Martín, Sra. Raisin.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Creo que tiene un hombre en su habitación.

—¿Y qué? —contestó Agatha con tono de enfado—. Estamos en los noventa.

—Se reservó como alojamiento individual. Debo cobrarle el doble.

—Adelante, y prepare mi factura. Me voy hoy —espetó Agatha y colgó el teléfono.

Se miró en el espejo y soltó un chillido de alarma. El pelo estaba despeinado y su cara, sin maquillar, parecía envejecida. Charles tenía al menos diez años menos que ella. Luego se sentó cansada. ¿Qué importaba? No estaba enamorada de Charles. Cuando él salió del baño, ella ocupó su lugar y se preparó un baño y al salir de la bañera descubrió, hecha una furia, que él había usado todas las toallas. Llamó para pedir toallas nuevas. Sin duda, estas también irían a su cuenta.

Charles, despreocupado y haciendo oídos sordos a sus quejas, veía un programa de televisión matutino.

Finalmente, Agatha se bañó, se cambió y se maquilló. Luego dio de comer al gato y apagó la televisión en medio de un programa de juegos.

—Ahora nunca sabré quién ha ganado el coche —se quejó Charles.

Desayunaremos —dijo Agatha—, luego devolveré mi propio coche y compraré una caja de transporte para el gato, para el Scrabble y podrás llevarme a Carsely. Será mejor que me pase por la comisaría y devuelva el anillo. Se sentó en el escritorio. Tendría que escribir a Jimmy.

—De acuerdo —respondió Charles con indolencia.

—Por cierto, ¿cómo es que subiste directamente a mi habitación? ¿Por qué no me llamaron desde recepción?

—No había nadie en el mostrador y cuando me asomé al salón, había un anciano con aspecto de tortuga que me dijo que subiera directamente.

—Harry —comentó Agatha con amargura.

—Creo que está loco, Agatha. De hecho, probablemente todos estén locos en este hotel. ¿Se te ha ocurrido alguna vez? ¿Todos ellos sentados aquí, año tras año, con sus viejos cerebros fosilizándose?

—El asesinato hace que todos parezcan locos —afirmó Agatha con cansancio—, incluso yo. Escribió una breve nota de disculpa a Jimmy y guardó el anillo en su cajita. Luego se levantó. —Vamos. Comeremos más tarde.

Agatha, seguida de Charles, se dirigió a la empresa de alquiler de vehículos y entregó el coche. Después se subió al asiento al lado de Charles y le indicó que se dirigiera a la comisaría.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Charles.

—No, no tardaré nada.

Agatha entró en la comisaría. El sargento de policía que estaba en el mostrador hablaba con la policía Trul y con el detective Tarret. La observaron en silencio mientras se acercaba al mostrador.

Agatha le entregó la carta y la caja con el anillo al sargento.

—¿Sería tan amable de entregar esto al inspector Jessop?

El inspector cogió la caja y la carta en silencio. Agatha se dio la vuelta y salió.

—¡Zorra! —exclamó Trull en voz alta a su espalda mientras se alejaba.

Con la cara encendida, Agatha subió al coche junto a Charles.

—Ha sido horrible —declaró—. Jimmy se lo habrá contado a todo el mundo.

—¿Qué esperabas, golfa? —se rio Charles—. ¿Adónde?

—Te guiaré al aparcamiento del centro de la ciudad. Tengo que comprar una caja para gatos.

Después de comprar la caja para gatos, Charles conducía tranquilamente de regreso al hotel cuando de pronto soltó una exclamación y frenó.

—¡Mira eso!

—¿Qué?

—Están proyectando Casablanca en el cine.

—¿Y qué?

—Me encanta Casablanca. Quiero verla. La proyectan a las dos de la tarde.

—Nos vamos a las doce.

—Una noche más. Yo pago. Vamos, Aggie.

—Oh, está bien. Pero ve tú solo. No puedo soportar ver esa vieja película una vez más.

—Y me muero de hambre. No nos has dejado parar a desayunar.

El señor Martín estuvo de acuerdo en que podía tener la habitación por otra noche.

—Él paga —explicó Agatha, señalando con un pulgar a Charles —. Vamos a almorzar.

Pusieron sus abrigos y la caja del gato en la habitación y luego bajaron al comedor. Jennifer, Mary, Daisy y Harry los miraron descaradamente.

—Que panda de locos —señaló Charles alegremente—. Muy al estilo de Arsénico y Encaje Antiguo.

Comieron su pesado almuerzo en silencio. Después Charles subió a buscar su abrigo para ir al cine. Cuando se marchó, Agatha empezó a sentir el silencio del hotel como algo opresivo. Deseó no haber aceptado quedarse otra noche. ¿Y si Jimmy llamaba y montaba una escena?

Se dio cuenta de que la pesada comida y las actividades de la noche anterior la habían cansado. Agatha se acostó en la cama junto a Scrabble y pronto se quedó profundamente dormida. No se despertó hasta las seis. Se levantó con dificultad. ¿Dónde estaba Charles?

James Lacey entró en el Hotel Garden. Las noticias de la televisión habían informado de la muerte del coronel y decían que la Sr. Raisin estaba ayudando a la policía en sus pesquisas, pero no había nada más en el boletín de noticias de esa mañana. Sintió que era su deber, por los viejos tiempos, bajar a ver si podía ayudar a Agatha.

Se acercaba al mostrador cuando la esbelta y pulcra figura de *Sir* Charles Fraith pasó junto a él.

—Charles —llamó James.

—Hola —contestó Charles con cautela.

—He venido a ver si puedo ayudar a Agatha.

—Está bien —comentó Charles—. El viejo murió por causas naturales. Solo estoy de visita.

De repente, el señor Martín apareció junto a ellos. Le dijo a Charles:

—Como usted está pagando la habitación que comparte con la Sra. Raisin, me gustaría que firmara el formulario de inscripción.

—¿Qué? Oh, claro —respondió Charles, diluyéndose ante la furia abrasante de los ojos de James.

James giró sobre sus talones y salió directamente del hotel.

Charles firmó con desgana el formulario de inscripción. Luego decidió salir a tomar una copa a algún sitio. Si Agatha se enteraba de que su querido James había llegado y descubría que compartían habitación, se pondría furiosa.

Agatha había sacado de la maleta algunas prendas. Llamaron a la puerta.

—Pasa —habló.

La puerta se abrió y Daisy entró, mirando a su alrededor con curiosidad.

Se oyó un bufido en la cama. Agatha se volvió y miró a Scrabble. Los ojos del gato brillaban y su pelaje estaba erizado.

Agatha miró a Daisy con una mezcla de asombro.

—Eras tú, ¿verdad? —preguntó—. Fuiste tú todo este tiempo.

CAPÍTULO NUEVE

—Es el gato de Francie —contestó Daisy—. ¿Qué haces con el gato de Francie?

Agatha, al oír el extraño sonido de canturreo en la voz de Daisy y al ver la expresión vacía de su rostro, pensó de repente que estaba loca. Ha estado loca todo el tiempo y ninguno de nosotros se dio cuenta. Pero dijo con calma, temiendo que cualquier sonido o movimiento brusco hiciera que Daisy perdiera la cabeza:

—Lo encontré vagando por la playa. Scrabble seguía siseando y escupiendo, con los ojos verdes encendidos.

—Siéntate, Daisy. Tenemos que hablar.

Daisy se sentó. Agatha cogió a Scrabble y encerró al gato en el baño.

—El gato te ha visto antes. Vamos. Déjalo ya, Daisy.

—¿Dejar el qué? Movió la cabeza de un lado a otro.

—Francie te estaba chantajeando.

—No era eso —dijo Daisy con una voz de auténtica locura—. No fue eso en absoluto. Se quedó mi dinero.

Agatha se sentó en la cama. Se preguntó por qué se sentía tan tranquila.

—Solo estamos nosotras dos, Daisy. No hay policía. Cuéntame.

—Todo sucedió hace mucho tiempo —afirmó Daisy con un suspiro—. ¿No se lo contarás a nadie?

—No —contestó Agatha, pensando sombríamente que, al no tener testigos ni pruebas, no podía hacer nada al respecto. La puerta estaba un poco entreabierta. Pensó en levantarse y cerrarla, pero no

quería hacer nada que impidiera a Daisy contar su historia.

—Mi marido había muerto. Me sentía culpable. Supongo que alguien siempre se siente culpable cuando alguien muere. —Dejó escapar una risita de niña, más horrible para los oídos de Agatha que si Daisy hubiera despotricado—. Acabábamos de tener una terrible discusión y sentí que era culpa mía. Me acusó de estar enamorada del coronel.

—¿Y tú estabas……en ese momento?

—Sí, estaba muy enamorada de él. Me sentí muy aliviada cuando Hugh murió, pero pensé que Dios me castigaría. Fui a ver a Francie para ponerme en contacto con Hugh, para saber si estaba bien. De alguna manera, Francie debía saber algo de mis sentimientos por el coronel, al ver la forma en que lo miraba. Parecía la voz de Hugh. Dijo que yo nunca lo había amado y que debía pagar. Creo que mi mente estaba trastornada por la culpa y el miedo. Le di a Francie cinco mil libras.

—¿Para qué?

—Me dijo que lo entregaría al mundo de los espíritus. Entonces Harry me dijo que era una falsa. Le pedí que me lo devolviera y no me lo quiso dar.

—¿Por qué no lo denunciaste a la policía?

—¿Y quedar como una vieja tonta? No creí que pudieran hacer nada. Entonces Harry dejó caer que tal vez podríamos denunciar a Francie al recaudador de impuestos. Dijo que cuando le había pagado, se había asomado a la otra habitación y la había visto poner el dinero en una caja. Había recomendado a gente que visitará a Francie para que le diera remedios. Descubrí muchas cosas sobre ella y sus hábitos, y descubrí que se echaba una siesta a última hora de la tarde. Decidí intentar recuperar al menos algo de dinero.

—Fui a su casa. La puerta estaba abierta. Ella nunca la cerraba hasta la noche. Entré tranquilamente. Todo fue muy fácil. Encontré la caja. Ni siquiera estaba cerrada. Saqué todo el dinero. Solo había unas mil quinientas libras en ella. Lo metí en mi bolso.

»—Entonces decidí subir y contarle que lo sabía todo. Creía que, como probablemente no había declarado nada del dinero al fisco, no

podía hacer nada al respecto. Pensé que podría intentar atacarme. Fui a la cocina en busca de un arma y vi un rodillo de mármol. Qué útiles son los rodillos de amasar de mármol. —Volvió a soltar una risita, y luego se llevó la mano a la boca y lanzó a Agatha una mirada tímida, casi coqueta, como la de una colegiala que confiesa una fechoría a la directora.

»—Subí las escaleras sigilosamente. Estaba dormida. De repente abrió los ojos y me vio.

»—Oh, eres tú, vieja zorra tonta —me dijo, y se acercó al suelo para coger sus zapatillas. No debería haberme llamado vieja. En un momento estaba allí con el rodillo de cocina y al siguiente la había golpeado tan fuerte la cabeza como pude. No sabía si estaba muerta o no y no me importaba. Salí con la caja y el rodillo en una bolsa. Tiré la caja al mar. Fue increíble. No había nadie. Verás, entonces no me importaba si me atrapaban o no. Pero una vez que me deshice de la caja, me llevé el rodillo de vuelta al hotel. Me había ido por la escalera de incendios. Enterré el rodillo en el jardín del hotel.

Te tengo, pensó Agatha.

—¿Y qué pasó con Janine?

—Cuando parecía que el asesino iba a ser descubierto, pateé a Mary tan fuerte como pude. Eso interrumpió la sesión. Pero empecé a inquietarme y a preocuparme. ¿Y si Janine lo sabía? Creía que el coronel se estaba acercando a mí. Sentí que sería solo cuestión de tiempo que me propusiera matrimonio. —Daisy se inclinó hacia delante y le dio un golpecito a Agatha en la rodilla—. Tenía que deshacerme de ella. ¿Lo entiendes?

Y Agatha recordó que Charles había dicho que probablemente todos estaban locos. Está loca, pensó Agatha de nuevo. ¿Por qué no lo vi antes?

—Así que bajé por la escalera de incendios y la llamé por teléfono desde el locutorio de la entrada del muelle. Esta vez llevaba guantes. Le dije que le debía dinero a su madre y que me gustaría que lo tuviera, pero que no se lo dijera a nadie. Caminamos por el muelle. Le dije que le debía miles a Francie. Janine se puso muy nerviosa. Era muy parecida a su madre, codiciosa. Cuando habíamos

recorrido un poco el muelle, de repente grité y dije:

—¡Hay un cuerpo flotando en el agua!

Ella contestó:

—¿Dónde?

—Ahí abajo —grité.

Se inclinó hacia delante. No sé de dónde saqué las fuerzas, pero la agarré por los tobillos y la lancé al mar. No sabía nadar. Francie me lo dijo una vez. Me dijo que ni ella ni su hija sabían nadar. La oí gritar y salí corriendo.

—¿No sientes ningún remordimiento? —preguntó Agatha con curiosidad.

—¿Por qué? —Los ojos de Daisy brillaron—. Eran mujeres malvadas.

—¿No podías haber cogido el dinero de Francie y haberlo dejado así?

—¡No! Ella me maldijo, y Janine me maldijo junto con todos vosotros. Eran mujeres malvadas.

—Daisy, tengo el deber de ir a la policía y contarles lo que ha pasado.

—No te creerán. No tienes pruebas.

No voy a recordarte que me contaste lo del rodillo en el jardín, estaba pensando Agatha cuando entró el señor Martín.

—He subido para hablar con usted, Sra. Raisin, pero he oído la conversación y me he quedado para escucharlo todo. Señora Daisy Jones, voy a llevarla a su habitación y a encerrarla hasta que llegue la policía. Acompáñame.

Ante el asombro de Agatha, Daisy se levantó, se alisó la falda y salió junto al director del hotel. ¿Por qué se había ido tan silenciosamente?

Charles entró y Agatha corrió hacia él, con los nervios a flor de piel, balbuceando todo sobre Daisy y los asesinatos.

—Cálmate, Aggie —le dijo—. Cuéntamelo todo, pero más despacio.

Agatha resumió brevemente lo que le había contado Daisy, terminando con:

—No puedo creer que se haya ido así, tan tranquilamente.

—Esperemos que no recuerde haberte hablado del rodillo.

—¿Por qué?

—Bueno, si puede encontrar una forma de salir de su habitación y bajar al jardín del hotel, lo hará.

—La ventana —jadeó Agatha—. La ventana de su habitación. Salió a toda prisa por la puerta, bajó las escaleras y se dirigió al lateral del edificio. Daisy no estaba en el jardín.

—Allí arriba —gritó Charles, apareciendo de repente detrás de ella.

Daisy estaba manteniendo el equilibrio en la cornisa de su ventana. Aunque su habitación estaba solo en la primera planta, los techos de la planta baja eran tan altos que estaba a una buena distancia del suelo.

Los miró con ojos de lince. A lo lejos se oía el ulular de las sirenas de la policía.

—Ya es demasiado tarde —gritó Agatha—. Vuelve a tu habitación. Solo te harás daño.

Pero Daisy saltó de la ventana. Cayó en picado sobre unas piedras. Su cabeza chocó contra una de las rocas con un fuerte golpe y se quedó inmóvil.

Charles se acercó, se agachó y se inclinó sobre ella.

—No me atrevo a moverla —comentó por encima del hombro a Agatha.

Agatha corrió hacia la entrada del hotel justo cuando Jimmy Jessop salía del primer coche de policía.

—Es Daisy —dijo Agatha—. Está en el jardín. Está malherida.

—Llama a una ambulancia —ordenó Jimmy a un policía—. Guíenos, Sra. Raisin.

La policía siguió a Agatha hasta el jardín del hotel. Jimmy indicó a Charles que se apartara y se arrodilló junto a Daisy. Le tomó el pulso.

Levantó la vista hacia ellos.

—Creo que es demasiado tarde. Vuelva al hotel, Sra. Raisin, y usted también, señor. Tendrán que responder a algunas preguntas.

Agatha se sintió enferma y temblorosa. Apoyada en Charles, volvió a entrar en el hotel, donde la esperaban Mary, Jennifer y Harry.

—El señor Martín dice que fue Daisy quien cometió los asesinatos —habló Harry.

—No puede ser verdad —se lamentó Mary, y a pesar de su mareo y malestar, Agatha notó en algún lugar de su mente que ni Jennifer ni Harry parecían sorprendidos.

Agatha le dijo al señor Martín:

—Dígale a la policía que estaré en mi habitación si me necesitan.

Ella y Charles subieron las escaleras. En su habitación, ambos se sentaron en la cama. Se oyó un maullido lastimero procedente del baño. Agatha se levantó y dejó salir al gato. Luego se reunió con Charles.

—No sé por qué te sientes tan desgraciada, Aggie —señaló Charles, tomando su mano—. Si no fuera por tu intuición y el comportamiento de Scrabble, se habría salido con la suya. ¿Y puedo decirte algo? Seguramente eras la siguiente en la lista de los que iban a ser eliminados. Creo que la obsesión de Daisy por el coronel, que duraba años y años, le había hecho perder la cabeza. Tarde o temprano pensaría que él podría seguir vivo y haberse casado con ella si tú no le hubieras seducido.

Agatha se estremeció.

—Todo lo que hago es entrometerme en la vida de los demás. Cuando vuelva a Carsely, me acomodaré y haré obras benéficas.

—Que día será ese —contestó Charles con una carcajada.

—Lo digo en serio. Voy a ser como la señora Bloxby.

Agatha se levantó.

—Será mejor que le ponga comida a Scrabble. En cualquier momento vendrá a pedirla.

—Yo lo haré —sugirió Charles. Abrió una lata de comida para gatos y luego llenó el cuenco de agua de Scrabble—. No importa, Aggie, nos iremos de aquí por la mañana.

Llamaron a la puerta. Charles fue a abrirla. Era un policía.

—Si me acompañan a la comisaría…

Recogieron sus abrigos y le siguieron escaleras abajo.

—Solo una noche más, por favor —afirmó Agatha, mirando al mar—. Solo una noche más y no volveré a venir nunca más.

En la comisaría, Agatha fue interrogada por Jimmy y el sargento detective Peter Carroll.

Comenzó cansada por el principio y les contó cómo había llegado Daisy a su habitación, la reacción del gato y cómo había sabido de repente que Daisy había cometido los asesinatos.

—¿Cómo lo supo? —preguntó Carroll.

—No lo sé —respondió Agatha con desazón—. Fue algo que dijo Charles sobre que estaban todos locos. Estaba bromeando. Pero en ese momento me di cuenta de que Daisy estaba desequilibrada.

—En su declaración sobre la muerte de la señora Frances Juddle —comentó Carroll—, dijo que su gato se lanzó hacia usted. Entonces, ¿por qué pensó que Daisy era la asesina?

—Solo fue una intuición —contestó Agatha tristemente—. ¿Vivirá?

—Está muerta —contestó Jimmy.

Agatha se llevó las manos a la cara.

—Me olvidé del rodillo. Por eso estaba desesperada por bajar al jardín. Enterró el rodillo allí.

—Espere un momento. Los dos salieron de la habitación.

A Agatha le temblaban las rodillas. Se puso las manos en las rodillas.

Al cabo de un rato volvieron.

—¿No dijo exactamente dónde había enterrado el rodillo?

—Solo que estaba en el jardín del hotel —explicó Agatha.

—Lo encontraremos. Ahora vamos a repasarlo todo de nuevo. Por cierto, sea cual sea el gato que tiene en su habitación, no pertenece a la difunta señora Juddle.

—¿Qué? ¿Estás seguro?

—Cliff tiene el gato. Fuimos a verle ayer por la mañana para otra entrevista. El gato estaba con él. Así que vamos a contarlo todo desde el principio.

Por fin Agatha pudo irse.

—Me iré por la mañana —señaló.

—Debo pedirle que esté aquí para la investigación del juez de instrucción la semana que viene —comentó Jimmy—. Se le comunicará la hora y el lugar.

—Nunca conseguiré salir de aquí —añadió Agatha con amargura.

—Déjanos un minuto —le dijo Jimmy a Carroll.

Cuando se quedaron solos, Jimmy habló en voz baja:

—Siéntate, Agatha.

Agatha se sentó, con los ojos llenos de lágrimas.

—Si no hubiera sido por ti, no la habríamos atrapado —afirmó Jimmy—. La razón por la que quiero hablar contigo es que me queda suficiente afecto para advertirte.

Agatha sacó un Kleenex y se secó los ojos.

—¿Sobre qué?

—Sobre *Sir* Charles.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Agatha, sonrojándose.

—Supongo que el hecho de que sea un *baronet* y más joven que tú se te habrá subido a la cabeza, Agatha, pero si tienes algún pensamiento de convertirte en *Lady* Fraith, yo me olvidaría.

—Nunca lo pensé ni por un momento.

—*Sir* Charles me explicó que no sois más que amigos ocasionales y que de vez en cuando tenéis una aventura. Que no significaba nada. No pertenezco a tu mundo, Agatha. No creo en el sexo ocasional.

—Yo tampoco, Jimmy.

—Entonces me das mucha pena. Para él fue algo puntual y no le dio ninguna importancia.

Agatha se levantó.

—Me gustaría irme.

Él asintió y ella salió.

Charles estaba sentado esperándola.

—Quiero hablar contigo —le dijo Agatha con mala cara—. Vamos a dar un paseo.

Cuando estaban fuera de la comisaría, Charles comentó en un intento de animarla:

—Todavía no hay periodistas. Pero pronto estarán por todas partes.

—Charles, ¿era necesario que me hicieras sentir aún más como una golfa diciéndoles que no significaba nada para ti?

—No dije exactamente eso. Tu inspector parecía tan deprimido que pensé que le había arruinado la vida. Es un tipo muy decente y podría haber sido mucho peor. Solo intentaba ayudar.

—Escucha, imbécil, Jimmy Jessop nunca miraría a una mujer que hubiera tenido sexo ocasional.

—¿No sabe que estamos en los noventa?

—Oh, Charles. Eres un cerdo.

Le cogió el brazo con el suyo.

—No discutamos. ¿Qué hora es? Supongo que el comedor del hotel está cerrado. Oh, mira, hay una tienda de pescado y patatas fritas.

Comieron pescado y patatas fritas de camino al hotel.

Entraron en el hotel.

—No, los nombres propios no están permitidos —llegó la voz de Harry desde el salón—. Ya lo sabes, Jennifer.

—Siguen jugando al Scrabble —se maravilló Agatha—. La gente es asesinada, la gente se cae por las ventanas, y todavía juegan al Scrabble. Oh, por cierto, ¿te lo puedes creer?, me he equivocado de gato.

—¿Qué?

—Scrabble no es el gato de Francie.

—Entonces quizás Daisy vino a tu habitación para hacerte daño. Los animales sienten el peligro.

El señor Martin se acercó a ellos.

—Esto es terrible, terrible —afirmó—. Estamos arruinados.

—Oh, que entren los periodistas —le dijo Agatha cansada—. Beberán mucho y gastarán mucho. Y cuando empiece la temporada, el hotel se llenará. La gente es muy morbosa. Su hotel se hará famoso.

—Pero a nuestros residentes no les gustará que la prensa entre aquí.

—Solo quedan tres —comentó Charles—. ¿Por qué no va a ganar algo de dinero con toda esta tragedia? Los periodistas gastan mucho. Se beberán su bar hasta dejarlo seco.

El Sr. Martin se animó.

—Supongo que no estarán aquí mucho tiempo.

—Exactamente —afirmó Agatha.

Ella y Charles se dirigieron al piso de arriba.

—Nada de cosas raras esta noche —habló Agatha con severidad.

—Sí que tienes facilidad de palabra, Aggie —contestó Charles.

Pero Agatha Raisin se sintió bastante molesta cuando finalmente se metió en la cama y empezó a leer uno de sus libros de bolsillo y todavía estaba leyendo cuando ella se fue a dormir.

Por la mañana, antes de que salieran del hotel, hubo una llamada telefónica de la policía diciéndoles que la investigación sería el miércoles siguiente en el juzgado de instrucción a las diez de la mañana.

—Anímate, Aggie —dijo Charles mientras salían de Wyckhadden—, solo tendrás que ver este miserable lugar una vez más.

En el camino de vuelta a casa, Agatha se esforzó por desterrar de su mente los pensamientos sobre James Lacey. Pero se imaginaba una y otra vez a la pareja sentada en algún restaurante de Cotswold mientras ella contaba su historia.

Finalmente, Charles aparcó frente a su casa de campo y la ayudó a entrar con su maleta y la caja del gato.

—No me quedaré, Aggie. Pasaré por aquí el próximo miércoles sobre las seis y media de la mañana y te recogeré para la investigación. O, si quieres, podemos ir la noche anterior.

Agatha reprimió un escalofrío.

—No, no me importa madrugar.

Cuando Charles se marchó, dejó salir al gato de su caja. Para su alivio, sus otros dos gatos, Boswell y Hodge, parecieron aceptar al recién llegado. Los alimentó y los sacó al jardín.

Luego cogió el teléfono y llamó a James Lacey. No hubo respuesta y su coche no estaba.

Se dirigió a la vicaría.

—Oh, qué bien, has vuelto —expresó la señora Bloxby. Llamó a su marido—: Agatha ha vuelto.

El vicario se levantó y salió corriendo por la puerta.

—Voy a la iglesia —informó.

—Entra —le dijo la señora Bloxby—, y siéntate. Estás en todos los periódicos.

—¿Dicen que fui yo quien descubrió a la asesina? —preguntó Agatha.

—No, hablan algo de que el gerente del hotel escuchó a Daisy Jones decirle a uno de los residentes que lo había hecho. ¿Fuiste tú? Qué inteligente. Cuéntamelo.

Así que Agatha contó su historia y mientras hablaba con calma en el tranquilo salón de la vicaría, todo empezó a parecer muy extraño y lejano.

—¿Y qué hay de tu inspector? No lo has mencionado.

—Se ha acabado todo. Me encontró en la cama con Charles.

—Qué horrible. Pero no se te ve con el corazón roto.

—Solo estoy muy avergonzada. Jimmy es un buen hombre. Lamento haberle perdido. Podría haber hecho que funcionara.

—Pero no lo amas, y si te casaras con él, tendrías que vivir en Wyckhadden.

—Dios no lo quiera. Nunca he conocido un lugar donde cambiara tanto el tiempo. Probablemente habrá un tornado el día de la investigación.

—Aquí hemos tenido mal tiempo. Inundaciones terribles. Los botes de rescate tuvieron que ir a las calles de Evesham e incluso Moreton-in-Marsh se inundó.

—Entonces, ¿dónde está James? —preguntó Agatha bruscamente.

—Le dejó su llave a Fred Griggs. —Fred Griggs era el policía del pueblo—. Le comentó a Fred que se iba a quedar en casa de unas personas en Sussex.

—¿Así que volverá pronto?

—Eso parece.

Así que Agatha vigiló y esperó, deseando ver el coche de James Lacey llegar a su casa de campo.

James volvió a su casa la noche anterior a la investigación. Hizo la colada y luego volvió a hacer la maleta. Había hecho planes para ir a Grecia. Pensó brevemente en llamar a Agatha por la mañana para despedirse. Pero no quería oírla parlotear sobre su inspector.

El sonido de un coche que se detenía frente a la casa de Agatha a primera hora de la mañana le despertó. Se levantó con dificultad de la cama y se dirigió a la ventana lateral del descansillo y miró la entrada de la casa de Agatha. Salió con Charles y subieron al coche de él. Parecían muy felices.

Volvió a la cama.

Ahora formaba parte del pasado de Agatha Raisin, así que se aseguraría de que ella siguiera formando parte del suyo.

La investigación fue menos angustiosa de lo que Agatha había imaginado. Ella y Charles contaron sus experiencias.

Los periodistas esperaban fuera. Pero Agatha había estado demasiado apagada al ver a Jimmy en el tribunal como para aprovechar su momento de gloria. Subió al coche de Charles, haciendo oídos sordos a las preguntas e ignorando los *flashes* que se disparaban en su cara.

—Adiós para siempre —dijo mientras Charles conducía saliendo de la ciudad.

CAPÍTULO DIEZ

Tres meses más tarde, Agatha Raisin estaba detrás del puesto de la tómbola en una iniciativa para recaudar fondos para Save the Children. Era una buena causa y ella había trabajado duro en el comité organizador para que la feria fuera un éxito. Sentía que ahora sus ojos debían mirar al mundo con el mismo brillo de serenidad que veía en los ojos de la señora Bloxby. Sacó su polvera y se miró en el pequeño espejo. Un par de ojos como los de un oso la miraban sombríamente.

James se había ido a Grecia y Agatha tuvo que admitir que se aburría.

—Compré tres boletos y lo único que conseguí fue una lata de sardinas —refunfuñó la vieja señora Boggle.

—Con los boletos a veinte peniques cada uno, has conseguido una ganga —espetó Agatha.

—Ya sé lo que pasa —contestó la señora Boggle—, te estás quedando con los mejores premios. Agatha la ignoró y vendió más boletos. Para su deleite y bajo la envidiosa mirada de la señora Boggle, las dos siguientes personas ganaron, respectivamente, una botella de *whisky* y una cesta de quesos seleccionados. La señora Boggle compró otro boleto. Ganó una botella de champú.

—Ahí lo tiene —dijo Agatha alegremente—. No puede quejarse de esto. Pero, por supuesto, la señora Boggle lo hizo, diciendo que había querido el *whisky*. El día siguió su curso. La música de los bailes empezaba a poner nerviosa a Agatha.

Estaba inquieta y quería algo de emoción. Había telefoneado a

Charles, pero este había dicho alegremente que estaba ocupado y Agatha sabía que «ocupado» con Charles significaba que estaba persiguiendo a alguna mujer.

En este día soleado, con los banderines revoloteando con la más ligera de las brisas, sus pensamientos volvieron a centrarse en Jimmy. Por la noche, su casa ya no le parecía un santuario, un refugio, sino algo solitario y aburrido, con la única compañía de la televisión. La señora Bloxby había intentado ayudar a la «nueva» Agatha a santificarse sugiriendo que su siguiente paso sería ayudar en una fiesta benéfica en Longborough.

Si me hubiera casado con Jimmy, pensó Agatha con nostalgia, formaría parte de una pareja, sería la señora Jessop. La policía le había devuelto la poción de amor y el tónico capilar. Agatha los había enviado a un laboratorio de Birmingham para su análisis. La poción de amor resultó ser agua con sabor a anís y el tónico capilar era de una botella de un producto comercial, disponible en el mercado por veinticinco libras. Todo lo que Francie había hecho era quitar la etiqueta. Pero eso significaba que ninguna magia había hecho que Jimmy se enamorara de ella. No era como James Lacey, malhumorado y frío, ni como Charles, voluble y amoral. Era un hombre decente y la había amado y le había dado su anillo.

Wyckhadden había estado bien, pensó Agatha, vendiendo automáticamente boletos y sonriendo y repartiendo premios. Solo los asesinatos y el espantoso clima habían hecho que pareciera tan horrible.

Y entonces empezó a preguntarse si podría recuperar a Jimmy. Podía explicarle lo de Charles, explicarle que estaba nerviosa y que había bebido demasiado. Él le sonreiría con esa cálida sonrisa suya y ella se sentiría segura. Empezó a olvidar la punzada de alivio que había experimentado cuando supo que el compromiso había terminado.

¿Por qué no volver a Wyckhadden y ver si podía hablar con él?

La idea de pasar a la acción, alguna acción, cualquier acción, empezó a apoderarse de Agatha.

Comenzó a sentirse feliz de una manera que ninguna cantidad

de buenas obras había logrado hacerla sentir.

Al final del día, empezó a ayudar a limpiar. La señora Bloxby, mirando con cierta sorpresa la cara de felicidad de Agatha, pensó que quizás Agatha estaba realmente destinada a hacer buenas obras.

Eso fue hasta que Agatha le dijo que pensaba volver a Wyckhadden a ver a Jimmy. La señora Bloxby estaba a punto de protestar porque seguramente Agatha sería rechazada, ya que la señora Bloxby estaba más que acostumbrada a los Jimmy Jessops de este mundo, es decir, a la gente normal y corriente, que Agatha, pero decidió no hacerlo. Tal vez Jimmy resultara ser el hombre adecuado para Agatha después de todo. Solo tenía la palabra de Agatha de que era un hombre decente y corriente. Y el mundo estaba lleno de mujeres que se habían casado para tener compañía y seguridad, así que ¿por qué no Agatha? Así que luchó contra la voz de su conciencia que le decía que Agatha Raisin sería desgraciada con menos, y le deseó suerte.

Agatha no se fue inmediatamente. Fue a la esteticista y se hizo un tratamiento facial y se arregló las cejas. Luego a la peluquería, y después a una nueva *boutique* junto a la peluquería de Evesham para elegir algo nuevo. Dudó entre elegir algo bonito y femenino o algo elegante y de negocios. Al final se compró un traje de lino color galleta y una blusa de seda amarilla suave para acompañarlo. Luego regresó a Carsely y fue a ver a su asistenta, Doris Simpson, para decirle que se iba de nuevo, pero solo por unos días, y que ahora había un gato más que alimentar.

Sintiéndose cada vez más segura, durmió bien y a la mañana siguiente emprendió el largo camino hacia Wyckhadden.

Al llegar a Wyckhadden, pasó por delante de las pequeñas villas y *bungalows* de las afueras y los miró con nuevos ojos. Podría vivir en uno de ellos, cortando el césped y puliendo el coche.

Se dirigió directamente al Hotel Garden. El tiempo era cálido en la playa y los quioscos del muelle estaban abiertos. El mar, que había parecido tan amenazante en el invierno, se había amansado en un azul profundo y tranquilo. Un barco surcaba a lo largo de la línea del horizonte, con el aspecto de un juguete infantil.

En el hotel, ahora había una atractiva recepcionista detrás del mostrador y los huéspedes iban y venían.

La recepcionista sonrió y dijo que Agatha había tenido suerte. Esa mañana habían recibido una cancelación. Un joven y elegante portero extranjero con la nueva librea del hotel se encargó de subirle la maleta a la habitación. El viejo hotel tenía un aire de prosperidad y vitalidad. Agatha se preguntaba si Harry, Jennifer y Mary seguirían residiendo en él o si la gran afluencia de nuevos huéspedes los había alejado. Pero se acordó que habían dicho que estaban acostumbrados a las visitas.

Agatha cogió el teléfono y se comunicó con la comisaría.

—Policía de Wyckhadden —habló el sargento de guardia.

—Quisiera hablar con el inspector Jessop —contestó Agatha.

—Sí. ¿Puedo preguntar quién llama?

—Agatha Raisin.

—Está fuera por un caso —dijo el sargento bruscamente.

—¿Cuándo volverá?

—No lo sabemos. Tardará bastante.

—Me hospedo en el Hotel Garden. ¿Podría pedirle que me llame por teléfono?

—Si lo veo —respondió el sargento de recepción con poca gracia y colgó el auricular.

Se puso el nuevo traje de lino y la blusa y bajó al vestíbulo. Preguntó por el señor Martin.

El Sr. Martin salió de su despacho y la miró como el viejo marino que ve un albatros.

—Oh, querida… Quiero decir que me alegro de verla de nuevo.

Me preguntaba si la señorita Stobbs, la señorita Dulsey y el señor Berry seguían en el hotel.

—Sí, lo están. —Miró la fila de llaves detrás del escritorio—. Parece que todos están fuera en este momento. ¿Se quedará mucho tiempo?

—Un par de días —respondió Agatha.

Agatha salió a la calle bajo el sol y caminó por el muelle. Deseó haber traído su abrigo, porque aunque el sol era cálido, la brisa

marina era algo fría. Entonces vio que entre los quioscos de recuerdos había un nuevo puesto: SEÑORA MÍSTICA, ADIVINA.

Podría pasar el tiempo hasta que sepa qué hacer, pensó Agatha.

Madam Mystic estaba vestida con una larga túnica negra y llevaba un turbante en la cabeza.

—Siéntese —le dijo—, su fortuna le costará diez libras.

—Bien.

—El dinero por adelantado.

Agatha le entregó un billete de diez libras.

—Déjeme ver sus manos —señaló *Madam* Mystic.

Agatha extendió las manos.

—Usted es una mujer sana y decidida, con mucho éxito y dinero en su vida, pero no con amor.

—¿Y algún día conseguiré tener un amor? —preguntó Agatha, pensando, ¿por qué he acudido a esta charlatana?

—Tal vez, pero debes ir a buscarlo. Vives en un lugar pequeño donde no pasa nada.

Eso es lo que crees, pensó Agatha.

—El amor de tu vida está en Norfolk. Es alto y de pelo rubio. Es viudo. Debes ir en su busca.

—Norfolk es un gran condado. ¿Dónde? ¿Norte, sur, este u oeste?

—Conduce hasta Norfolk y algo te guiará.

Se quedó callada.

—¿Algo más?

—No debes quedarte en Wyckhadden. Olvida lo que te trajo aquí y vuelve a casa.

—¿Qué? ¿No a Norfolk?

—Al final irás allí. No puedo ver más.

Debo dejar de malgastar el dinero, se reprendió Agatha. Salió a la calle.

Y allí vio a Harry Berry, apoyado en la barandilla del muelle, observando a unos pescadores.

Agatha se acercó a él.

—Hola, Harry.

Él se dio la vuelta.

—Oh, es usted —contestó—. ¿Qué le trae por aquí?

—He estado dándole vueltas a la cabeza. He venido a buscar a Jimmy Jessop.

Los ojos de Harry brillaron brevemente divertidos.

—Parece que el hotel va bien —comentó Agatha.

—No es lo mismo. Primero estaba lleno de periodistas, luego de morbosos que querían ver la habitación en la que Daisy se cayó por la ventana, después se corrió la voz de que las comidas eran abundantes y empezaron a venir todo tipo de turistas.

—¿Cómo están Jennifer y Mary?

—Bien, pero estamos pensando en mudarnos a un lugar más tranquilo.

—¿Fue un gran *shock* saber que Daisy era una asesina?

Harry se volvió y miró el agua.

—La verdad es que no.

—¿Qué? No me diga que lo sabía desde el principio.

—Fue solo un presentimiento —aclaró Harry—. El coronel decía a menudo que creía que era Daisy.

—¿Qué? Creía que ninguno de ustedes hablaba del asesinato.

—Bueno, lo hacíamos, cuando usted no estaba.

Hasta aquí la sensación de formar parte del grupo, pensó Agatha con amargura. ¿No me contabais nada porque era una extraña?

—Pensamos que podría armar un escándalo, y no nos gustan los escándalos.

—Entonces, ¿por qué no fueron a la policía?

—¿Por qué? Podríamos habernos equivocado y Daisy era parte del grupo.

Agatha le miró.

—Esa mujer que hizo con la nieve —habló lentamente—. Intentó que se pareciera lo más posible a Francie con la esperanza de que Daisy se delatara.

—Podría haber sido así. Ahora se acabó, pobre Daisy.

—Pobre Daisy. Asesinó a dos mujeres.

—Eran asesinas. Si no hubiera sido Daisy, habría sido otra

persona.

—Hasta luego. Agatha se dio la vuelta y se marchó. Charles tenía razón. Están locos.

Decidió ir al *pub* y ver si Jimmy aparecía. Estaba completamente segura de que no había salido por un caso. El sargento de guardia simplemente trataba de mantenerla alejada de él.

Esperó en el bar durante una hora, pero no había ni rastro de Jimmy. Volvió al hotel, cogió su coche, condujo hasta la comisaría y esperó fuera. Wyckhadden parecía haber vuelto a ser una zona relativamente libre de delitos. Apenas entraba o salía nadie. El día siguió su curso. Había madrugado y empezaba a tener sueño.

Entonces vio su alta figura saliendo de la comisaría. Buscó a tientas el tirador de la puerta del coche, abrió de un tirón y llamó:

—¡Jimmy!

Él se giró y la vio, y esa conocida sonrisa de felicidad le iluminó la cara. Todavía me quiere, pensó Agatha. Gracias a Dios. Se apresuró hacia él.

—Qué sorpresa —comentó él—. ¿Qué te trae de vuelta?

—Me sentí muy mal por la forma en que te traté. Quería volver a verte.

—Vamos a tomar una copa —dijo Jimmy, arropándola con su brazo—. Tengo mucho que contarte.

Se dirigieron a un *pub* cercano. Cómo pudo desagradarme este lugar, pensó Agatha con alegría. Viviré aquí con mi Jimmy el resto de mi vida.

—¿Lo de siempre, Agatha? Agatha asintió. Era como en los viejos tiempos. Jimmy le sirvió un *gin-tonic* y media pinta de cerveza para él.

—Ahora dime, ¿qué pasa? —preguntó Agatha. Se miró en el espejo de enfrente: pelo castaño brillante, bien maquillada, traje de lino impecable, se sentía segura y contenta.

Jimmy puso su mano sobre la de ella y la miró a los ojos.

—Me voy a casar, Agatha, y es gracias a ti.

Agatha le miró fijamente. Luego miró al espejo. Una mujer de mediana edad cansada le devolvió la mirada.

—Es así —explicó Jimmy con entusiasmo—. Me quedé helado al ver tu comportamiento con ese *baronet*. Pensé que nunca volvería a mirar a otra mujer. Y entonces Gladwyn entró en la comisaría.

—Gladwyn Evans. —Jimmy se sonrojó ligeramente y retiró su mano de la de Agatha—. Es una viuda joven. Solo tiene treinta y cinco años. Hubo un robo en su casa, y vive prácticamente al lado de mi casa, pero con el trabajo y los asesinatos, no había tenido tiempo de fijarme en ella. Se había mudado aquí recientemente. Nos hicimos amigos. Me sorprendí contándole todo sobre ti.

Agatha gimió interiormente.

—Fue muy comprensiva y, al vivir tan cerca, empezamos a vernos mucho y después empezó a prepararme comidas. No podía creer que una mujer tan joven y bonita quisiera cuidar de mí. No me atreví a dar un paso hasta que ella dijo, sin más, ¿Por qué no nos casamos? Fue el hecho de hablar de ti lo que nos llevó a discutir todo tipo de cosas íntimas, ya ves.

—Me alegro mucho por ti —contestó Agatha—. ¿Qué hay de… er… el otro problema?

—¿Impotencia? Olvídalo. —Se recostó en su silla y se rio—. Gladwyn está embarazada. Y soy un futuro padre. Yo, a mi edad. Siento que me ha tocado la lotería. No, mejor que ganar la lotería.

—Por ti —habló Agatha débilmente, levantando su copa.

—Vamos a casa para que la conozcas.

—¿Qué?

—Te gustaría conocerla, ¿verdad?

—Sí, estaría muy bien —añadió Agatha débilmente. Quería salir corriendo, muy lejos.

Pero salió dócilmente del *pub* con Jimmy y regresaron a sus coches.

—He olvidado dónde vives, Jimmy.

—Sígueme.

Así que Agatha siguió su coche, aunque anhelaba girar el volante y dirigirse al hotel, hacer las maletas e irse a casa.

Wyckhadden parecía ahora un lugar hostil, lleno de miradas despectivas.

Gladwyn era joven, sí, pero probablemente era una especie de ama de casa con gafas gruesas y pelo grasiento. Así que Agatha se consoló mientras salía del coche y seguía a Jimmy por el camino del jardín.

Le abrió la puerta una mujer galesa, regordeta y de pelo negro, con una piel blanca y suave y grandes ojos marrones. —Nunca adivinarás quién es— gritó Jimmy—. Agatha Raisin.

Los grandes ojos de Gladwyn parpadearon con un destello de asombro seguido otro de puro odio. Luego sonrió.

—Entra.

Agatha entró en el *bungalow* renovado de Jimmy. Las paredes habían sido pintadas con cálidos colores pastel. Había una máquina de coser instalada en el salón, un acogedor desorden de revistas y libros y unas láminas enmarcadas en las paredes.

—Iré a por el té —dijo Gladwyn con voz cadenciosa— y os dejaré hablar.

—Tendrías que ver la habitación del bebé antes de irte —sugirió Jimmy—. Oh, hay algo más. ¿Te acuerdas del abrigo de pieles?

—Sí.

—Gladwyn conoce a un peletero que ha hecho un hermoso trabajo de restauración. Parece nuevo. ¿No te importa?

—No —afirmó Agatha, que descubrió que le importaba mucho.

—¿Encontrasteis el rodillo? —preguntó Agatha.

—Sí, efectivamente estaba enterrado en el jardín.

—¿Y supongo que a partir de las muestras de ADN identificaste cualquier rastro de sangre como la de Francie?

Jimmy resopló.

—No me hables de ADN. ¿Sabes que hay un retraso de cien mil casos? La policía tiene que abandonar los casos porque las pruebas no llegan a tiempo para el juicio. Menos mal que se suicidó. Le ahorra al erario público todo ese dinero para un juicio y para un largo encarcelamiento. Nunca hubiéramos sospechado de ella. Estaba seguro de que era el marido de Janine.

—¿Qué pasó con el asunto de la noria?

—Nada o nos habrían llamado para el juicio. Todos se unieron y

juraron a ciegas que era un defecto del mecanismo. ¿No es extraña la vida, Agatha? Si hubieras vuelto aquí antes de conocer a Gladwyn, te habría odiado, no habría querido saber nada de ti. Pero ahora estoy realmente enamorado, todo parece un milagro y todo lo que puedo pensar es que gracias a ti se resolvieron estos desagradables asesinatos y que gracias a ti pude hablar con Gladwyn de mis sentimientos y emociones.

—Eres un hombre muy indulgente —afirmó Agatha, preguntándose si estaba tan loca como Jennifer, Mary y Harry. ¿Cómo podía haber creído que volvería a ser parte de su vida después de la forma en que lo había tratado?

Gladwyn entró con una bandeja de té y un plato de pasteles caseros.

—¿Qué te trajo a Wyckhadden? —preguntó Agatha amablemente.

—Fue un año después de la muerte de mi marido —explicó Gladwyn—. Quería empezar de nuevo en un lugar diferente donde no hubiera recuerdos. Vendí en Merthyr Tydfil y me mudé aquí. Siempre me ha gustado el mar. Oh, ¿Jimmy te contó lo del abrigo?

—Sí, me alegro de que lo lleves.

—Te lo enseñaré. Gladwyn salió y regresó al cabo de unos momentos con el abrigo de visón envuelto. El peletero había hecho un hermoso trabajo. Agatha sintió un nudo en la garganta. Recordó los días en que las pieles estaban de moda, caminando por Bond Street con ese mismo abrigo, sintiéndose como un millonaria, una Agatha más joven y ambiciosa, con el mundo a sus pies y sin los estúpidos deseos de amor que le enturbiaran la mente.

—Te sienta de maravilla.

—No puedo llevarlo en nuestra luna de miel —rio Gladwyn.

—¿Adónde vais?

—A Benidorm, España.

—Seguro que hace calor.

—Ven a ver la habitación —dijo Gladwyn.

Tengo que salir de aquí antes de que me ponga a llorar, pensó Agatha desesperadamente.

Siguió a Gladwyn hasta un pequeño dormitorio. Las paredes estaban decoradas con plantillas de pájaros azules y osos de peluche. Junto a la ventana había una cuna nueva y a su lado una caja llena de peluches.

Gladwyn hizo toda la pintura y la decoración ella misma —explicó Jimmy—. No hay nada que no pueda hacer.

Agatha miró su reloj y soltó una exclamación de sorpresa.

—Oh, ¿ya es esta hora? Tengo que darme prisa. He quedado con alguien.

—Voy al baño —comentó Jimmy— y luego te acompaño a la salida.

Agatha se dirigió hacia la puerta. Ella y Gladwyn se quedaron en el escalón. Gladwyn se volvió hacia ella y le dijo en voz baja:

—Si vuelves por aquí, maldita zorra, te estrangularé. Deja a mi Jimmy en paz. No sé qué es lo que ha visto en una vieja como tú.

Jimmy se acercó y se unió a ellas. Agatha deseaba insultar a Gladwyn, pero se contuvo.

Estrechó la mano de Jimmy, saludó con la cabeza a Gladwyn y, con las piernas agarrotadas, bajó por el sendero del jardín. Subió a su coche. Estaban de pie, uno al lado del otro, en el umbral de la puerta.

Agatha saludó con la mano. Jimmy se dio la vuelta y entró. Gladwyn le hizo una señal con dos dedos a Agatha, se dio la vuelta y le siguió.

Agatha dobló la esquina, detuvo el coche y se apoyó en el volante, respirando con dificultad. ¿Por qué había sido tan tonta? Asúmelo, se dijo a sí misma con fiereza, Jimmy ha tenido mucha, mucha suerte. Le habrías vuelto loco en una semana.

Soltó el freno de mano, pisó el embrague y condujo lenta y cuidadosamente hasta el hotel.

Subió a su habitación y se quitó el traje de lino. Daba mala suerte. No volvería a ponérselo. Se puso una blusa roja oscura y una falda de terciopelo y bajó a cenar. El hotel contaba ahora con un maitre que le dijo que, como el hotel estaba tan lleno, la había colocado en una mesa con otras dos señoras. Las otras dos señoras

resultaron ser Jennifer y Mary.

—Vaya, Agatha —se sorprendió Jennifer—, es usted. ¿Se queda para la boda del inspector Jessop?

—¿Están al tanto de eso? Agatha sacudió su servilleta.

—Sí, Harry, Mary y yo hemos sido invitados.

—¿Por qué?

—Bueno, verá, recibió muchos elogios por resolver esos asesinatos…

—Los resolví yo.

—De todos modos, nos ha invitado a los tres. ¿No es divertido?

Así que Harry sabía todo lo de la boda, pensó Agatha, y sin embargo no dijo nada. ¿Todos quieren herirme?

—¿Cómo va todo? —preguntó ella.

—Realmente estamos pensando en mudarnos a Eastbourne. Este hotel no es lo mismo y el señor Martin ha subido las tarifas. Mary se inclinó hacia delante. —La comida tampoco es la misma. Ahora lo verá.

Mary tenía razón. Las raciones eran considerablemente más pequeñas.

—Martin es tonto —afirmó Agatha—. ¿Por qué cuando un lugar se vuelve más popular, se escatima en la comida y suben los precios?

—Tiene que pagar a un gran número de personal nuevo —comentó Mary—. Vamos a ir a un baile en el muelle esta noche. ¿Quiere venir?

—¿Por qué no? —respondió Agatha.

Pero cuando subió a su habitación después de la cena, se puso a meter toda su ropa en la maleta. La llevó hasta el mostrador y pagó la cuenta.

—Problemas familiares —explicó a la sorprendida recepcionista —. Tengo que irme.

Cuando salía de Wyckhadden, reprimió un escalofrío supersticioso. Janine los había maldecido a todos. Daisy y el coronel estaban muertos. ¿Cuál sería el siguiente?

Condujo a lo largo del paseo marítimo, ahora adornado con

luces de colores. Y venían del brazo Jimmy y Gladwyn. Gladwyn llevaba el abrigo de visón. Espero que algún defensor de animales la asesine, pensó Agatha con rabia. ¿Por qué no me salen bien las cosas si no soy políticamente correcta? La gente me insulta hasta por fumar.

Qué agotador, solitario y largo parecía el camino de vuelta a Carsely.

Cuando por fin entró a su casa de campo, comprobó el contestador automático. Nadie había telefoneado, ni Charles, ni James, ni nadie del pueblo.

Se fue cansada a la cama rodeada de gatos.

—Así que —habló la señora Bloxby con simpatía al día siguiente—. Fue un desastre.

—Una humillación total —contestó Agatha, que había llamado para contarle todo a la esposa del vicario.

—No habría funcionado, lo sabes —afirmó la señora Bloxby—. Él nunca habría confiado en ti y cada vez que tuvierais una discusión, el nombre de Charles saldría a relucir echándotelo todo en cara. Es ese afán de emoción que emana de ti. Siempre revuelves las cosas.

—Ya no —afirmó Agatha—. Estoy cansada. Ya estoy acomodada. Mis gatos y yo.

—Eso espero. Mañana hay una reunión de la sociedad de damas aquí.

—Iré. Te ayudaré con el *catering*.

—Eso es amable por tu parte. La señora Bloxby parloteó sobre los asuntos del pueblo y el último proyecto de recaudación de fondos. Finalmente Agatha se levantó y se fue.

—¿Se ha ido esa horrible mujer? —preguntó el vicario, asomando la cabeza por la puerta del estudio.

—Eres muy duro con ella, Alf —respondió la señora Bloxby—. Tiene buen corazón.

El vicario besó a su esposa en la parte superior de la cabeza y le sonrió con cariño.

—Amas a todo el mundo.

—Y te olvidas de que se supone que eso es parte de tu trabajo.

—¿Qué piensa ella de la mudanza de la rubia a la casa de James?

La señora Bloxby parecía incómoda.

—No tuve el valor de decírselo.

—¡Cobarde!

Agatha volvió a Lilac Lane, donde estaba su casa. Fue entonces cuando vio un coche deportivo rojo, largo y bajo, aparcado frente a la casa de James y el humo saliendo de la chimenea.

Estaba en casa. Toda su tristeza se esfumó. Se sentarían a hablar y ella le contaría todo sobre los asesinatos. Llamó a su puerta.

La abrió una rubia alta y delgada, de treinta y tantos años, que llevaba unos vaqueros cortados y una de las camisas de James anudada a la cintura.

—¿Está James en casa? —preguntó Agatha.

—No, está en Grecia. Lo conocí allí. Me dijo que podía usar su casa hasta que volviera.

—¿Cuándo será eso?

—No lo sé. ¿No es un encanto?

—Sí. Nos vemos.

Agatha volvió a casa. Dio de comer a los gatos y los dejó salir al jardín.

Sentía un intenso dolor en el lugar donde debería estar su corazón.

M. C. BEATON es el seudónimo con el que la escritora escocesa Marion Gibbons (Chesney de soltera) firmó algunas de sus novelas.

Nació en Glasgow el 10 de junio de 1936 y falleció en Gloucester el 30 de diciembre de 2019 a los 83 años. Comenzó en el mundo editorial trabajando como vendedora en una librería; más adelante, ejerció como crítica teatral, reportera y editora para el Scottish Daily Express.

A lo largo de su vida Gibbons también vivió en Estados Unidos y en París. En lo literario se la conocía por sus novelas históricas, aunque firmó varias novelas de intriga y misterio de éxito protagonizadas por Agatha Raisin y Hamish Macbeth.